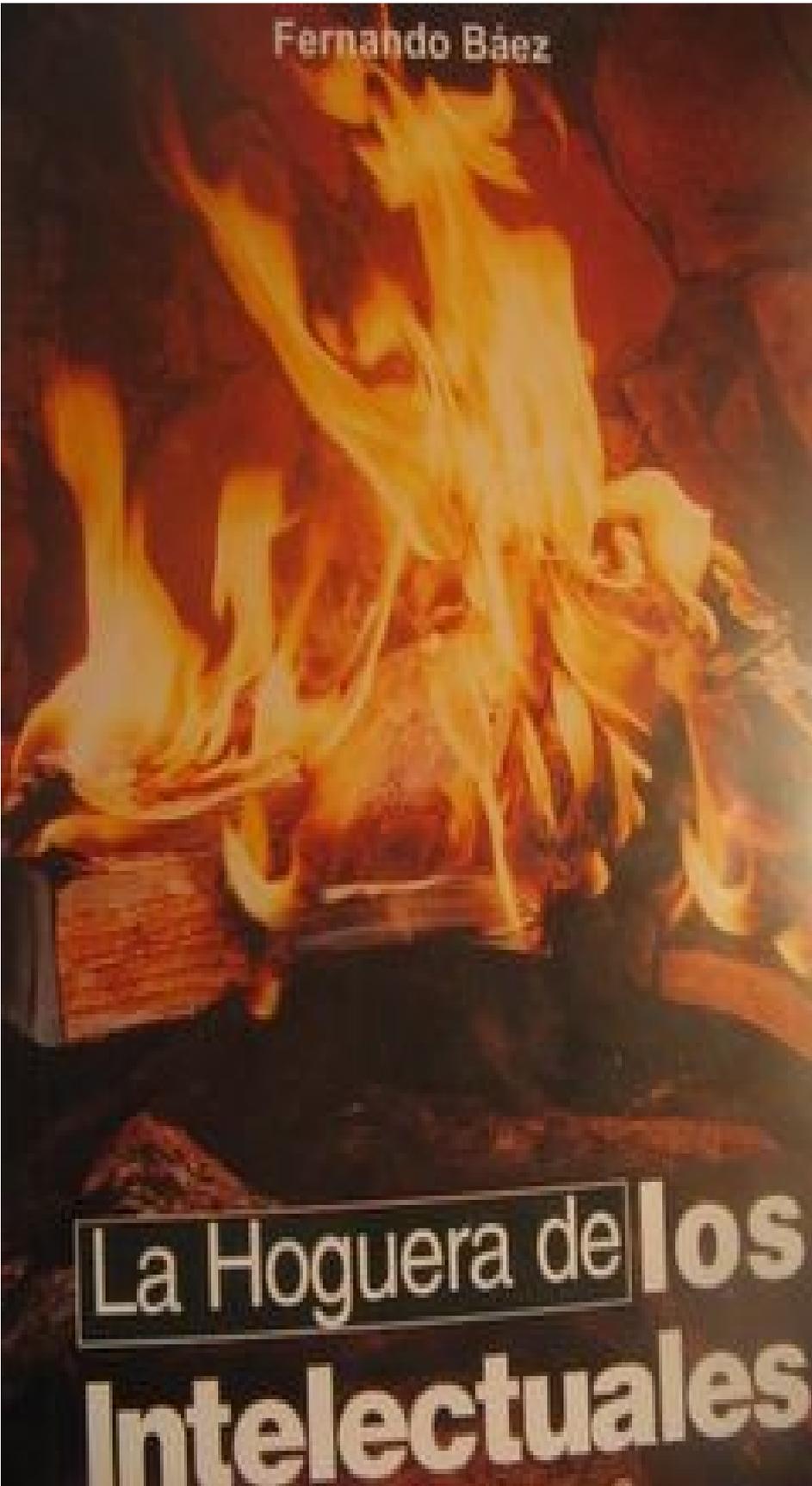


Fernando Báez



La Hoguera de los
Intelectuales

Fernando Báez

La hoguera
de los
intelectuales
ENSAYOS

Publicado por la Universidad de Carabobo

Valencia, Venezuela

Octubre de 2006

Impreso bajo la responsabilidad del profesor Rafael Simón Hurtado

*En memoria de Roberto Bolaño,
maestro y amigo*

Ils sont l'équivalent des livres dont la clé fut perdue

RENE CHAR, Le nombre

ADVERTENCIA

El presente libro no constituye, a saber, prueba de nada. No escribo sino para darle un sentido digno a mi soledad. Escribo para que la muerte no tenga la última palabra. Cada sección, por eso mismo, es un talismán contra el olvido. Los textos fueron publicados entre 2000 y 2005, en revistas y periódicos de 12 países: Letra Internacional, El País, La Vanguardia, Prensa Libre, El tiempo, La Nación, Clarín, El Nacional, El Universal, El Mercurio, etc. Acaso algunos pueden ser inéditos, pero no voy a insistir en esto porque es obvio que la virginidad literaria ya no tiene la mayor importancia.

Ignoro qué unidad signa las páginas que siguen; no temo, sin embargo, confesar que son apenas coartadas contra el aburrimiento, contra la indiferencia, contra la vanidad y contra el temor al azar. No profeso, con fanatismo o apatía, ningún credo político,

económico, religioso o poético. No pretendo asimilar doctrinas por mera erudición sino para comprender el universo que me rodea a través de ellas. Lo único que me interesa es encontrar preguntas más que respuestas. Si las páginas que siguen promueven alguna herejía, advierto que se trata sólo de una ortodoxia distraída.

De lo que trata este volumen es de una actitud vital. Aseguraba Aristóteles que la filosofía nace del asombro; en cierta medida, sospecho, estos ensayos nacen, probablemente, de la curiosidad ingenua que produce ese asombro.

Berlin, 2006

LA HOGUERA DE LOS INTELLECTUALES

Los intelectuales han sido los más grandes enemigos de los libros. Tras doce años de estudio sobre el tema de la biblioclastia, he concluido que mientras más culto es un pueblo o un hombre, está más dispuesto a eliminar libros bajo la presión de mitos apocalípticos.

Baste pensar que el libro no es destruido como objeto físico sino como vínculo de memoria. John Milton, en *Aeropagítica* (1644), creía que lo destruido en un libro era la racionalidad representada: "[...] quien destruye un buen libro mata a la Razón misma [...]". El libro le da volumen a la memoria humana. Cuando se destruye un libro, se impone el ánimo de aniquilar la memoria que encierra, es decir, el patrimonio de ideas de una cultura entera. La destrucción se cumple contra cuanto se considere una amenaza directa o indirecta a un valor considerado superior.

Al establecer las bases de una personalidad totalitaria, el mito apocalíptico impulsa en cada individuo o grupo un interés por una totalidad sin cortapisas. Curiosamente, los destructores cuentan con un elevado sentido creativo; poseen su propio libro, que juzgan eterno. Cuando el fervor extremista apriorístico asignó una condición categórica al

contenido de una obra (llámese *Corán*, *Biblia* o el programa de un movimiento religioso, social, artístico o político), lo hizo para legitimar su procedencia divina o permanente (Dios como autor o, en su defecto, un iluminado, un mesías).

Sobran los ejemplos de estadistas, líderes bien formados, filósofos, eruditos y escritores que reivindicaron la biblioclastia. En Egipto, el gobernante y poeta Akhenaton, como buen monoteísta, hizo quemar todos los libros religiosos anteriores a él para imponer su propia literatura sobre el dios Atón. En el siglo V antes de Cristo, los demócratas atenienses persiguieron por impiedad al sofista Protágoras de Abdera, y su libro *Sobre los dioses* fue llevado a la hoguera pública. Según Diógenes Laercio, el filósofo Platón, no contento con impedir a los poetas el ingreso a su república ideal, intentó quemar los libros de Demócrito y quemó sus propios poemas al conocer a Sócrates. En cierto momento de su vida, Hipócrates de Cos, cuyo juramento forma parte de la iniciación de todos los médicos en el mundo, quemó la biblioteca del Templo de la Salud de Cnido.

Alejandro Magno, discípulo nada menos que de Aristóteles, en el año 331 a.C., quemó con sus propias manos el palacio de Persépolis junto con su biblioteca. Uno de los libros que se destruyó fue el Avesta junto con miles de tablillas literarias o administrativas. Esta pérdida hizo que los seguidores del zoroastrismo tuvieran que reconstruir la obra de memoria con el nombre de *Zendavesta* por orden del príncipe sasánida Ardasir I, en el siglo III d. C. No falta quien afirma que el libro original constaba de frases que podían dotar de inmortalidad a sus creyentes.

Estos terribles incidentes no terminan aquí. En China, uno de los consejeros del emperador Zhi Huang Di, llamado Li Si, el filósofo más original de la escuela legalista, propuso la destrucción de todos los libros que defendían el retorno al pasado, lo que, en

efecto, sucedió el año 213 antes de Cristo. El cronista Sima Qian ha conservado el informe presentado al soberano:

[...]En épocas anteriores el imperio se desintegró y cayó en desorden, y nadie era capaz de unificarlo. Por esto, los señores feudales se alzaron con energía. En sus discursos elogiaron el pasado para desacreditar el presente, y adornaron sus palabras vacías para confundir la verdad. Cada uno adoptó su escuela particular de conocimiento, impugnando lo que las autoridades instituyeron.

En el presente, Su Majestad posee ahora un imperio unificado, ha regulado las diferencias entre lo negro y lo blanco, y ha establecido firmemente una posición de supremacía unitaria. Pero los que profesan los conocimientos de estas escuelas particulares, se ponen de acuerdo en sus falsas enseñanzas para criticar los códigos de leyes. Cuando oyen que se ha promulgado un decreto, lo critican, cada uno desde el punto de vista de su propia escuela. Dentro de la corte, lo desaprueban en sus mentes; y en el exterior, lo critican en las calles. Ellos buscan ganar reputación al desacreditar al Soberano; consideran superior expresar opiniones contrarias; y conducen a sus seguidores a decir infamias. Si tales licencias no se prohíben, el poder soberano declinará arriba, y las facciones se formarán abajo. Debería prohibirse esto.

Su servidor solicita que el historiógrafo imperial queme todos los libros, aunque no los del reino de Ts'in. Excepto las personas que ostentan el cargo de letrados en el vasto saber; aquellos que en el imperio osen esconder el Shi King y el Schu King o los discursos de las Cien Escuelas deberán ir a las autoridades locales, civiles y militares para que aquéllos los quemen. Aquéllos que osen dialogar entre sí acerca del Shi King y del Schu

King serán aniquilados y sus cadáveres expuestos en la plaza pública. Los que se sirvan de la Antigüedad para denigrar los tiempos presentes serán ejecutados junto con sus parientes[...]Treinta días después de que el edicto sea promulgado aquéllos que no hayan quemado sus libros serán marcados y enviados a trabajos forzados[...]

Este desprecio por la tradición no era infrecuente. En el *Tao Te Ching*, el venerable Laozi, mejor conocido como Lao-Tse, había propuesto: «Eliminad a los sabios, desterrad a los genios y esto será más útil al pueblo». Asimismo escribió: «Suprimid los estudios y no pasará nada». Li Si, por su parte, consideraba un peligro los libros de poesía, historia y filosofía. Le inquietaba la posibilidad de que el pueblo se rebelara al conocer las sátiras que escribían los poetas sobre las decisiones del Emperador.

Resulta interesante saber que fue el César Augusto, el protector de Virgilio, Augusto, quien prohibió el año 8 la circulación de *Ars Amatoria* de Ovidio y se dedicó a hacer torturar a numerosos escritores y ordenar la quema de sus obras. El erudito Teófilo, patriarca de Alejandría, ordenó atacar el Serapeum, una de las instalaciones de la biblioteca de Alejandría, en el año 389 y la biblioteca el 391, con una multitud enfurecida. Al concluir la toma del Templo, los cristianos llenaron de cruces el sitio y demolieron las paredes. Teófilo era un hombre resentido, mezquino y oportunista: tras haber sido lector fanático de los escritos de Orígenes, pasó a ser enemigo de todo cuanto le parecía derivado de la obra de este autor y condenó sus escritos en el Concilio del año 400.

Fray Diego Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá y gestor de la llamada *Biblia Sacra Polyglota*, en griego, hebreo y caldeo, con traducción al latín, quemó los libros de los musulmanes en Granada. Fray Juan de Zumárraga, creador de la primera biblioteca

de México, quemó en 1530 los códices de los mayas. El *Corán*, en árabe, en la edición de Paganini, de 1537, fue destruido por una instrucción directa de uno de los Papas más cultos de su tiempo.

El caso excéntrico del veneciano André Navagero no deja de ser interesante. Como se sabe, era un adorador de la obra del poeta romano Catulo y no pasaba un día sin leerla, sin traducirla y discutir línea por línea sus ambigüedades. Creía, como les sucede a muchos con Homero, con Shakespeare o Neruda, que toda la literatura residía en Catulo. Lo increíble es que llegó al extremo de encender todos los años en su honor una hoguera, donde quemaba, impaciente, libros con los Epigramas de Marcial; culminaba con una lectura en voz alta de los textos de su autor venerado.

Nachman de Bratslav venerado por su santidad y sapiencia, pedía a sus discípulos que quemaran libros para probar su fidelidad. Su aforismo más recordado dice así: «[...]Quemar un libro es aportar luz al mundo[...].» René Descartes, seguro de su método, pidió a sus lectores quemar los libros antiguos. Un hombre tan tolerante como el filósofo escocés David Hume no vaciló en exigir la supresión de todos los libros sobre metafísica.

No debe olvidarse nunca que Hitler, un bibliófilo reconocido, permitió que el filólogo Joseph Goebbels, junto con los mejores estudiantes alemanes, quemaran el 10 de mayo de 1933 unos 25.000 libros. Martin Heidegger, rector designado, sacó de su biblioteca libros de Edmund Husserl para que sus estudiantes de filosofía los quemaran en 1933. Según el historiador W. Jütte se destruyeron las obras de más de 5.500 autores durante el bibliocausto nazi. Lo curioso, lo inevitable, es que mientras esto pasaba, los estadounidenses, escandalizados por tal barbarie, destruían ejemplares del *Ulises* de James Joyce en Nueva York.

Vladimir Nabokov, profesor en las universidades de Stanford y Harvard, destrozó *Don Quijote* en el Memorial Hall, ante más de seiscientos alumnos. En 1939, los bibliotecarios de St. Louis Public Library rechazaron *Uvas de Ira* de John Steinbeck y quemaron el libro en una pira pública, que sirvió para que los oradores advirtieran al resto de los escritores estadounidenses que no tolerarían lenguajes obscenos ni doctrinas comunistas. Los poetas Nadaístas colombianos quemaron ejemplares de la novela *María* de Jorge Isaacs, convencidos de que era necesario destruir el pasado literario del país.

Borges, en *Un ensayo autobiográfico*, no ocultó la quema de sus libros iniciales: «Hasta hace algunos años, si el precio no era excesivo, solía comprar ejemplares de ellos y los quemaba.» Hasta sus últimos años de vida, se negó a reeditar tres obras suyas de la segunda década del siglo XX: *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926) y *El idioma de los argentinos* (1928).

Una antigua costumbre juvenil es la de quemar textos escolares. En 1998, ocurrió la destrucción de numerosos libros en Hollins College, en Southwestern Virginia. Un grupo llamado Colectivo de Mujeres, encendió una gigantesca hoguera donde arrojaron todos los libros, periódicos, revistas a su juicio dedicadas a degradar la condición de la mujer a lo largo de la historia. Volúmenes de Schopenhauer, páginas de la Biblia, fotos del Papa, revistas *Cosmopolitan*, cartas de novios machistas y novelas románticas fueron destruidos en cuestión de minutos. Las 50 estudiantes participantes, no se retiraron sin celebrar con gritos la desaparición de las odiadas páginas. En junio del 2001, hubo un caso escandaloso en las arenas de la Playa La Victoria, en Cádiz, donde cientos de estudiantes se reunieron para hacer una gran hoguera. Entre risas y gritos, arrojaron a las llamas todos sus textos, incluyendo algunos de los libros de lectura obligatoria.

En abril de 2003, los estadounidenses permitieron que su Gobierno ocupara Irak en nombre de la democracia y destruyera más de un millón de libros en Bagdad. También ardió el Archivo Nacional, con más de diez millones de registros del período republicano y otomano, y en los días sucesivos, esta situación se repitió con las bibliotecas de la Universidad de Bagdad, la biblioteca de Awqaf y decenas de bibliotecas universitarias en Iraq. Rumsfeld, un connotado universitario, fue el gestor de este acto infame.

Todo esto, como es natural, me obliga a una conclusión precipitada. Mientras más estudio la relación entre intelectuales y biblioclastas, más miedo me tengo.

BIBLIOTECAS EN LLAMAS

Los primeros libros de la humanidad están en ruinas. Las primeras bibliotecas del mundo se perdieron para siempre. Es interesante observar que en la historia de la cultura, la desaparición de un sesenta por ciento de los volúmenes se debe a manos criminales. El otro cuarenta por ciento debe imputarse a factores como los desastres naturales, accidentes, animales e insectos, cambios culturales y a causa de los mismos materiales de fabricación (la presencia de ácidos en el papel del siglo XIX, por ejemplo, está destruyendo millones de obras).

A saber, sólo permanecen mínimos vestigios de unas cien bibliotecas en toda la región que hoy conocemos como Mesopotamia, donde apareció la escritura alrededor del 3300 a.C. Hacia el año 612 a.C., babilonios y medos destruyeron la gran Biblioteca de

Asurbanippal, que fue la primera en reunir textos de diferentes culturas. Alejandro Magno no desaprovechó la oportunidad de quemar Persépolis en el 331 a.C. Uno de los libros que estaba en ese palacio fue nada menos que el Avesta, una obra con el poder de dar inmortalidad a quienes lo recitaban.

Más del ochenta por ciento de la literatura y la ciencia egipcia se perdió con la debacle de sus bibliotecas. Según las estimaciones más optimistas, el setenta y cinco por ciento de toda la literatura, filosofía y ciencia griega antigua se perdió debido a los saqueos y destrucciones de bibliotecas. Entre romanos y cristianos destruyeron la Biblioteca de Alejandría. Cuando los árabes conquistaron Egipto, ya no existía nada de este fantástico centro intelectual. El 213 a.C., el Emperador Shi Huandi aprobó entonces que se quemaran todos los libros y exterminó el noventa por ciento de la literatura y filosofía china.

Hubo un momento en el que todo el continente europeo estuvo, literalmente, sin bibliotecas. Amiano Marcelino, hacia el siglo IV d.C., fue el privilegiado testigo que escribió: «[...]Las bibliotecas estaban cerradas como sepulcros a perpetuidad[...].» De no haber sido por la labor solitaria de los copistas de Constantinopla, el mundo se habría quedado sin libros.

El siglo XX, por decir, fue el siglo del Bibliocausto. El movimiento de los futuristas, en 1910, sacó un manifiesto literario donde pedía acabar con todas las bibliotecas, y la Segunda Guerra Mundial estuvo a punto de cumplir esta propuesta. Los nazis encendieron su primera hoguera el 10 de mayo de 1933, cuando quemaron obras de más de cinco mil autores y no cesaron hasta quemar millones de libros.

El siglo XXI parece repetir este esquema. En abril de 2003, el mundo fue conmovido por el incendio de la Biblioteca Nacional de Bagdad, donde se quemó un millón

de libros. Meses más tarde, se supo que todas las bibliotecas iraquíes habían sido saqueadas y arrasadas. En 2004, ardió la Biblioteca Ana Amalia de Weimar y se perdieron casi 50.000 obras.

Como puede verse, el desastre ha persistido. Justo a esta hora, y mientras se lee esta sección, una biblioteca se quema o se deteriora sin remedio.

INVENTARIO DE AUSENCIAS

Los Jardines Colgantes de Babilonia ** El templo de Salomón ** La obra escultórica de Apeles ** La antigua biblioteca de Alejandría, que pudo poseer 20.000 rollos de papiro, según algunos, y, según otros, 700.000 ** La Décima Sinfonía de Ludwig van Beethoven y la de Gustav Mahler ** La Biblioteca de Pérgamo, que pudo contener 250.000 rollos de papiro ** El Templo de Diana de Éfeso, donde estuvo el único ejemplar del famoso tratado de Heráclito ** La caja donde guardaba Alejandro Magno la *Iliada* que le había editado Aristóteles ** El indoeuropeo y más de 600 idiomas y dialectos ** El Coloso

de Rodas ** La pintura de Zeuxis sobre un racimo de uvas que hizo que los pájaros creyeran que eran reales ** El Mausoleo de Halicarnaso ** Los Budas de Bamiyán, en Afganistán, devastados por los talibanes ** 2700 monasterios en el Tibet ** El nombre que se esconde tras las siglas “W.H.” en los sonetos de William Shakespeare ** La música de *Ariadna* de Monteverdi ** El verdadero significado del texto que oculta el manuscrito Voynich ** Las últimas palabras de Albert Einstein, que no supo entender una enfermera ** Los rostros que borrarón los iconoclastas en Bizancio ** La maleta de Walter Benjamín, que contenía uno de sus manuscritos fundamentales y que quedó en la frontera entre Francia y España cuando el autor se suicidó en 1940 por miedo a caer en manos de la GESTAPO ** La lección más importante y secreta de Platón sobre el bien ** La valija que Hemingway le encargó traer a su esposa con todos sus escritos y que un ladrón robó en la estación de trenes de Lyon ** El tratado *Sobre el no ser o Sobre la naturaleza* de Gorgias de Leontini, un sofista que logró convencer a todos sus lectores de que nada existe ** El lugar donde enterraron a Francisco de Miranda ** El final del poema anglosajón titulado *La batalla de Maldon*, el de la novela *Almas Muertas* de Nicolás Gogol, el de *Bouvard y Pecuchet* de Gustave Flaubert, el de *Memorias de Dirk Raspe* de Drieu La Rochelle, y el de *2066* de Roberto Bolaño ** La pintura *Animales devorándose entre sí*, de André Masson ** La novela de Gonzalo Torrente Ballester que dejó olvidada en una gaveta ** Lo que dijo Simón Bolívar a San Martín en su enigmático encuentro ** Los 47 libros de las *Memorias Históricas* de Estrabón de Amasia ** Las *Semanas del Jardín* de Miguel de Cervantes ** El segundo libro de la *Poética* de Aristóteles, y en particular sus diálogos, sobre todo su *Protréptico* que fue una pieza retórica modelo en el mundo antiguo ** Unas 113 obras del prestigioso Sófocles, del que hoy sólo se hallan 7 piezas en estado íntegro y cientos de

fragmentos ** 188 bibliotecas, 1.200 mezquitas, 150 Iglesias Católicas, 10 Iglesias Ortodoxas, 4 sinagogas, 1000 monumentos culturales arrasados por los serbios ** *Sobre las bibliotecas* de Marco Terencio Varrón ** *La Guerra en Germania* de Plinio El Viejo ** Los textos completos de Basílides, jefe de una escuela gnóstica de Alejandría ** *La Historia de Escitia* de Dexipo de Atenas, que vio en una pesadilla el erudito bizantino Juan Tzetzés, hombre que detestaba su pobreza porque no le permitía comprar libros ** La biblioteca de Alamut, sede de la secta de los famosos asesinos del mundo árabe medieval ** Los códices mayas que quemaron los frailes cristianos ** La primera versión de *Los siete pilares de la sabiduría* de T.E. Lawrence ** El paradero de los cuerpos de los argentinos y chilenos que fueron secuestrados por regímenes dictatoriales ** El manuscrito de *In the Ballast of the White Sea* de Malcolm Lowry que ardió en un incendio * El dirigible alemán Hindenburg, que ardió en 1937 ** La novela *Ricardo y Samuel*, que comenzaron Franz Kafka y Max Brod y que nunca pasó del primer capítulo * La novela *The poodle springs story* de Raymond Chandler, incompleta tras su muerte ** El fresco *Hombre en la encrucijada* (1933) de Diego Rivera, encargado para el nuevo edificio de la RCA en el Rockefeller Center de Nueva York y destruido poco después de su realización porque contenía un retrato de Lenin ** Las Torres Gemelas de Nueva York, aniquiladas en los ataques del 11 de septiembre de 2001, y las obras de arte que contenía el complejo de edificios: obras de Joan Miró, Masuyuki Nagare, Louise Nevelson y Alexander Calder, además de 1113 obras, entre esculturas y pinturas de los artistas más destacados de todos los tiempos: Alex Katz, Bryan Hunt, Wolf Kahn, Jacob Lawrence ** Un millón de libros quemados durante la invasión de Estados Unidos a Irak junto con miles de piezas de arte antiguo y moderno.

Entre otras miles de cosas más, esto se ha perdido para siempre.

UN LIBRO DESTRUIDO DE GARCÍA LORCA

Hace unos diez o doce años (depende de la distracción de mis vanos calendarios), yo buscaba, con resignación y fanatismo, una obra de Miguel de Unamuno, en una tienda de anticuario de Madrid. La librería, bastante oscura y descuidada, era un cuarto gótico de salas desiguales, con anaqueles metálicos de color azul, paredes de un tono marfil estéril y ventanas con arcos elevados. Donde uno colocaba un pie en la luz, había siempre otro en la sombra. Recuerdo, o mejor dicho, no olvido cómo el dueño del lugar imponía un silencio opresivo, casi humillante, abstemio de saludos. Era un atardecer caluroso y con gran dificultad podía leer los lomos con los nombres casi ilegibles de cada autor. El asistente, entretenido por una quiniela, me ignoró y preferí retirarme a una esquina, evitada generalmente por los clientes. Ante mis ojos, se confundían nuevas y antiguas ediciones: la *Didascalía Multiplex* (1615) del Abad de Rute, con notas manuscritas, un manual de mitologías sexuales africanas (con ilustraciones), un facsímil de *Christianismi Restitutio*, con todas las erratas del original, un epítome de las costumbres oníricas de los indios caribes, el Jardín de flores curiosas (1570) de Antonio de Torquemada...

El libro no apareció, pero en un momento dado, tomé en mis manos, por mero azar, un volumen roto y devorado por los insectos. No tenía portada ni portadilla; el colofón era una mancha. La extensa introducción había sido arrancada. Los agujeros impedían, además, una lectura coherente. A duras penas, reconocí entre los fragmentos un poemario de Federico García Lorca. Leí, fascinado, un texto y, mientras sostenía las páginas, pedazos enteros caían al suelo. El libro no tenía índice y faltaban las líneas finales, arrancadas con poco cuidado. Había una nota oficial de algún censor: “Libro prohibido. Asturias, El Infierno”. Intrigado, corrí a preguntar el precio y el implacable dueño, para atenuar su desdén, me pidió que me lo llevara, con visible molestia. Ante mi desconcierto, el hombre dijo: “Lléveselo, no sé quién pudo traer hasta aquí el libro de ese comunista maricón”.

El tono de esas palabras desató mis temores. No las esperaba. Observar, en añadidura, destrozado el volumen, saberlo ignorado por la administración infalible de la tienda, reconocer en su contenido los poemas prohibidos de un poeta asesinado, me alarmó y huí, visiblemente nervioso y con la garganta seca, del lugar. Afuera, la lluvia comenzaba a azotar las calles y cuando por fin encontré un taxi y logré sentarme, el volumen roto apareció en uno de los bolsillos de mi chaqueta.

Desde ese entonces, pensé cuál podía ser esa biblioteca que tenía una sección llamada “El Infierno”. En el fondo, no quería que fuera cierto porque ya como ficción era fantástica, pero lo que vine a saber fue devastador. Según parece, en octubre de 1934, en Asturias, una insurrección popular se convirtió, por diferentes motivos, en una suerte de “Comuna”, y su fracaso desató una represión feroz, en la cual cualquier observador imparcial puede descubrir los primeros ejemplos de lo que sería el modo de pensar del general Franco y su entorno represivo. De un conjunto de más de 257 bibliotecas populares

en los Ateneos, las fuerzas públicas (policía, ejército, etc.) destruyeron o confiscaron todos los libros. La Casa del Sindicato de los Ferroviarios del Norte, con cuatro mil volúmenes, no se salvó.

Debido a los combates de octubre de 1934, la Biblioteca Universitaria de Asturias, cuyo depósito de manuscritos era admirado por otras instituciones de los pueblos vecinos, desapareció entre las llamas el día 13. No quedó nada que pudiera salvarse. El Rector de la Universidad de Oviedo, Sabino Álvarez Gendín, y un grupo de notables, porque en estas cosas siempre actúan notables, creó una Comisión para la Depuración de Bibliotecas cuyo rigor y celo aniquiló textos completos hasta 1939. Entre los libros incautados estaban todos aquellos que fuesen definidos como pornográficos, revolucionarios o nocivos para la moral pública. Parte de los escritos fue colocado en una sección a la cual se denominó “El Infierno”, en la Biblioteca Pública de Oviedo. La sala fue sellada y custodiada celosamente. Sólo en 1974 pudo ser reabierta.

Hasta aquí lo que se conoce o se repite. Pero advierto que ahora, cuando escribo, tengo ante mí el ejemplar destruido de García Lorca y siento que no soy yo quien lo ve: siento que se trata de otro escritor, más joven, agobiado por las deudas y adormecido por las imágenes más curiosas, que decide iniciar una conspiración tímida e inútil y opta por darle permanencia al volumen dañado de García Lorca encontrado en la sala de libros “El Infierno”. Confiado e imprudente, lo deja abandonado en las estanterías de la tienda de un antiguo miembro de la censura franquista de Madrid, y entonces huye y espera. Su plan, años después, cobra sentido y se transforma en esta página que recuerda lo que él --o acaso yo—hemos dispuesto.

UN FILOSOFO MUERE EN CALCIS

Son las últimas horas, y lo sabe. Nada va a curar esas terribles punzadas en el vientre. Tiene sesenta y dos años, pero ha vivido las vidas de cien o doscientos hombres y todo ha terminado. Sócrates murió, Platón murió, y él, oriundo de la pobre y orgullosa Estagira, va a morir también definitivamente, ese día, en la propiedad de su madre, en Calcis, en la belicosa Eubea. Quién iba a decirlo: él, que era un compendio de su mundo, autor de más de ciento cincuenta y siete libros manuscritos en quinientos cuarenta y dos rollos de papiro, formador de decenas de discípulos, heredero de una elegante estirpe médica que se remontaba hasta Asclepio, fundador de una escuela de pensadores y científicos que perduraría por siglos, él, todo él, esa poderosa racionalidad, toda esa lógica magnífica, de pronto, estaba a punto de convertirse en nada. Tal vez siempre estuvo

equivocado: sólo existen las ideas, y la realidad es un mero simulacro. Así lo entendió Espeusipo, así lo entendió Jenócrates, y así, tal vez, con un poco de suerte, podría entenderlo él mismo.

Y allí está. Ahora es libre, solitario, final. Ha dictado su Testamento y colocado a Antípatro, el líder macedonio, como ejecutor. Tiene aún las manos cargadas de anillos, para conjurar sortilegios, mantiene el pelo corto, ha adelgazado y sus vestiduras excéntricas le hacen parecer disminuido; quiere reír, pero no sabe, y rememora esos antiguos días. Su memoria es ya una de las formas del miedo. No ha olvidado unas líneas distraídas de Homero. No sabe cómo agradecer y maldecir los veinte años en la Academia. Recuerda a Teofrasto. Juntos caminaron una tarde en el Liceo y dieron con la clave del cosmos. Qué soberbias noches las de Delfos, bajo los astros fugaces, cuando estudiaba las inscripciones del oráculo. Es sorprendente cómo acaba todo. Hermias, Pitia, Calístenes, todos muertos. Sólo Herpílida, la concubina, podía darle la felicidad del amor último. Le preocupa que ésta se case con un hombre de inferior condición.

Es lo de siempre. Había llegado a Calcis tras la inesperada muerte de Alejandro. Humillado, no quiso padecer la venganza de unos cuantos fanáticos atenienses. Eligió, por tanto, sin cobardía, el exilio, el amor por el mito, la contemplación pura, sin libros, sin juicios, sin recelos. Él, único en discutir la lección secreta sobre el alma que diera Platón, sabe que está muriendo ahora y sólo quiere pensar en esas palabras que escuchó en su invicta juventud y que le causan un remordimiento cruel cuando vuelven como olas a sus labios.

Cae un plato de bronce, y un cuerpo humano se desploma. Afuera, discuten dos esclavos sobre el precio de unas aves. Es otoño.

—Vengan —nos dice un niño desde la entrada de la casa—, ha muerto. Aristóteles ha muerto.

EL MISTERIOSO DEMETRIO DE FALERO

En el año 285 ó 283 a.C., un griego de tez dorada y atuendo desvaído murió tras ser mordido por un áspid en las austeras tierras interiores de Egipto. Se llamaba Demetrio de Falero y las autoridades locales encontraron el cuerpo en el suelo, aunque ninguno de los médicos se atrevió a asegurar si lo ocurrido era un suicidio, por aplicación de la serpiente en las muñecas, un accidente o un asesinato. No obstante, se optó por el silencio debido a que al menos dos de las tres cosas, terribles y vanas, eran posibles porque el personaje en cuestión había caído en desgracia ante los ojos escépticos del nuevo rey, Ptolomeo II Filadelfo, y había sido expulsado de Alejandría a la espera de un nuevo destino. De hecho, la gente observó que sus últimos días los pasó melancólico y distraído. Al morir, aparentaba

más edad de la que tenía, que podía ser de 60 ó 70 años. Fue enterrado sin honores y con prisa en el desagradable distrito de Busiris, muy cerca de la inhóspita región de Diospolis. En cualquier caso, su muerte fue el comentario obligado por varias semanas. Algunos escritores y filósofos sintieron enorme pena, pues no era un griego común y corriente. Escribió decenas de libros; fue alumno de grandes pensadores; un líder político influyente; pero, por encima de esto y de lo demás, contribuyó a fundar nada menos que la más famosa biblioteca del mundo antiguo, la biblioteca de Alejandría. A partir de ese deceso, el destino del centro intelectual estuvo sometido a los vaivenes de la política real y de las guerras de conquista. De aquí que sea necesario comprender la vida de Demetrio porque, a mi juicio, es la mejor manera de entender todo lo concerniente al origen y al fin de la biblioteca de Alejandría.

La verdad es que sabemos muy poco de la vida y de los escritos de Demetrio de Falero, pero podemos establecer algunos aspectos con una precisión más o menos aceptable. A saber, nació en el 350 ó 360 a.C. en Falero, y era hijo de Fanóstrato, un esclavo de la casa del influyente general Conón. Su hermano mayor, Himereo, no compartió nunca sus tendencias políticas y una muestra de ello es que fue ejecutado por conspirar contra los macedonios, poco después de la Guerra Lamia, en el año 322 a.C. En cierto punto, fue a Atenas y es muy probable que estudiara en la Escuela del Liceo con el propio Aristóteles de Estagira. Posteriormente, siguió su educación con Teofrasto, el discípulo dilecto de Aristóteles. Tenía grandes dotes en todos los sentidos: era bien parecido, y como todos los que han sido favorecidos físicamente, era autosuficiente, instintivo y depresivo. Mujeriego y audaz, aprovechó las circunstancias que conllevaron a que Casandro, una vez muerto Alejandro Magno, se convirtiera en regente de Atenas. Sus

buenos discursos y el apoyo que tenía de los filósofos peripatéticos, lo llevaron a ser designado por Casandro como líder de la ciudad, en el año 317 a.C., y en este cargo permaneció hasta el año 307 a.C., es decir, diez años.

Durante este largo tiempo, realizó un censo en Atenas, redactó leyes, estableció medidas fiscales y constitucionales oportunas, y a pesar de que su maestro Teofrasto era meteco, esto es, extranjero, le otorgó la propiedad sobre las tierras del Liceo. Se volvió un hombre muy popular, amigo de los filósofos, de los poetas y de los hombres de teatro. El reconocido comediógrafo Menandro era, por ejemplo, amigo suyo. A tal nivel llegó su fama que, bien por su cuenta o bien por agradecimiento, se erigieron unas 300 estatuas en su honor. El año 307 a.C. su gobierno finalizó súbitamente debido a la captura de Atenas por parte de otro Demetrio, apodado Poliorcetes (*Sitiador de Ciudades*). Las estatuas fueron derribadas y convertidas en urinarios y su nombre fue borrado de todos los registros.

Demetrio de Falero, al obtener un salvoconducto, se marchó a Tebas, donde vivió desde el año 307 a.C. hasta el 297 a.C, es decir, un nuevo ciclo de diez años, pero esta vez sin poder ni gloria. A saber, pasaba los días leyendo y escribiendo. Revisaba los poemas de Homero a cada rato. Un buen día, sin explicación alguna, se presentó a su casa un pensador nativo de Tebas, llamado Crates, miembro de la furibunda secta de los cínicos. Demetrio creyó que iba a ser vituperado; con alivio, con sorpresa, con maravilla, sólo escuchó las más hermosas palabras de aliento y una invitación para que fuera indulgente con su destino porque para quien es un verdadero filósofo es mejor no tener poder, es preferible vivir en total libertad, ajeno a los *negocios pesados e inciertos*. Al irse Crates, Demetrio, recuperado del susto inicial, exclamó: *!Desgraciadas aquellas ocupaciones y negocios que me impidieron conocer a un hombre como éste!* Desde ese día, le envió pan y vino a Crates; de

modo comprensible, lógico y cierto, recibió a cambio desprecios y humillaciones.

Cuando Demetrio se convenció de que era imposible regresar a Atenas, porque no estaban dadas las condiciones, recogió sus ropas, sus manuscritos personales, y se marchó a la mítica ciudad de Alejandría, en Egipto. No esperaba, naturalmente, el calor que lo recibió, aunque no es improbable que su asombro mayor fue la ciudad que descubrió. Alejandría, llamada así en honor del conquistador Alejandro Magno, había sido fundada el año 331 a.C. en el oeste del delta del Nilo, junto al Lago Mareotis, y su diseño era obra del arquitecto Dinócares de Rodas, quien decidió que tuviera la forma de una clámide macedónica con una especie de orla en su alrededor. Las calles y la población constituían cinco zonas, divididas de acuerdo a las cinco primeras letras del alfabeto griego: Alfa, Beta, Gamma, Delta, Epsilon. Algunos veían en esos cinco signos un acrónimo: “Alejandro Rey Nacido de Dios la fundó”. Lo cierto es que Demetrio quedó deslumbrado, y por medio de influyentes amigos, se introdujo en los Palacios Reales, que ocupaban todo un sector llamado Bruquion.

Según una tradición, alguien le pidió a Demetrio que dijera quién es el mejor consejero en la vida y señaló que no hay mejor consejero que el momento correcto. Sabía, por supuesto, lo que decía, porque tuvo la fortuna de llegar a Alejandría en el momento preciso. Era el año 306 a.C. y Ptolomeo I Sóter acababa de asumir el reinado en el territorio de Egipto.

Ptolomeo I, quien debe ser considerado como el hombre fundamental en la fundación de la biblioteca de Alejandría, había nacido en el 369/8. Murió en el 282 a.C., a la avanzada edad de 87 años. Hijo de Ptolomeo Lago y de Arsinoe, fue uno de los generales de Alejandro Magno; participó en la marcha a la India y su lealtad, le valió el aprecio del gran conquistador. Como parte de las estrategias políticas macedonias se

desposó en Susa con la princesa persa Artacama. El 323 a.C., murió Alejandro Magno y Ptolomeo organizó una reunión donde se dividió el Imperio, correspondiéndole a él la satrapía de Egipto. Pronto se apoderó de la región Cirenaica e hizo un pacto con el general Antípatro, regente de Macedonia. Para afianzar ese pacto, se casó con la hermana de éste, llamada Eurídice. En esto de los matrimonios, era un hombre muy hábil. En el 317 a.C. volvió a casarse con Berenice I, quien era hermana del general Antígono. El título de Sóter o “Salvador” se lo ganó en Rodas, cuando ayudó a los habitantes de la isla durante las luchas del año 304 a.C.

Años antes de su muerte, Ptolomeo I consultó a los sabios de palacio sobre su sucesor. Estaba viejo y las conquistas ganadas a pulso podían perderse, lo que lo decidió a buscar al nuevo rey entre sus hijos. Eurídice presionó para imponer a su hijo y Berenice, obviamente, hizo lo propio. En medio de las intrigas que esta lucha de poder desató, Demetrio favoreció al hijo de Eurídice, que fue finalmente relegado. Este hecho no fue nunca olvidado por Ptolomeo II, el hijo de Berenice, quien apenas llegó al trono ordenó sacar a Demetrio de palacio y, si las malas lenguas no se equivocan, su posterior asesinato. Ptolomeo I, en cambio, murió de viejo, ignorante tal vez del destino de su viejo amigo Demetrio.

En la biografía que le dedicó el chismoso de Diógenes Laercio a Demetrio no se consagra ni una línea para recordar su rol en Alejandría. Es curioso, o mejor dicho, muy extraño, sobre todo porque otros autores, en cambio, no han olvidado este hecho. Entre otras cosas, Demetrio aconsejó *adquirir y leer libros sobre la monarquía y el poder al propio rey: Pues lo que los amigos no se atreven a decir a los reyes está escrito en los libros*. Esos libros recomendados pudieron ser los tratados escritos por Aristóteles para orientar a Alejandro Magno. También fue el propulsor de la escritura de leyes y reglamentos.

Demetrio, además, era un gran escritor y es natural que su inclinación en la corte de Ptolomeo se orientase a labores intelectuales. Un catálogo de sus libros recoge títulos como la *Apología de Sócrates De la opinión, De la oportunidad, o Sobre un haz de luz en el cielo*. Como podemos ver, era versátil y eficaz. A Ptolomeo le dedicó todo un libro sobre el

arte de la política y lo tituló *Ptolomeo*. En cierto momento, convenció al rey de construir un edificio, dedicado a las Musas, que llevaría el nombre de Museo. Su solicitud fue afortunada porque la obra se hizo y formó parte del Palacio Real. La idea del Museo era extraordinaria: por una parte contribuía a desplazar la cultura egipcia por la cultura griega en la zona y por otra parte era importante porque muy pronto sirvió al Rey en su objetivo de aumentar el prestigio de sus acciones en el mundo antiguo. Casi de inmediato, el Museo contó con una biblioteca increíble que atrajo la atención de todos.

Demetrio quiso aumentar el número de libros de la biblioteca, como lo señala la *Carta de Aristeas a Filócrates* (ep. 9-10), un registro apócrifo del siglo II a.C. En esta carta, un tal Aristeas, de origen judío, dice que fue testigo de los aciertos de Demetrio: [...] *Demetrio de Falero, estando al cuidado de la biblioteca del rey, recibió grandes sumas de dinero para adquirir, de ser posible, todos los libros del mundo. Él, por sus habilidades, por compra o transcripción consiguió ejecutar el propósito del rey. En nuestra presencia fue interrogado una vez sobre la cantidad de miles de libros ya coleccionados, y él replicó: Más de veinte, Oh rey. Y yo haré lo necesario para que en poco tiempo lleguemos a más de 500.000[...]*

La ambición de llegar a 500.000 libros implicaba un cambio en las estrategias de copiado. La misma *Carta* cuenta que Demetrio supo de los textos judíos del Antiguo Testamento y dado el importante número de papiros quiso que fueran traducidos al griego. Le dijo al rey que era necesario tenerlos para acrecentar la colección. Ptolomeo I, instigado por Demetrio, le envió una misiva al Sumo Sacerdote Eleazar, residente en Jerusalén, solicitándole un grupo de traductores y envió una comisión con ese propósito. Poco

después, setenta y dos judíos llegaron a Alejandría y fueron acomodados en la isla de Faros, donde dormían. En un banquete, conocieron al rey Ptolomeo I y conversaron con él sobre tópicos religiosos y políticos. Durante setenta y dos días, estos eruditos trabajaron, bajo la dirección de Demetrio, hasta completar su labor. Todo el Antiguo Testamento, desde el *Génesis* hasta el libro de *Malaquías*, fue traducido y copiado a papiros. Al concluir su labor, los traductores regresaron a Jerusalén cargados de regalos.

Lo extraño es que Ptolomeo, en agradecimiento, no designó a Demetrio como Director de la Biblioteca. Una intriga palaciega lo alejó del poder y, como ya se ha dicho, murió olvidado, resentido, y en las circunstancias más deplorables. Y, según parece, su maldición, alcanzó a la biblioteca de Alejandría, cuyo destino final repitió el esquema de su fundador.

LECTORES COMPULSIVOS

Alguna vez Avicena escribió que había leído unas cuarenta veces la *Metafísica* de Aristóteles para poder entenderla. Jean Beaufret contó en una ocasión que el 6 de junio de 1944, en lugar de sentir, como todos sus compatriotas franceses, felicidad por el desembarco de las tropas aliadas en Normandía, casi lloró de emoción porque creyó haber entendido la obra de Heidegger. Lo agradable de esta anécdota es que durante tres décadas, confesó lo mismo: creía haber comprendido a este notable autor.

LOS LIBROS QUE NO VAMOS A LEER

Oscar Wilde, en uno de sus artículos más oblicuos, inteligentes y breves, titulado “Leer o no leer”, dividió los libros en tres clases: los que deben leerse (entre los que mencionó, por decir, la Autobiografía de Benvenuto Cellini), los que deben releerse (escritos por autores como Platón o John Keats) y los que no deben leerse nunca (para él todo libro que intentase probar algo por medio de argumentos). Olvidó, sin embargo, los libros que no pueden leerse, bien porque alguna superstición personal lo impide, una razón económica o simplemente porque resulta imposible hacerlo.

Si se considera, y vale la pena dedicar este breve texto a ese fin, que hoy en día hay más libros y menos tiempo para leerlos, resulta fácil comprender que son miles o millones los textos valiosos que no vamos a leer nunca. Tengo, por decir (y perdone el lector que

confunda la intimidad con la estadística), unos cuatro mil volúmenes en mi biblioteca, todos imprescindibles, oportunos, en la mayor parte clásicos o al menos importantes. Del modo que sea, aún leyendo con fanatismo 10 libros por mes, es decir, 120 libros por año, ni en un período de 30 años habré leído mi propia biblioteca. Esto lo veo, claro, a pequeña escala, porque desde una perspectiva más universal las preocupaciones son mayores. Las listas de clásicos que prodigan las sociedades de críticos cada cierto tiempo hablan de más de 20.000 obras determinantes para la historia de la creación del hombre. Nadie, al cabo de una vida, podrá leerlas y por un Cervantes que se conozca es probable que no se haya leído una novela tan enriquecedora como *El juego de abalorios* de Hermann Hesse. Por un García Márquez que se estime, se habrá dejado de leer a Plinio o a Stevenson, igualmente magníficos. Hay, por otra parte, libros extraordinarios que no están a nuestro alcance, por su idioma, por su precio o porque su acceso está restringido a pesar de las políticas editoriales demagógicas de estos tiempos. Se trata, asimismo, de libros que no vamos a leer, sin importar lo que hagamos.

Ante esto, queda la nostalgia, la resignación y cierta sensación, digámoslo sin cortapisas, de alivio. En lo personal, creo que hay demasiadas cosas maravillosas por vivir que ninguna lectura puede compensar. Hay, además, un nivel de intensidad que proporcionan ciertos escritos que los hacen dignos de ocupar el espacio de decenas de otras lecturas. No cambiaría las cientos de horas que reservo para leer a Píndaro por conocer otros poetas. Pueden ser muy buenos, pero hay algo en Píndaro que llena mis días y que no logro definir (o no quiero explicar, aduciendo que como decía Cortázar una explicación es sólo un error bien vestido). Lo que importa, lo que debe predominar, es un sentido consciente de limitación justa, un equilibrio pertinente, audaz, fructífero. Es conveniente

precisar que somos todo lo que nos limita. No vamos, ciertamente, a leer millones de libros; tampoco vamos a vivir millones de años ni a tener millones de vidas en la tierra. Por tanto, conviene pensar que esa clase de libros que ignoró Wilde en su lista debe servir sólo para concentrar esfuerzos en la búsqueda de grandes páginas que enriquezcan y hagan más auténtica nuestra vida.

LEER O NO LEER

He iniciado 1998 con la mudanza de mi biblioteca a un nuevo estudio. La razón me la reservo, pero no sus consecuencias: este hecho cotidiano, rutinario, pesado, me sirvió de pretexto para hojear los libros y dedicar la mayor parte del tiempo a examinar cada obra hasta el punto de reestablecer, inexplicablemente, esa relación misteriosa, ceñida, supersticiosa, que alguna vez tuve con determinados autores. Cualquier cosa ha resultado propicia: unas páginas subrayadas, vagos y absurdos comentarios a pie de página, erratas inútilmente corregidas, pasajes tachados, lomos sucios a fuerza de uso, en fin.

Entre otras cosas, la nostalgia me ha impedido ordenar los libros y todavía yacen apilados en altas columnas y en cajas antiguas: no puedo dejar de pensar que se trata de una biblioteca muy especial, y no porque sus volúmenes sean extraños o excepcionales (tal vez

sí esto último) sino porque la heredé de mi padre y éste del suyo. Es posible que la *Iliada* de Homero, en versión de Gómez de Hermsilla, impresa en Madrid en 1831 a doble columna con letra mínima, haya sido leída por mi abuelo y tenerla en mis manos, ahora, supone todo un acontecimiento íntimo. Sospecho que el arreglo del estudio tendrá que esperar algunos meses. O años. Me aguardan cientos de buenos motivos y un par de ensayos breves que, como este, dan cuenta fiel de una pasión nunca desmentida.

Leo, y no está mal decirlo de una vez y en el mismo tono personal con que he iniciado estas líneas, desde que tengo memoria. Leo porque me resulta mejor que no hacerlo. Leo porque no puedo no leer. Leo por hábito, lo que es censurable y poco inocente. Leo, incluso, porque cada buena lectura me ha dado motivos más fuertes para continuar haciéndolo. Leo sin atender a manuales, ficheros, guías, selecciones críticas como las de Harold Bloom, etiquetas de “clásicos”, recomendaciones de fin de semana. Me interesan demasiado los libros como para orientarme por intermediarios y si lo he hecho, la decepción ha respaldado mi escepticismo ulteriormente. No creo en esas listas de “Los cien mejores libros”. No logro, en verdad, asimilarlas. Siempre noto que hay que agregar alguno que descubro a última hora. Como lo dice Hesse con toda la claridad del mundo: “para cada individuo existe una selección especial de los libros que le son afines y comprensibles, queridos y valiosos...”. Por lo general, esto es ignorado por quienes promueven campañas para crear el hábito de la lectura: disponen de altos presupuestos y bajas ideas, por lo que someten a niños a textos demasiado necios y pueriles en el mal sentido de la palabra o extremadamente complejos. O un cuento insulso o *Madame Bovary* de Flaubert. No soy sociólogo ni psicólogo, mucho menos profesor de literatura, pero como escritor puedo confesar que hay que dejar que la chispa surja. Los libros no deben llegar a los niños; los

niños deben llegar a los libros. Por curiosidad, por placer, por interés especial, porque sí.

Y en este sentido no hay claves, no hay leyes. El placer de la lectura no se decreta: se despierta. No se determina: al igual que la vocación, es un asunto de fe. No estoy de acuerdo con valorar a los hombres por sus lecturas: no es inteligente pretender que quien lee es superior a quien no la hace ni corroborar ese mito con programas escolares fútiles y pedantes. El afecto por los libros es un privilegio que pertenece a los dominios de la mística. Una biblioteca bien dotada en la escuela, la publicidad televisiva o radial más costosa, no tiene a menudo el poder del comentario frugal de un amigo o el encuentro directo, ocasional, inédito, con una historia maravillosa y puntual.

Lo mejor será siempre no leer demasiado. Ya Schopenhauer, que pedía que leyeran sus libros dos o tres veces seguidas, en sus excéntricos Opúsculos había encontrado que “cuanto más se lee, menos huellas de lo leído quedan en el espíritu; es como una pizarra sobre la cual están escritas muchas cosas las unas sobre las otras. Así no se llega a asimilar, y no se consigue el apropiio de lo leído...”. Como no se trata de una proeza destinada a causar perplejidad en los demás ni de cumplir con un programa estadístico, es fundamental que al igual que tenemos pocos amigos y muchas amistades evitemos el prurito de leer crasamente. Esto sólo conduce a la pedantería, a la conversación y escritura fatigosa, referencial, nada espontánea. Recuerdo, y no sé por qué, a un escritor en ciernes que me confesó que leía unos ocho libros por semana, lo que nos da treinta y dos por mes y trescientos ochenta y cuatro por año. Como disculpa, citaba los antecedentes de Samuel Johnson, dotado de una facultad que le permitía ir a los párrafos centrales de un libro eludiendo así el resto de las páginas por lo que pudo leer miles de textos; también citaba a Menéndez Y Pelayo, de quien se dice que leía centenares de libros hojeándolos.

Yo, no temo manifestarlo, no podría nunca hacer lo mismo: hay años en que leo sólo ocho libros por año y menos: procuro disfrutar y asumir con todos los sentidos cada obra que cae en mis manos, sobre todo si su autor es un verdadero creador y no el repetidor de un modelo o un mero divulgador de simplezas con alto índice de ventas. Durante unos nueve meses, por decir, me dediqué en cuerpo y alma a leer a Plutarco de Queronea. Fue, posiblemente, un período insuficiente, pero conseguí lo que quería como lector: lograr, a través del gran biógrafo y tratadista de la época imperial, establecer una relación más cercana con la antigüedad greco-romana. Además, lo leí en griego, lo cual aumentó el disfrute. Y he aquí otro aspecto esencial: si es posible y la voluntad lo permite, hay que buscar a cada autor en su lengua original. Hay que intentarlo. Hay que aprender un idioma para leer a un escritor si se lo aprecia de veras. José Manuel Briceño Guerrero, el pensador más audaz que conozco, un buen día declaró a la prensa que quien busca a un creador en su lengua materna se busca a sí mismo en las raíces más profundas de la cultura. Stendhal, no cabe duda, sobrevivirá a las traducciones, pero el placer de leerlo en francés es inefable. Todo puede suceder en ese tipo de lectura cercana. Con respecto a un poeta, o se lo lee en original o se lo deslee en una versión que, no obstante la ardua labor y el talento del traductor, irá en menoscabo del poeta.

Leer en voz alta o en voz baja, de pie o sentado, o en cuclillas o tendido en un sofá o cama, de día o de noche, acompañado o solo, nada de esto interesa. Si se lee bien y si el libro es excelente, lo demás queda justificado. El fervor, los tics y las impredecibles manías, no justifican mayor consideración. Entre las singulares categorías de lector que se han dado, agotando ya la discusión sobre el particular, suele obviarse que existe el lector supersticioso: no atiende al placer o a las revelaciones espirituales de un libro sino a las

circunstancias que rodean la lectura. Cree que hay libros que son talismanes y también que hay obras que provocan mala suerte en su dueño. Llega hasta el punto de abandonarlo en un closet, en una caja, lo arroja a la basura, desconfía y lo quema. Meras necedades. Los únicos textos que pudieran definirse como pavosos son los malos, por el tiempo que nos hacen perder. Quevedo, en el prólogo a *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos*, pide a Dios que guarde al lector “del mal libro, de alguaciles y de mujer rubia, pedigüeña y carirredonda”. De ahí que Borges recomendara, con toda la autoridad de sus estupendas lecturas, que nadie se demore en un libro que no cause ninguna sensación de felicidad o conocimiento. Que su autor sea Goethe o Víctor Hugo es irrelevante: no es improbable que un escritor poco conocido nos depare sorpresas más gratas en cada página y ése es el que debe ser leído. O releído.

La relectura, y viene muy ajustado el comentario, es la que hace al gran lector: Avicena tuvo que revisar cuarenta veces la *Metafísica* de Aristóteles antes de captar el verdadero sentido de la obra. De García Bacca se cuenta que no pasaba año sin leer íntegramente a Platón, a quien tradujo. George Chapman recomendaba releer a Homero y descuidar al resto de los poetas. Edmund Gosse, en *Father and son* (1907), feliz autobiografía, insistía en que Virgilio hizo su vida tras intensas relecturas. Hay más, pero lo que interesa aquí es insistir en que enamorarse de un texto es aceptar su descubrimiento permanente y la eterna puesta a prueba de su valor. El clásico indiscutible, exacto, pródigo, es el que se crece en una segunda o tercera lectura. Italo Calvino ha escrito con acierto que “los clásicos son esos libros de los cuales se suele decir «estoy releiendo» y nunca «estoy leyendo»...”. Los detalles se paladean, lo mismo que las frases o situaciones. Releer es revivir el encanto de leer; reencontrar la escondida senda por donde han ido los pocos

lectores que en el mundo han sido. Una minoría tan superlativa que Walter Raleigh pensó (ver *Cartas*) que para cada época hay nada más que dos o tres lectores verdaderos.

No creo que sea posible responder con justeza, unanimidad o precisión por qué leer o por qué no hacerlo. La definición más completa está destinada a ser irrefutable e inútil. Quienes ya leen no la necesitan y quienes no lo hacen no buscan definiciones sino libros que los convenzan de modo fulminante. El dilema, simplemente, está ahí, como una esfinge. Si no estoy del todo equivocado y mi respuesta no se pierde en medio de la inflación conceptual de estos años, diría que bien vale la pena leer porque de lo contrario se expone uno a perder la más secreta y fascinante dimensión inducida de la cultura humana. La de la imaginación y la memoria. Y eso no es poco.

FLANN O'BRIEN

Flann O'Brien es, sin discusión, una de las mejores excusas que pueden darse para leer en cualquier época, uno de esos autores cuyo trato se hace con los años una excelente costumbre a la par que una necesidad íntima, esencial, irrefutable, pese a que ni su nombre

aparece en la mayor parte de los diccionarios e historias de la literatura ni sus libros circulan en otra forma que no sea de la fotocopia o el remate callejero. Para su fortuna, la crítica (pública, rigurosa, intensa) ha preferido obviarlo de las letras inglesas y sus novelas, comparadas, en su momento y en el nuestro, con las de James Joyce, su admirador y amigo, siguen siendo la excéntrica contraseña de identificación de un escaso grupo de lectores (una auténtica muchedumbre solitaria), entre los que espero contarlo, lector, y me incluyo, que lo reconocen como parte inevitable de sus días y no pierden ocasión de releerlo con renovado asombro y placer.

En verdad, Flann O'Brien fue tan sólo un pseudónimo, aunque el más prestigioso, de Brian Nuall'in, un irlandés nacido en Strabane, Tyrone, el 5 de octubre de 1911. A falta de una biografía minuciosa, lo poco que podemos decir de él se reduce a tres o cuatro aspectos abstractos: el principal, en todo caso, sería el de su fervor por la cultura celta. En University College, Dublín, estudió Literatura Celta y viajó a Alemania para indagar con más detenimiento en el tema. Su tesis trató sobre La naturaleza en la Poesía Irlandesa, un estudio donde el mito, la leyenda y la descripción proporcionaban claves para comprender el significado real de la historia irlandesa. Para la década de los 40 escribía en periódicos nacionalistas con pseudónimos cuya etimología respondía a cada propósito particular. En el "Irish Times" era el satírico Myles Na Copaleen, con un sentido del humor poderoso y destructor. En "Leinster Times" y en "The Nationalist" era George Knowall. Algunas de sus columnas fueron publicadas en forma de libro en 1943. Lo que parecía importar a O'Brien era despistar y ese fin, que le costó numerosos lectores para sus obras principales, le permitió desarrollar, como Fernando Pessoa, personalidades contundentes. Fue Brian O'Nolan, Myles Na Gopaleen, George Knowall, Brother Barnabas, Count O'Blather, John

James Doe, Peter the Painter y Winnie Wed-ge.

Antes de haber concluido sus estudios universitarios, escribió y publicó su primera novela, la mayor, *At Swim Two Birds*, que finalmente apareció en 1939 con tan mala suerte que un bombardeo destruyó tiempo después la editorial Longman's incinerando todos los ejemplares. Su segunda novela fue *The poor mouth* (La boca pobre), publicada en 1941, seguida de *The Hard Life: An Exegesis of Squalor* (La vida dura: Una exégesis de lo escuálido) en 1961, *The Dalkey Archive* (El Archivo Dalkey) en 1964 y, póstumamente una gaveta suministró *The Third Policeman* (El Tercer Policía), editada en 1967. En todo sentido, O'Brien fue un funcionario poco doméstico, ciertamente infeliz, absolutamente inhóspito: trabajador del Servicio Civil, no dejó de atacar al Ministro del Gobierno ridiculizándolo hasta el día en que renunció por motivos de salud en 1953. El primero de abril de 1966 murió en Dublín.

Borges comentó y elogió *At swim-Two-Birds* como una de las más interesantes novelas del siglo en un ensayo aparecido en "El Hogar". Su resumen del argumento es magnífico y cabe rescatarlo íntegro: "Un estudiante de Dublín escribe una novela sobre un tabernero de Dublín que escribe una novela sobre los parroquianos de su taberna (entre quienes está el estudiante), que a su vez escriben novelas donde figuran el tabernero y el estudiante, y otros compositores de novelas sobre otros novelistas..." (Textos Cautivos, p. 327). La obra parte de una idea memorable: establecer un relato con tres comienzos y tres finales como un hipertexto fulminante. Para O'Brien "un buen libro puede tener tres comienzos completamente disímiles e interrelaciones sólo en la mente del autor, o cien inicios e igual número de finales". Ejemplo de esto es el hecho de que ofrece tres versiones al lector de la historia: la primera comienza con Pooka MacPhellimey, la segunda con John

Furriskey y la última con Finn MacCool. Anthony Burgess, en su lista *The best in English* since 1939, seleccionó *At Swim-Two-Birds* como uno de los más complejos y completos relatos junto con *Finnegan's Wake* de Joyce. Graham Greene y Dylan Thomas leyeron a O'Brien y lo admiraron; Edna O'Brien dijo de él: "Pienso que junto con Joyce y Beckett constituye nuestra trinidad de los grandes escritores irlandeses, pero es más cercano y divertido".

Tal vez *El Tercer Policía*, escrita hacia 1940 y salvada póstumamente, sea su novela más intensa y la que le gane mayor número de adeptos. Su procedimiento es complejo, pero el argumento restituye postulados clásicos: dos hombres ejecutan un crimen atroz y uno de ellos, sin que lo note, muere a consecuencia de una bomba colocada por su compañero y pretende seguir su vida normal. Cosas extrañas, mágicas y horribles tienen que sucederle para que evidencie que durante toda la obra ha estado muerto. Al final, regresa a buscar a su amigo y ambos emprenden la serie infinita e inagotablemente repiten los hechos. Los libros de un autor (De Selby) apócrifo sirven para numerosas digresiones absurdas de enorme interés humorístico que hacen de la obra una alegoría de la modernidad. Recuerdo, por ejemplo, un pasaje del capítulo VIII que ridiculiza las teorías físicas actuales tras una entrada a un cuarto que representa la eternidad:

--Venga aquí, que le enseñaré algo para que se lo cuente a sus amigos.

Luego vi que ésta era una de sus escasas bromas, pues lo que me mostró fue algo que no podía contar a nadie: no existen palabras adecuadas en el mundo para transmitirlo. Aquel armario tenía una abertura que parecía un tobogán y otra abertura, como un agujero negro, a un metro por debajo del tobogán. Oprimió dos objetos rojos, como teclas de máquinas de escribir, e hizo girar un mando de tamaño considerable. Al instante se oyó un ruido sordo,

como si cayeran por una escalera millares de cajas de galletas llenas. Tuve la sensación de aquellas cosas saldrían del tobogán en cualquier momento. Y así fue: aparecieron unos segundos en el aire y desaparecieron por el agujero negro que estaba debajo. Pero, ¿qué puedo decir de ellas? No era blancas ni negras y, desde luego no tenían ningún color intermedio...Pero por extraño que parezca no era su color sin precedentes lo que más me llama la atención. Tenían otra cualidad que me hizo mirar agitado, con la garganta seca y sin aliento...Luego tuve que reflexionar largamente hasta comprender por qué aquellos artículos eran sorprendentes. Les faltaba una propiedad esencial de todos los objetos conocidos...no tenían dimensiones conocidas. No eran cuadrados ni rectangulares ni circulares, o sencillamente de forma irregular...Sencillamente su aspecto, si se puede admitir esta palabra, era ininteligible para la vista...”.

En algún pasaje, O’Brien escribió: “El infierno da vueltas y más vueltas. Su forma es circular y su naturaleza interminable, repetitiva y muy próxima a lo insoportable”. En cada libro suyo ofrece una salida a ese laberinto y no es excepcional que haya creído que la literatura permite encontrar los lugares de duración, firmes y propicios a una salvación que si no llega nunca al menos determina las más oportunas y audaces señales de lucidez. De ahí, y mucho más que de ahí, que leerlo sea una experiencia iniciática. No se trata de entretenerse porque sí sino de asumir una tradición fantástica, un presente continuo realizado desde el deseo. Y eso ya lo convierte en un clásico.

PAPIROTERAPIA

Son bastante conocidos los casos de bibliofagia en el mundo antiguo, sobre todo con fines proféticos, pero se sabe poco sobre los papiros que se comían para curar enfermedades conocidas. Teofrasto, por ejemplo, advirtió en su *Historia de las plantas* (IV 8, 3-4): «Conocidísimos por los extranjeros son los rollos de papiro. Pero, sobre todo, el papiro es un gran recurso alimenticio; pues todos los nativos mastican el papiro crudo, hervido y asado: tragan el jugo y expulsan de la boca la mascada. Así es el papiro y éstos son sus usos». El médico Dioscórides señalaba en *Materia Médica* (I, 86) que los fines medicinales del papiro y el gran valor del papel quemado: «El papiro quemado, hasta hacerlo ceniza, tiene virtud de atajar las úlceras corruptivas, las de la boca y las de cualquier parte. El papel de papiro, quemado, obra lo mismo, pero con más fuerza».

MIGUEL DE UNAMUNO

Ramón Menéndez Pidal fue el primero en decirlo: “Con Unamuno el diálogo se convertía pronto en un monólogo”. Pío Baroja, amargo, en sus Memorias confirmó esta versión posteriormente: “Unamuno no hubiera dejado hablar, por gusto, a nadie. No escuchaba. Le hubiera explicado a Kant la filosofía kantiana, a Poincaré lo que era la matemática, a Plank su teoría de los quanta y a Einstein lo de la relatividad...”. Nada más cierto: en sus relaciones, Miguel de Unamuno fue siempre impertinente y no tuvo el menor reparo en obviar todo lo no tuviese que ver con sus propias inquietudes intelectuales y religiosas, transmitidas posteriormente en cada uno de sus escritos como una sucesión de relámpagos nocturnos.

En vida, no fue precisamente un personaje grato, aunque sí popular. Detestado, criticado, admirado: en cualquier caso indispensable. A tenor de los comentarios de su tiempo, su físico contribuyó a afianzar la idea de un luterano extraviado en labores académicas: ojos agudos, frente plana, nariz curva, labios delgados, barba recortada al punto y voz firme, chillona. Vestía con un ascetismo tal que provocaba la ira: no usaba corbata ni sombrero al uso ni trajes parisinos. Le bastaba un traje color azul de corte clerical, que nunca se supo si fue el único, y unos zapatos bajos. Con reverencia o audacia sus biógrafos repiten que no fue apuesto y desafió a los hombres de su época manteniendo un matrimonio leal a Concha Lizárraga, quien le dio ocho hijos. No fumaba ni bebía. Se

bañaba de madrugada, con agua helada. A las ocho de la mañana, invariablemente, daba su clase de griego, sin seguir ningún programa, apegado al fervor por el texto, y al terminar ésta contestaba su correspondencia, que no debió ser poca si se considera su anhelo de saber y decirlo todo. Por las noches, encerrado en un silencio terrible, escribía sus artículos y relatos. O leía. Aprendió idiomas para leer los textos directamente y eso le permitió profundizar en el latín, griego, inglés, alemán, italiano y danés. Entre sus escritores favoritos, contó a Kierkegaard, a Ibsen, a Senancour, a Melville, a Leopardi, a Spinoza. Hizo suyo a Cervantes. Conocía muy bien la literatura latinoamericana, sobre la que quiso preparar un volumen dedicado a sus fervores principales: Bolívar, Sarmiento, Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona, en fin. No soportaba, en cambio, a Góngora ni a los poetas de la generación del 27. De Camoens dijo: “es perfectamente insoportable”. De Quevedo, aunque no dejaba de atraerle, llegó a escribir: “no puedo soportar sus chistes corticales y sus insoportables juegos de palabras”.

Es innegable que un hombre como él, hecho en la medida de sus arrebatos, no pudo menos que mantener una constante polémica con su entorno. Baste como ejemplo la que sostuvo con José Ortega Y Gasset durante años. Desde que supieron el uno del otro, el desencuentro fue total. Unamuno, en una carta de 1909, se refería a las “pedanterías kantianas “ de Ortega; éste, por su parte, criticaba abiertamente los monólogos del vasco. A Paulino Garagorri le aseguró que “Unamuno en mí y para mí es una herida que no quiero abrir; algo que deseo no tocar porque me revuelve impresiones casi de angustia que prefiero dejar dormidas. Nadie puede imaginar lo que he padecido con él”. Unamuno, en otra misiva, de 1910, felicitó con ironía, con envidia, a Ortega, a través de un tercero, por haber obtenido la cátedra de Metafísica: “A Pepe Ortega dale la enhorabuena y dile que si no le

escribo directamente es porque no tengo nada objetivo que decirle, y no quiero molestarle con mis arbitrariedades y querellas. Que Dios, el Dios del engaño, le dé luces y fuerzas para engañar a sus discípulos con la filosofía e infundirles la suprema ilusión”.

Cada vez que releo a Unamuno, vuelvo a comprobar que es imposible estar de acuerdo con él. Pero, como he dicho primero, lo releo. Es, sin duda alguna, un autor poderoso, imprescindible, feroz. Lo que suele fascinar en su obra es su capacidad de encontrarlo a uno en un lugar del español en el que se juraría no haber estado nunca. Cada línea suya, tensa, es una orilla sin calambres verbales que despierta toda modorra: “Lo primero que se necesita para escribir con eficacia es no tener respeto alguno al lector, que no lo merece...”. Borges, duro al definir a Unamuno como un “loco” por pretender la inmortalidad, lo leyó muchísimo en su juventud. En un artículo, publicado en “El Hogar” en 1937, afirmó: “Unamuno es el primer escritor de nuestro idioma”. Atacó su *Vida de Don Quijote y Sancho* y defendió *El sentimiento trágico de la vida*, obra a la que calificó de punto capital de las letras hispanas. No se equivocó: en ese ensayo está el Unamuno que vale la pena recuperar año tras año. Acaso valdría la pena añadir que ese juicio debe ser extendido a *En torno al casticismo* (1895), *Soledad* (1905), *Mi religión y otros ensayos* (1907), *Soliloquios y conversaciones* (1911) y *Contra esto y aquello* (1912). Se trata, principalmente, de ensayos nerviosos, tercos, posesivos, propensos a la cita y a la discusión personal sin contemplaciones; son, principalmente, oportunidades únicas para la exposición de una argumentación determinante.

Sin la aspiración de un sistema, Unamuno fue un filósofo de combate: “...mi obra...es quebrantar la fe de unos y de otros y de los terceros, la fe en la afirmación...es hacer que vivan todos inquietos y anhelantes...”. Para caracterizar a los eruditos y a los

falsos filósofos, escribió que éstos acostumbraban contarle las cerdas del rabo a la esfinge en lugar de atender a sus preguntas con todos los riesgos que impliquen éstas. La filosofía, y bien que lo sabía él, está en el orden de las preguntas y no de las respuestas, que suelen cambiar con los siglos, de acuerdo a gustos o hallazgos. Por eso supo desde su juventud que su filosofía no sería escéptica ni dogmática y que respondería, ante todo, a un método de cuestionamiento que pondría en la vida el valor supremo. Su concepto podría cotejarse con el que dio Ernst Cassirer de la cultura: “Lo que la cultura promete al hombre, lo único que puede darle, no es la dicha misma, sino lo que le hace digno de merecerla”.

En lugar de avalar la razón, Unamuno legitimó el dolor existencial de la duda. Epistemológicamente, atribuía a la verdad una condición pragmática: “Verdad es lo que se cree de todo corazón y con toda el alma. ¿Y qué es creer algo de todo corazón y con toda el alma? Obrar conforme a ello...”. Verdad no es aquello en sí sino lo que en cada hombre está siendo de modo transformador. Dentro de este orden, la inmortalidad sería la recompensa por el encuentro personal con la verdad. Como miembro de la generación del 98 compartió las incertidumbres de Ramiro de Maeztu, Ángel Ganivet, Azorín, Pío Baroja, Antonio Machado y Jacinto Benavente en el área social y política. Propugnó el europeísmo como oportunidad de superar el aislamiento cultural de España y la voluntad de ratificar un estilo encontrado de mayor sinceridad intelectual para la exposición precisa. Posteriormente, y en uno de sus clásicos arranques, renegó del europeísmo y de casi todas las tesis de su primera época.

No fue, y es bueno destacar este aspecto, un narrador con suerte: en sus novelas y cuentos intentó una escritura despojada, esencial, que no siempre encontró su forma ni sus personajes. Salvo en *Niebla* (1914) y *San Manuel Bueno mártir* (1933), Unamuno no logró

conferir una vitalidad atractiva a las situaciones presentadas, lo que, sin discusión, minusvalizó la excelente propuesta con la cual intentó arremeter contra el desolado panorama narrativo de su tiempo. El error, sospecho, consistió en presentar temas y no circunstancias novelescas. De ahí que prefiriera llamar “nivolas” a sus escritos. Sus temas tratan de demostrar los efectos de la Envidia, la Fe, la Maternidad o el terror existencial. Niebla, sin embargo, rompió con este esquema y fue y sigue siendo una excepción, un vértigo. Resulta inevitable releer ese capítulo XXXI en el que el personaje, Augusto Pérez, se enfrenta a su propio autor y lo reta: “Pues bien, mi señor creador don Miguel , también usted se volverá a la nada de que salí...!Dios dejará de soñarle! Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, sin quedar uno! !Entes de ficción como yo; lo mismo que yo!”. Esa condición problemática fue llevada por él al teatro con fortuna ocasional: desde *La esfinge* (1898), pasando por *La difunta* (1909), *La venta* (1913), *La princesa Doña Lamba* (1913), *Soledad* (1921), *Sombras de sueño* (1930), hasta *El hermano Juan* el grave asunto a dirimir no fue otro que la correspondencia fatal de la vida como ilusión o sueño o realidad sin tregua.

Como poeta, tuvo intuiciones y desaciertos proverbiales. Comenzó a escribir muy temprano poemas; sólo la presión de algunos amigos lo llevó a publicarlos con cierto desdén decreciente. En 1907 apareció el volumen *Poesías*; en 1912 salió *Rosario de sonetos líricos*; en 1920 sorprendió con *El Cristo de Velásquez*; en 1932, confundidos con ensayos, presentó *Andanzas y visiones españolas*; en 1923 *Rimas de dentro*; en 1924, *Las rimas de Teresa*; en 1925 puso en evidencia su destierro con *De Fuerteventura a París y El romancero del destierro* de 1927. José María Cossío, en una antología, no dudó en llamarlo “conceptualista”. De un concepto a otro, en efecto, sus poemas se resuelven en una

determinación que retoma temas radicales de la existencia confrontados dialécticamente en una búsqueda de una poesía que, sin apego a la musicalidad, retuviese una orientación reflexiva y religiosa:

“Me he despertado soñando,
soñé que estaba despierto,
soñé que el sueño era vida,
soñé que la vida es sueño”.

Hay poemas en los que llega a expresar una tentación cabalística:

“¿Pretendes desentrañar
las cosas? Pues desentraña
las palabras, que el nombrar
es del existir la entraña.
Hemos construido el sueño
del mundo, la creación
con dichos; sea tu empeño
rehacer la construcción.
Si aciertas a Dios a darle
su nombre propio, le harás
Dios de veras, y al crearle
tú mismo te crearás...”.

A los 72 años, el 31 de diciembre de 1936, Miguel de Unamuno falleció. Un amigo, al parecer, supo que estaba muerto porque se había quedado dormido y uno de sus pies, cercano al fuego de un brasero, se encendió en llamas. Los hechos de los años anteriores de

su vida lo habían ido sumiendo en un hermetismo impertinente: murió Concha, su sostén moral, fue desterrado por la dictadura, comenzó un exilio penoso y fue destituido del cargo de Rector de la Universidad de Salamanca, que ejerció alternativamente con cóleras distraídas y extrañas veneraciones. El año de su muerte, en añadidura, fue el inicio de la guerra civil de España, a la que no dudó en llamar “guerra incivil” y que lo sumió en un desencanto inimaginable. Cuando murió, ya estaba muerto en vida. En su lápida alguien se atrevió a plasmar estas líneas: “Méteme Padre Eterno en tu pecho / misterioso hogar / dormiré allí pues vengo deshecho del duro bregar”.

RAYMOND CHANDLER

Debe haber, muy probablemente, diez buenas razones para no leer a Raymond Chandler, pero elijo dar las diez por las que lo leo a menudo y sin excusas. Lo que quiero decir, en orden de importancia, es esto:

Primero. Chandler (1888-1959) escribió la novela (me refiero a *El largo Adiós*) que puso al género negro entre Faulkner y Hemingway. La literatura norteamericana del siglo XX no

podrá nunca ser explicada con un esquema que se reduzca a presentar poesía, teatro y novela sin los aportes de Chandler.

Segundo. Dashiell Hammet es el origen mítico: Chandler es el desmitificador. El Antiguo testamento del género negro lo redactó Hammet; Chandler no perdió oportunidad para ensamblar uno nuevo, con apocalipsis y todo.

Tercero. Borges explicó alguna vez que las novelas detectivescas según el modelo del enigma soluble eran, a la manera de los cuentos de Chesterton, “milagrosas partidas de ajedrez”. Pienso que si hubiera tenido que definir las novelas de Chandler hubiera tenido que decir que eran “escépticas partidas de póker”.

Cuarto. Conan Doyle deja, entre un mar de novelas históricas que no valen gran cosa, un personaje llamado Sherlock Holmes. Austin Freeman deja al Dr. Thorndyke. Chandler creó a Philip Marlowe y hasta ese día los investigadores guardaban una relación, jamás desmentida, con Auguste Dupin. Marlowe, duro con sólo abrir los ojos, con más de un metro ochenta, pelo castaño oscuro, ojos marrones, fumador empedernido, sobrio con seis whiskys en la cabeza, armado con una 38 smith&wesson, fue protagonista de siete novelas que constituyen un ciclo talismánico: *El sueño eterno* (1939), *Adiós, muñeca* (1940), *La ventana siniestra* (1942), *La dama del lago* (1943), *La hermana pequeña* (1949), *El largo adiós* (1953) y *Playback* (1958). Su última novela iba a ser *The Poodle spring story* y tenía el propósito de casar a Marlowe con una acaudalada mujer, pero quedó incompleta. La moraleja es simple: el buen detective no se casa.

Quinto. Su literatura constantemente nos recuerda que no hay relato sin anécdota, que no hay anécdota sin personajes de suficiente vigor, que no hay personajes sin diálogos maravillosos y que no hay diálogos sin una atmósfera propia de una época terrible que

explique por sí misma toda la historia. Cuando Marlowe, en *El largo adiós*, le dice a Terry: “Usted compró mucho de mí y por nada, Terry. Por una sonrisa, una inclinación de cabeza, un saludo con la mano y algunas copas tomadas de vez en cuando en un bar tranquilo y confortable. Fue agradable mientras duró. Hasta la vista, amigo. No le digo adiós. Se lo dije cuando tenía algún significado. Se lo dije cuando era triste, solitario y final” entendemos que debajo de cada palabra subyace una concepción del hombre tierna y despiadada. No es una metafísica; es una ontología ruin en donde el valor a salvar es el que sobrevive.

Sexto. A los 51 años apareció su primera novela. Antes de eso, ya había escrito relatos que lo convertían en un clásico. La revista *Black Mask*, fundada en 1920 por H.L. Mencken con apenas 500 dólares, le publicó *Los chantajistas no matan* en 1933 y desde entonces no abandonó el género. Comenzó imitando a Hammet y no se dio por vencido hasta superarlo con creces. Hacia 1941 había publicado una veintena de cuentos que recuperó años más tarde en sus novelas. Le gustaba decir que “canibalizaba” sus viejas historias y las volvía oro. De sus cuentos, me confieso devoto de *Pecucillos dorados*, *Viento rojo* y *Asesino en la lluvia*. Encuentro en ellos todo el cinismo contenido de sus obras mayores. Al describir un personaje concluye diciendo: “Le olía mal el aliento. Como tenía que ser”.

Séptimo. Chandler, al contrario de muchos de sus colegas, se preocupó por establecer un decálogo del escritor de policiales. En 1944 permitió la publicación de *El simple arte de matar* y en 1949 escribió *Apuntes sobre la novela policial*. Las conclusiones a que llegó pueden resumirse en estos puntos: a) Verosimilitud en la situación y desenlace. b) Realismo y precisión. c) Estructura simple que esconda técnicas complejas. d) Trama con solución inevitable. e) Personajes creíbles. f) Historias sin historias anexas. g) Castigo ineluctable al criminal. h) Honestidad y autenticidad. i) Preocupación por la víctima. j) Detective soltero.

La última regla debió ser que no hay novela policial perfecta, pero él se encargó de probarlo incumpliendo muchas de sus normas y patentando otras.

Octavo. Nacido en Chicago, educado en Inglaterra, soldado al servicio de los Gordon Highlander de Canadá, empleado de banco, periodista, ejecutivo de una firma petrolera que lo despidió por sus escándalos con secretarias, suicida frustrado, Chandler pertenece a la galería de escritores norteamericanos cribados en lo más explosivo de la vida. Su narrativa, por fortuna, recoge esa veta y da la sensación de un vitalismo inagotable. Línea por línea es incompleto; en su conjunto no tiene parangón. Su estilo, con ritmos rápidos, acumula hallazgos verbales imprevisibles. En la lentitud, su voz se pierde: hay que confesar que su narrativa es para andar a más de ochenta kilómetros por hora. Sus novelas, tras una lectura de Proust, por ejemplo, son antologías de vértigos.

Noveno. No debe desestimarse nunca su trabajo en Hollywood. Como Hammet, como Fitzgerald, como Faulkner, como tantos otros, sufrió y ganó montañas de dinero en los estudios cinematográficos. Matthew J. Bruccoli advierte que “en 1944, a los 56 años, comenzó a trabajar como guionista de la «Paramount», a 1750 dólares por semana. Entre 1944 y 1951 trabajó en siete guiones por lo menos para las empresas «Paramount», «Warner», «Metro Goldwyn Mayer» y «Universal»...”. Cien mil dólares recibió por los derechos para la filmación de *Playback*. En resumidas cuentas, de su paso por Hollywood hay dos películas míticas: *Double Indemnity* de 1944 y *The blue Dahlia* de 1946. No tuvo suerte con Hitchcock al preparar *Stranger in the train*, la obra de Patricia Highsmith, pero contó con Faulkner como guionista de su propia novela *El largo sueño* y con Humphrey Bogart como actor. Marlowe es Bogart, aunque no sea mentira que tiene todos los rasgos de Cary Grant. En *La dalia azul* es imposible no rescatar el diálogo entre Helen y Johnny:

“Helen: Y mis relaciones con Eddi Hardwood son estrictamente comerciales. Johnny: Salvo uno que otro beso...”.

Décimo. Inconforme con las clasificaciones, cedió a la tentación de escribir relatos fantásticos en los que tomó la precaución de conservar el móvil criminal y la presencia de investigadores. En *La puerta de bronce* (1939) hay una puerta que desaparece a las personas; en *El rapé del profesor Bingo* (1951) un hombre comete un crimen amparado en un rapé que lo hace invisible. A la par de estos cuentos que retoman mucho de H.G. Wells, Chandler publicó *Una pareja de escritores*, realista, corrosivo, humorístico. He vuelto varias veces a esa historia atraído por la crueldad y encanto que la signa: Hank Bruton y Marion son dos personajes inolvidables atrapados por un ambiente de indiferencia y total derrota. Su fracaso, de alguna manera, siento que nos pertenece, que explota un filón literario audaz y que sirve para duplicar el afecto por la obra completa de ese gran Chandler que aprendí a leer desde que lo descubrí en el remate de libros usados de Jorge Santos en la ciudad de Mérida.

Cada lector, se sabe, tiene razones que la razón ignora. Imagino que los anteriores puntos pueden dar una idea dogmática, pero quiero aclarar de una vez y para siempre que la verdad es otra: como Pedro Beroes, me creo apenas un lector profesional que escribe en los ratos que le deja libre la lectura y este breve escrito no tiene la pretensión de probar nada sino de compartir un gusto, emborrachar los escrúpulos y retener el esperanto del placer literario. No hay nada más. Ni nada menos.

SOBRE ÉTICA

Hace unos dos o tres meses, al salir de una conferencia sobre la ética aristotélica, uno de los asistentes, que resultó ser un estudiante tímido, imponente con su larga barba de color castaño y su difuso cigarro, se acercó a mi auto y antes de que pudiera irme, me preguntó si yo tenía una postura ética personal. Estaba visiblemente insatisfecho con mi charla y me dijo que necesitaba comprender mejor el tema. No quería, me advirtió, ser un erudito en la materia sino un hombre capaz de actuar de acuerdo a ciertos principios elementales de valor. Observé que llevaba un volumen de Hermann Hesse en la mano. A pesar de la barba, me dí cuenta de que era bastante joven, tal vez de 20 ó 22 años. No recuerdo qué le dije, porque ante preguntas tan definitivas como la suya uno sólo puede ser cortés y retirarse después de un saludo tibio y enigmático, pero admito que quedé desconcertado. Una cosa es hablar del pensamiento de Aristóteles, que es una de mis nostalgias favoritas, y otra, muy diferente, es reconocerse en una noción propia. Sé que me comporto de una manera tal que la juzgo ética, aunque hay quienes lo dudan, y esa experiencia particular es la única que me sostiene. Conceptualizar esa intimidad, no obstante, es bastante difícil, por no decir que imposible. De cualquier forma, mi confusión ante el joven me sirvió para revisar algunas ideas.

Entre otras cosas, que ahora cuando escribo me veo obligado a resumir, pensé que el gran problema con la ética procede de la misma palabra. Hay quienes la consideran incompleta y prefieren hablar de bioética, como si existiera también una bioestética o una biofilosofía. La ética da la impresión de ser uno de esos términos que sirve como cajón de sastre. Todo cabe dentro de su concepto. Sin embargo, es bastante obvio que no puede significar todo lo que se le atribuye. En mi caso, apenas me atrevería a introducir ahora la discusión a partir del sentido original de la palabra. Sólo eso.

Digamos que suele repetirse, más con énfasis que con seguridad, que para estudiar la etimología de la palabra ética hay que saber que deriva de un vocablo griego que es 'éthos' (lamento que aquí no pueda usar la tipografía correcta). El 'éthos' era para los antiguos griegos la 'costumbre', el 'carácter', el 'hábito'. Pero, lo que casi no se dice es que también está relacionada con otra palabra griega similar que es 'eethos', que es la misma palabra 'ethos', pero con una vocal inicial alargada. En el caso de 'eethos' la traducción es 'estancia', 'habitación', 'patria', 'residencia', 'morada' y también 'uso', 'costumbre', 'temperamento'. ¿Cuál de los dos términos originó la palabra ética tal y como la conocemos? Es complicado responder esto, pero sospecho que más allá de la polémica filológica que está en juego aquí, lo que es importante, lo que es decisivo y lo que no puedo dejar de señalar al lector es que la palabra ética supuso desde su nacimiento una ambigüedad curiosa, puesto que aproximó la idea de patria a la de uso, o la idea de morada a la de costumbre. Los romanos, en cambio, con su pragmatismo habitual, usaban la palabra mor, moris, del cual procede 'moral', que significa lo mismo: 'carácter', 'costumbre', pero no 'morada' o 'patria'. Sobre si ética o moral son sinónimos, es demasiado petulante pronunciarse. Hay quien opina que la moral sería la ética práctica y la

ética sería la moral teórica.

A mi juicio, este ejercicio de etimología, aunque no es suficiente, me permite adelantar una hipótesis personal sobre la ética. Digamos que creo demasiado en el ser humano como para reducirlo a un esquema, pero parece cierto que casi todas las teorías éticas, sean idealistas o realistas, imperativas o hipotéticas, utilitarias o no, culminan en una postura esquemática monista (mecanicista) o dualista (vitalista). Una y otra vez se regresa al viejo problema de Descartes, el del fantasma en la máquina. Un grupo es partidario de que la ética del hombre es de origen biológico o genético (uno actúa de acuerdo a un programa innato o aprendido) y el otro grupo sostiene la defensa de una entidad espiritual no demostrable que es el alma, capaz de razonar. En la primera no existe el libre albedrío, y en la segunda existe, pero sin pruebas. Yo, que no soy un científico ni un filósofo, sino apenas un escritor, me atrevo a insistir en que es necesario devolver a la palabra ética su sentido originario. Mi postura conformaría, por tanto, y si no es un exceso decirlo, una tercera corriente. Si tuviera que adherir una propuesta ética, diría que yo sólo soy un hombre que, como ud., no sabe qué es la ética y actúa conforme a esa ignorancia, un hombre que la busca en sus actos y que la considera un ideal de acción que no sabe si es alcanzable o no, un hombre que en el intento de ser hombre, aspira a descubrir el mejor camino para serlo. Mi posición en la vida es tan arriesgada como la de cualquiera, con la diferencia de que no doy nada por sentado, y con relación a la ética, tengo la impresión de que mi formación suele interrumpir y no complementar esa búsqueda.

Nadie se ha puesto de acuerdo para decir qué es la filosofía, pero de forma casi unánime se admite que Platón y Aristóteles han sido los dos filósofos más importantes del mundo. En cuanto a qué es la ética, sucede lo mismo. Yo no sé qué es la ética, como

sospecho que no lo ha sabido nadie, pero si tengo claro que la ética es un saber que tiene que constituirse valorativamente para que tenga sentido social. Es costumbre en lo individual, pero se hace patria cuando se comparte. Yo no respondo por lo que hagan los demás, pero sé que hay en mí un anhelo secreto por no desmayar en ese propósito de actuar desde una solidaridad sin complicidad, desde una autonomía responsable y desde un orden de justicia ecuánime.

Ética es para mí lo que queda cuando ya se ha olvidado todo lo que no es esencial en un acto humano. Nada menos que eso. O nada más.

LOS ENSAYOS DE STEVENSON

Thomas De Quincey denunció en la obra del poeta Alexander Pope la “falta de un principio central, y por lo tanto la falta de toda coherencia entre los pensamientos sueltos. Pero, considerados como pensamientos sueltos, vistos como fragmentos y brillantes aforismos, la mayoría de estos pasajes tiene una forma de verdad; no de verdad coherente y central, sino de verdad angular y escindida” (*Collected Writings*, 1897, XI, pág. 68). Esta acusación puede aplicarse perfectamente a las reflexiones de Robert Louis Stevenson, sobre todo a las teorías que presentó en sus ensayos, una parte de su labor menos conocida, pero,

a mi juicio, la más feliz.

Es curioso, pero se ha resaltado la fruición que causó a Stevenson el arte narrativo, el amor por las historias; en cambio, se ha ignorado que comenzó por publicar ensayos y no relatos, y que cuando ya se dedicó totalmente a la narrativa, no perdió nunca de vista la escritura de magníficos ensayos. Aún se conservan los dibujos y notas de un texto que intentó escribir sobre la historia de Moisés a la edad de 6 años. Thomas Stevenson, su padre, un ingeniero de Edimburgo, le hizo editar un panfleto titulado *The Pentland Rising: A Page of History Edinburgh* (1866). En 1878, salió *An Inland Voyage y Edinburgh: Picturesque Notes*; en 1879, *Travels with a Donkey in the Cévennes*; en 1881, *Virginibus Puerisque*; en 1882, *Familiar Studies of Men and Books*. Esta serie fue interrumpida hasta que en 1883, cuando ya era conocido por sus historias, apareció *The Silverado Squatters*. En 1887 editó *Memories and Portraits*. En 1892 apareció *A Footnote to History: Eight Years of Trouble in Samoa*. Ya en la isla de Samoa, el año de 1894, año de su muerte, todavía enviaba a una revista inglesa uno de sus últimos textos publicados en vida: *'My First Book: Treasure Island'*. Entre 1923 y 1927, fue publicada la llamada edición Tusitala, en 35 tomos, y pudo conocerse la numerosa presencia de ensayos en su obra. Algunas cartas, además, son ensayos.

La lectura de estos textos, lo advierto, no sólo enriquece nuestro conocimiento directo de la vida del autor sino que constituye una estupenda ocasión para la discusión literaria y ética. En sus ensayos, Stevenson se muestra agudo, brillante y, lo que no es poco, resulta difícil no estar de acuerdo con sus opiniones, no porque tenga razón, aunque son muchas las ocasiones en que es así, sino por el encanto de sus argumentos, la consistencia lateral de sus apreciaciones.

Ya en una carta a Henry James había advertido: “Darwin dijo que nadie podría observar sin una teoría... Me atrevo a jurar que tampoco nadie escribe sin una teoría”. Su teoría, esbozada precisamente en los ensayos, asume la diferencia entre ficción y vida: “La vida es monstruosa, ilimitada, absurda, profunda y áspera; en comparación con ella, la obra de arte es ordenada, precisa, independiente, racional, fluida y mutilada” (Una modesta reconvencción). Creía que no debía buscarse la vida en las novelas, porque estas creaban una realidad verbal. Tal vez por su ética puritana, Stevenson comprendió que los personajes de ficción, a los que veía como “indolentes muñecos ventriloquistas” o “muñecos verbales”, apenas eran “sartas de palabras y partes de libros”, en cuya esencia no vio otra cosa que la ontología de la convención y el artificio. En “Algunos caballeros de ficción”, Stevenson propuso que la realidad literaria es una realidad verbal y que en los personajes detrás de las palabras no había absolutamente otra cosa que un gran vacío. Había en él una desconfianza profunda por la sobrestimación del lenguaje.

El acto de fe del lector, una suspensión de nuestra reserva hacia lo real, lo hizo escribir que es la peripecia y no el personaje la que logra ese efecto mágico debido a que “alguna situación, que hemos acariciado mucho tiempo en nuestra imaginación, se realiza en el relato con seductores y apropiados detalles”. “El arte de la omisión” llamó Stevenson a la literatura. En una carta de 1883 escribió a un amigo que “un hombre que supiera omitir sabría cómo convertir un periódico en una Iliada”. El mismo punto de vista lo presenta en “Nota sobre el realismo”, donde advierte que es imprescindible desestimar lo superfluo o tedioso. En “Charla sobre la novela” definió este género como “la poesía de las circunstancias” y fue tajante al exponer los vínculos entre el juego y la ficción.

Una de las múltiples maravillas son sus confesiones, que proporcionan una especie

de arte poética. En “Un periódico escolar” proporcionó las claves de su aprendizaje como escritor:

Cuando leía un libro o un fragmento que particularmente me agradaba, en el que se expresaba correctamente algo o se lograba algún efecto, en el que había ya sea una fuerza conspicua o una feliz distinción de estilo, tenía que sentarme inmediatamente y ponerme a imitar esa cualidad... He imitado, pues, empeñosamente a Hazlitt, a Lamb, a Wordsworth, a Sir Thomas Browne, a Defoe, a Hawthorne, a Montaigne, a Baudelaire y a Obermann[...]

Esa, quiérase o no, es la manera de aprender a escribir; que me haya servido o no, esa es la manera... Por tal razón un renacimiento literario siempre está acompañado o anunciado por un interés en modelos más antiguos y más vigorosos[...]

Lector de Shakespeare, de Whitman, de James Boswell, del Nuevo Testamento, rechazó a Goethe, descalificó a Edgar Allan Poe, acusó a Balzac de ser un Shakespeare aplastado por los detalles, y sobre Julio Verne dijo: “escribe a toda velocidad con la más deleznable y flagrante vivacidad”.

El aporte de Stevenson a la discusión sobre la estructura literaria no tiene desperdicio. En “Sobre algunos elementos técnicos del estilo literario”, el más completo estudio de su tiempo dedicado al problema, concibió una trama sutil, sensual y lógica, y advirtió que la técnica debía considerar que se escribe para el sentido del ojo y el oído, y por tanto ha de buscarse la frase rítmica y grata. En una carta a Henry James, Stevenson, incómodo por las apreciaciones de su amigo, señaló sus dos objetivos literarios: “1. Guerra contra el adjetivo. 2. Guerra contra el nervio óptico”. Asimismo se puso de parte del lenguaje latinizado para “restaurar su energía primordial” (a las palabras).

En “La moral de la profesión de las letras”, establece que el escritor debe ser fiel a

los hechos y vigoroso en su ejecución, pero consciente de que “en todo relato hay una sola manera de mostrarse inteligente, y es siendo preciso”. Su idea de la responsabilidad del escritor está ligada a su creencia de que el oficio literario convierte al autor en guía de su tiempo y que debe hacer valer la solidaridad como principio de relación social. No compartía la tesis de Horacio de abandonar nueve años la obra para saber si estaba bien escrita o no; le parecía mejor pensarla previamente, antes de escribir una sola línea, y sólo acometer la empresa de la escritura cuando fuese irremediable.

Fiel a sus máximas, defendió, en “Una modesta reconvención”, que el escritor elija un móvil apropiado, que cada episodio contribuya a esclarecer ese móvil, que cada recurso proporcione consistencia al episodio, que se eviten los argumentos secundarios, que el razonamiento no obstruya la fluidez, que encuentre un tono acorde a la necesidad de lo expresado, que se suprima toda frase que no tenga que ver con lo narrado, que no se inquiete por los detalles...La suma de esta estupenda memoria concluye con una invitación a tener “presente que su novela no es un trasunto de la vida que ha de ser juzgada por su fidelidad, sino una simplificación de una cara o faceta de la vida que se sostiene o derrumba por su significativa simplicidad”.

Desde el año de su muerte, aunque de forma interrumpida, Stevenson ha disfrutado de la aprobación de varias generaciones de lectores; algunos lo han convertido en objeto de un culto que exalta la felicidad de una línea, un pasaje o un relato suyo. Acaso es cierto que no puede imaginarse la infancia sin La Isla del tesoro. No es improbable que El extraño caso del Dr. Jekyll y el Sr. Hyde sea su mayor obra maestra. No obstante, sospecho o presiento que sus ensayos no tardarán en producir idéntico efecto. Debo advertir que aún hay un Stevenson casi secreto cuyo descubrimiento nos reserva un placer inesperado.

HEMINGWAY, ENFERMO

Los libros de guerra de Ernest Hemingway (1899-1961) son de tal intensidad y vigor que uno sólo puede imaginar al autor con una escopeta en la mano, lo que propicia ignorar que la mayor parte de su vida estuvo en una cama de casa o de hospital convaleciendo de alguna herida. John Dos Passos (*The best times*) dijo, no sin cinismo, que Hemingway podía ser un hombre muy atlético, pero que nunca había conocido a alguien tan musculoso que pasara tanto tiempo en la cama. Gertrude Stein, menos amable, en *The autobiography of Alice B. Toklas*, escribió que para ser un amante del boxeo, un deportista consumado, Hemingway era el ser más frágil del que tenía memoria.

La imagen que tenemos de Ernest Hemingway es la de un norteamericano de un metro ochenta, de pelo en pecho (a Max Eastman, que lo puso en duda, le rompió la boca), capaz de boxear casi contra cualquier contrincante (a lo largo de su vida retó a todo el que pudo, excepto a James Joyce, por ser ciego, y a Gertrude Stein, por ser, lamentablemente, mujer), rudo, aficionado a la tauromaquia, cazador de leones en África, tiburones y atunes

en Cuba y Key West, tirador experto, veterano de dos Guerras Mundiales y de la Guerra Civil Española, eterno enamorado, en fin; todo esto, sin embargo, oculta una debilidad indescriptible. Las leyendas cursis, por lo mismo, en el afán de explicar sus destrezas, no pueden ofrecer, sin deslices y distracciones imperdonables, una versión inteligible de ese 2 de julio de 1961, cuando Hemingway, en Ketchum, Idaho, se apuntó a la cara y mató a su última presa.

Esa afición involuntaria a los accidentes comenzó en su infancia. Un buen día fue herido en la nuca por un palo. Una noche de 1918, Hemingway recogió a un hombre que había sido alcanzado por un proyectil y al arrastrar el cuerpo fue divisado y ametrallado en la pierna izquierda. Durante la convalecencia de esta herida conoció y amó con ingenuidad a una de sus enfermeras, Agnes Hannah von Kurowsky, a quien años después inmortalizó en *Adiós a las armas*. Durante una pelea de boxeo en París, con Francis Scott Fitzgerald como descuidado árbitro, recibió un golpe en la mandíbula que lo dejó mal varias semanas. En 1927 estuvo a punto de quedar ciego cuando su hijo, Mr. Bumby, le metió un dedo en un ojo. Sufrió una gran depresión tras enterarse del suicidio de su padre en 1928 y cayó enfermo. En París, el tragaluz de un baño le cayó encima, abriéndole la cabeza. Nueve puntos de sutura pusieron fin a su terror. Anthony Burgess (*Hemingway and his world*) cuenta que en Palencia se desgarró el músculo en la ingle y que un caballo desbocado lo arrastró en Wyoming por bosques y malezas, causándole severas heridas en casi toda la piel. De regreso a Billings en 1930, según Dos Passos, el carro que conducía Hemingway se volcó y sufrió fracturas múltiples en el brazo derecho. En una expedición, al intentar disparar a un tiburón que pretendía comerle un pez espada que había pescado, error el tiro y dio en su propia pierna. En los cuarenta volvió a chocar y quedó con una grave conmoción

cerebral que lo llevó a London Clinic. Un cartucho de escopeta se le introdujo en el ojo cazando patos cerca de Venecia en 1949. El 21 de enero de 1954, cayó el aeroplano donde viajaba y se dislocó el hombro, lo que lo llevó a pasar un día perdido hasta que lo rescataron junto con su esposa Mary. Inexplicablemente, tras la vuelta a Butiaba, cogió otro avión para ir a Entebbe y el aparato cayó y se incendió, causándole quemaduras y golpes de cierta gravedad. En el período de reposo, quiso ayudar a apagar un fuego en unos matorrales y quedó atrapado. Por suerte salió vivo, pero con quemaduras de segundo grado. A partir de entonces las enfermedades y dolencias se repitieron en forma interminable hasta que puso fin a sus depresiones y dolores en 1961.

Este censo heterodoxo de accidentes, sin embargo, no fue, como puede sospecharse, obra del azar sino de una elección deliberada. Hemingway, como Ambrose Bierce, como Antoine Saint-Exupery, escogió una vida peligrosa y supo desde el principio los riesgos que afrontaría. Dos Passos ha insistido en que sin importar lo que hiciera, Hemingway siempre quiso ser el más diestro. A la caza de su verdadero objetivo, la muerte, dedicó horas enteras probando distintos filones del miedo, lo que, por supuesto, determinó su visión como escritor. En Una habitación limpia y bien iluminada, formuló su oración favorita: “Nada nuestro que estás en la nada, nada es tu nombre, tu reino nada, tú serás nada en nada como es en nada”.

Denigraba de todo escritorzuelo que no hubiera presenciado y admirado la rabia, el odio, la indignación y la desilusión humana. En una confesión descarnada, expresó que le encantaría que a cada escritor lo colgaran por el cuello y lo bajarán únicamente para que pudiera respirar un poco y escribir un relato; de ser malo, lo volverían a subir hasta que todo el peso y tensión transformasen su concepción suministrándole un continuo detector

de porquerías. Quería atrapar esencias vitales, fijar a la muerte en una imagen fulminante. En uno de sus libros, el que suelo releer, *Fiesta en París*, es posible leer su definición de la escritura:

“De pie, miraba los tejados de París y pensaba: «No te preocupes. Hasta ahora has escrito y seguirás escribiendo. Lo único que tienes que hacer es escribir una frase verídica. Escribe una frase tan verídica como sepas». De modo que al cabo escribía una frase verídica y a partir de allí seguía adelante. Entonces se me daba fácil porque siempre había una frase verídica que yo sabía o había observado o había oído decir. En cuanto me ponía a escribir como un estilista, o como uno que presenta o exhibe, resultaba que aquella labor de filacterio y de voluta sobraba, y era mejor cortar y poner de cabeza la primera sencilla frase indicativa verídica que hubiera escrito. En aquel cuarto tomé la decisión de escribir un cuento sobre cada cosa que me fuera familiar. Tenía esa intención presente siempre que escribía, y me daba una disciplina buena y severa...”.

Lector de Twain, Tolstoi, Joyce, Dostoievsky, tuvo relaciones difíciles con la mayor parte de sus colegas y artistas de su tiempo. Tras años de amistad con Gertrude Stein la calificó de “homosexual” porque ella criticaba abiertamente sus relatos. Parodió a Sherwood Anderson para librarse de un compromiso editorial y para negar las acusaciones veladas de plagio que éste le lanzaba desde Norteamérica. En esto, como en otras cosas, fue desagradecido, porque Anderson tuvo el mérito de ser el primero en publicar sus escritos y darle apoyo para que durante su viaje a París encontrase a un grupo de intelectuales selectos. Decía que William Faulkner era un pobre borracho devorado por Hollywood. Acusó a Ford Madox Ford, viejo protector y amigo, de ser impotente. Llamaba “masterpisses” (neologismo ingenioso que cambia masterpieces, obras maestras, por algo

así como pipís maestros) a los libros de André Malraux. De Wyndham Lewis, amigo de Ezra Pound, dijo que era repelente y que en sus ojos “veía los ojos de un violador fracasado”. Llamaba, no sin indiferencia, “comandante” a T.S. Eliot. Detestaba y amaba a Francis Scott Fitzgerald y no perdió ocasión para ridiculizarlo en *Las nieves del Kilimanjaro* como un pobre escritor acabado que no logró componer la gran obra que pensaba y que se enamoró de una especie perversa, los ricos.

Debo reconocer que Hemingway fue un escritor con altibajos contundentes. Escribió pésimos cuentos y novelas; asimismo, nos dejó clásicos inolvidables como *Fiesta*, *Adiós a las armas*, *El viejo y el mar*, por citar tres magníficas novelas, y *Las nieves del Kilimanjaro*, *La vida feliz de Francis Macomber*, *El río de los dos corazones*, por citar tres relatos poderosos, íntegros, plenos. Lo que sorprende aún de estos escritos, lo que fascina, es el modo directo en que identifican el horror interno con el horror del mundo. Hemingway incorporó su alma en guerra como un símbolo literario y universalizó de tal modo sus temas que aún podemos leerlo con fascinación. En 1926, hizo una parodia del estilo de Sherwood Anderson con *The Torrents of Spring*, pero es sorprendente que sólo logró hacer una sátira de su propio estilo posterior.

Cuando recibió el Nóbel de literatura de 1954, no pudo asistir a la entrega. John C. Cabot, Embajador de Estados Unidos en Suecia, leyó un breve mensaje que resumió todo el ars narrativa del autor:

“Para el escritor auténtico cada libro debe ser un comienzo donde intentará de nuevo algo que está más allá de sus posibilidades. Debe apuntar siempre hacia algo que nunca se ha alcanzado; algo que otros apuntaron sin acertar. Sólo entonces, con un poco de suerte, triunfará”.

Es curioso que Hemingway, el hombre que replanteó la idea del escritor como un ser comprometido con la vida, el mismo que hizo que ser escritor fuera considerado un oficio duro y peligroso, rechazó la posibilidad de ser tomado por un escritor. Por lo general, decía, con tosquedad, que era un cazador nato y su aspecto parecía confirmarlo. En *Tener y no tener*, por ejemplo, la esposa insatisfecha, al no encontrar una injuria lo suficientemente destructiva, llama “escritor” a su marido. Hemingway, hay que sospecharlo, tal vez pensaba que una palabra como “escritor” no era lo suficientemente precisa como para definir lo que él, en el fondo, fue toda su vida: el más débil, intenso y austero exaltador de lo implacable.

LAS PRIMERAS ESCRITURAS

El hombre es el único animal que escribe. En general, las especies poseen sistemas de comunicación, vocales, químicos, gestuales u olfativos; el hombre, en cambio, ha logrado representar con el lenguaje sus procesos mentales más complejos y, de alguna manera, convertir los sonidos y gestos en diversos signos visibles abstractos y convencionales que garantizan la preservación de sus tradiciones. De todas las actividades que distinguen la cultura, la escritura es una de las más importantes porque supone una

herramienta inigualable de organización social y de reafirmación de la identidad de una comunidad. Como lo confirma la propia raíz etimológica indoeuropea “skribh”, la escritura es “corte, separación, distinción”.

Sin embargo, valga la advertencia, la escritura, a diferencia del lenguaje que tiene más de 350.000 años, es un invento bastante reciente. Baste considerar que el primer antepasado, el Homo habilis, tiene unos 2,5 millones de años, y el Homo sapiens sapiens, del cual derivan los hombres modernos, desarrolló escritura hace apenas unos pocos miles de años. Esto quiere decir que la humanidad tiene un 99% de prehistoria y 1% de historia escrita.

El hecho es que tras 2,4 millones de años ágrafos, el hombre finalmente escribió. Todo, según los nuevos hallazgos, apunta a que la escritura no se habría iniciado en Súmer, en el 3.300 a.C., es decir, hace apenas 5.300 años. Este dato sólo alude al primero de los sistemas de escritura que se gestaron en el Oriente: el proto-elamita (Elam), el Proto-Indico (valle del Indo), el Chino, el Egipcio, el Cretense y el Hitita. Tampoco fue en África donde comenzó la escritura, pese a que los primeros hombres proceden de esa región del mundo. La verdad es que las primeras muestras escritas del hombre son de la Europa del paleolítico, como lo demuestran las evidencias arqueológicas.

El Homo sapiens sapiens comenzó a pintar en el paleolítico desde hace 35.000 años, pero también a escribir al hacer cortes o rascar huesos y piedras con marcas de puntos y rayas, que fueron calendarios solares, lunares y, en algunos casos, cálculos elementales sobre piezas de animales cazados. Los grupos de cazadores y recolectores, obviamente, requerían información segura sobre los ciclos de desplazamientos de las manadas de herbívoros o de los ciclos de los desoves de los peces, para organizar las épocas de cacerías

o pescas con mayor eficiencia. Esta necesidad práctica impuso la elaboración de signos que sirvieran de guía, como, por ejemplo, ocurrió con el hueso descubierto en la Cueva de Tai, en el bastón de mando de Cueto de la Mina, que tiene 12.000 años, o en el llamado Abrigo Blanchard, donde se comprobó el uso de diversos puntos que siguen una secuencia serpentiforme con las fases de la luna.

Las pinturas rupestres del paleolítico superior europeo más antiguas corresponden a la Cueva Fumane, cerca de Verona (Italia). Los arqueólogos italianos encontraron paredes decoradas datables entre 32.000 y 36.500 años antes del presente. Sigue la cueva francesa de Chauvet, que se ha datado recientemente en más de 35.000 años. Las pinturas más conocidas, las de Lascaux y Altamira entre ellas, son muy posteriores, de hace menos de 17.000 años. Hay que deducir que la comunicación mediante imágenes fue utilizada por el hombre del Paleolítico Superior para la transmisión del saber y experiencia de una generación a otra, información con el fin de inducir o intensificar actitudes y acciones específicas, mantener el orden jerárquico del grupo o simplemente dejar constancia de la existencia del hombre, de sus mitos, leyendas, historia o mundo espiritual. En estos casos, las imágenes retratan de forma directa lo que representan, y es posible que hayan servido de apoyo mnemónico.

En numerosas lenguas es estrecho el vínculo entre el verbo “escribir” y “pintar”, como recuerdo de un origen común. El gramático Dionisio el Tracio encontraba, por ejemplo, una innegable relación entre la palabra griega para el verbo escribir y el verbo “rascar”. Decía: “Hay veinticuatro letras de la alfa a la omega. Se llaman letras (grammata) porque están formadas por líneas y rascados. Porque escribir (grafía) significaba entre los antiguos rascar, como en Homero”. Entre los egipcios, el verbo “zs3” sirvió para escribir y

pintar. En inglés, el verbo “to write”, por ejemplo, conserva ese matiz porque deriva del término del alto germánico antiguo “rizan” que es rascar. En el islandés moderno, el verbo “skrifa” se formó de “rascar” y “pintar”. En alemán, “schreiben”, que significa “escribir”, retoma la fuente latina al igual que en castellano, y recupera la expresión indoeuropea para el corte y la separación. En el gótico, el verbo “meljan” podía significar “escribir” o “pintar” indiferentemente. La idea, en general, que recogen estos nexos refiere que la escritura es, en el fondo, una forma de la pintura, la más abstracta.

Se conoce que en las cavernas no se pintaron plantas, astros y paisajes, y casi no hay figuras antropomorfas, pero hay, en abundancia, un predominio del zoomorfismo (bisontes, ciervos, cabras, rinocerontes, leones) y del ideomorfismo, constituido por figuras geométricas y abstractas que no se corresponden con objetos materiales. Estos últimos signos, que abarcarían desde el Auriñaciense hasta el Magdaleniense Superior, fueron plasmados en todas las regiones y en muchos casos asimilan las huellas de animales hasta transformarlas en objetos geométricos. Hace 12.000 años se elaboraron inscripciones como las que se encuentran en la entrada de la cueva de La Pasiega, en la zona de Santander, y sólo por ignorancia puede considerarse que no se trata de un conjunto de signos con significado. Este grado de abstracción, no obstante, fue el resultado de milenios anteriores de tradición: ya en el 2002, fueron encontradas en la Cueva sudafricana de Blombos dos piezas de ocre, de cinco a siete centímetros de largo, con representaciones geométricas (trazados de cruz y líneas) que se han datado en al menos 70.000 años, lo que podría representar la muestra de arte abstracto más antigua de mundo.

En este contexto, conviene preguntar: ¿Qué provocó la aparición de la escritura? Hay numerosas tesis, pero una que cobra fuerza es la de que un hecho histórico causó estos

adelantos, y aquí debe recordarse el conflicto de intereses que surgió cuando el Homo sapiens sapiens, que apareció hace 150.000 años en África, emigró a Europa hace 40.000 años y durante su recorrido encontró a otra especie muy cercana, que era la del Neandertal, un hombre de 1,80 metros de estatura, casi cien kilos de masa muscular y con un cerebro muy similar y capacidades de habla. Tal vez no era la primera vez que dos especies humanas se enfrentaban, pero el caso es que esta rivalidad se mantuvo a lo largo de 10.000 largos años, lo que, sin duda, habría forzado al Homo sapiens sapiens a realizar tareas más eficientes de caza y recolección. También tuvo que modificar sus herramientas para enfrentar la competencia por el alimento, y es probable que su habilidad lingüística fuese su mejor arma porque le permitió organizar los calendarios de cacería y recolección. Hace 30.000 años, los Neandertales perdieron el conflicto y se extinguieron misteriosamente, pero la especie que triunfó conservó el sistema de imágenes y signos en las cavernas y huesos.

La evolución de esta proto-escritura no se detuvo y el primer sistema de escritura complejo apareció en el VI milenio a.C., en lo que se ha denominado como Vieja Europa. Debe recordarse que al finalizar la última glaciación, una oleada humana se abrió paso por las rutas pirenaicas, alpinas, carpáticas y urálicas. Según la arqueóloga lituana Marija Gimbutas (1921-1994), esos grupos constituyeron una cultura que desarrolló la escritura. Durante el inicio del período Calcolítico (Edad de piedra y cobre), ya en pleno neolítico, descolló el centro de los Balcanes centrales, donde existió Vinca, un yacimiento a 14 kilómetros al este de Belgrado, a orillas del Danubio, y allí fueron descubiertas más de 2000 figuras de arcilla y objetos inscritos que nos dan a entender que se practicó una escritura ritual de carácter religioso. Hoy se cree que los objetos con signos gráficos

respondían a un culto y se han reconocido más de doscientos signos individuales, incluso de valor numérico. Lo más asombroso es que los signos se repitieron en la escritura Lineal A de la mítica Creta.

Como puede verse, la arqueología ha proporcionado suficientes evidencias a la teoría de que hubo protoescritura en el paleolítico, y, como si no esto no bastase, hay pruebas contundentes de que en el 5.000 a.C hubo un sistema completo de escritura. Y, lo que es más sorprendente, todo esto no ocurrió en el Medio Oriente, Asia, Australia o África sino en Europa, región que a partir de estos hallazgos obliga a los expertos a retroceder la línea de la historia unos miles de años antes de lo que se creía.

HISTORIA DE LA VERDAD

Hay cientos de acepciones sobre “verdad”, pero, en cambio, todavía no se escribe la crónica de cómo se planteó el hombre el problema de la verdad, es decir, cuándo creyó que

existía una condición particular cuya sola relación exigía un nombre propio. Una cosa es lo que es verdad y otra lo que es la verdad. En ese sentido, anterior a la tergiversación que surgió en torno al asunto del ser de cada cosa, estaba el hecho de que se pudiera aceptar que esa pregunta podía dar cuenta de lo real.

Hoy en día se comete el error de traducir la palabra “verdad” usada por los pueblos antiguos con el sentido vigente, lo que impide comprender el profundo matiz original. Cada pueblo, se sabe, ha formulado un criterio de verdad diferente, que no puede ignorarse sin que esto produzca una disminución perceptible en el sentido de los fundamentos mismos del pensamiento particular de ese pueblo. De alguna manera, hay que entender que lo que denominamos hoy verdad no tuvo la misma interpretación entre griegos, romanos o hebreos, por decir y eso puede explicar la confusión que causa la lectura en español de la teoría de la verdad de los filósofos griegos o de los cronistas bíblicos cuando se trata de abordar el problema de la verdad.

Los griegos, por ejemplo, tenían una palabra que respondía a su definición de verdad. La hermosa palabra griega para verdad, “alétheia”, traducida por cualquier diccionario como “descubrimiento”, procedía del adjetivo “alethés”, y éste, a la vez, derivaba de “léthos” o “láthos”, cuyo significado era “olvido”, “oculto”, “escondido”. De ahí que la partícula privativa “a” al principio de la palabra nos diga que la traducción literal de “alétheia” era “sin olvido”, “no oculto”, “no escondido”. Así, la verdad es lo que se hace manifiesto o está al descubierto. Lo contrario de “alétheia” es, pues, aquello que se oculta (pseudos) para hacerlo falso.

Los romanos tuvieron la palabra “verum”, que se traduciría como “verdadero”. Pero la raíz latina vendría a significar “exacto, estricto, justo”, y el término tendría uso retórico:

lo que se dice estrictamente como es. De aquí tomó la palabra el idioma español.

Entre los hebreos, verdad es “emunah”, que significa "fidelidad, firmeza", relacionada con “amen”, que significaría "así sea" y con “emeth”, que vendría a ser "fidelidad". En el Antiguo Testamento, el uso de “emunah” tiene varios sentidos: 1) Cumplimiento fiel de un oficio (2 Cró. 19:9), 2) Lealtad entre marido y mujer (Os. 14:5); 3) El testimonio fiel (Prov. 12:17); 4) Sinceridad (Pr. 12:22); 5) Firmeza (Exodo 17:12). La verdad, “emunah”, es la firmeza de la palabra de Yahvé y su cumplimiento obligatorio.

Dentro de esa historia de la verdad, baste por ahora con haber restituido la concepción de tres pueblos determinantes. Para los griegos, la verdad es lo que se descubre, y esto es propicio a una visión donde la “episteme” o “conocimiento” es posible. Entre los romanos, verdad es lo que es justo, y así se propicia una condición moral e histórica de la verdad. Verificar, para el romano, era “verum facere”, “hacer verdad”. Los hebreos, en cambio, con esa concepción basada en la firmeza y confianza, elaboran una verdad religiosa, que depende de la fidelidad de quien la enuncia.

Hoy, cuando decimos verdad, en castellano, hay un poco de cada pueblo griego, romano o hebreo en la palabra, lo que es escandaloso y a la vez extraordinario.

CONFUSIÓN

La frase pertenece a R.T. Hallock, y es memorable: “Se trata de uno de esos casos

en los que, si uno no está confundido, no logra comprender el problema”.

VERDAD Y MEMORIA

Ser es, ante todo, ser memoria. La memoria consagra y salva, es facultad y ámbito, mito y razón. No hay tiempo sin memoria: todo aspira a ser un recuerdo. La memoria pone en evidencia el mundo; es el mundo. Ontología radical de la inmortalidad. Una orilla sin centro, sesgo de duración premeditada, nostalgia del alma. Actualización, valor, saber y práctica de una expresión que se restituye sólo en la identidad, es decir, en el signo complejo de diferenciación y costumbre. Ceniza del olvido, sobre la superficie áspera del miedo. También reafirmación y tradición. Eterno retorno, escatología de conmemoraciones, grito y palabra ante el abismo de la historia. Estabilidad, exasperación, lengua, voz, imagen, volumen del destino. Gloria, iniciación y fuego, transparencia, poder, huella y cordón umbilical de la cultura. Donde hay pueblo, hay memoria: la memoria es la medida de todo lo que nos hace humanos. Certeza, anticipación, orden y ley. Memoria, «memor-oris», que

viene a ser «el que recuerda.» Y recuerdo, «re-cordis» que significa «volver al corazón.» Purificación de la muerte, nacionalidad y frontera. Es cierto: ilumina hasta encender en llamas el camino de la convicción. Dios es memoria, pero la memoria es una diosa. Epifanía de la interioridad, anhelo y causa, templo sagrado y misterio. La memoria múltiple: como instrumento y significación, es asimetría filial, resurrección, herencia, plexo y conexión. Rito y relato. Ante todo, la memoria es arte y madre de las artes, esencia, patrimonio y encuentro, víctima y lamento. Como lugar y gramática de la amnistía, proporciona el testimonio de los que tienen sed de justicia. Demonio entre los sumerios, resplandor entre los hititas, infierno y espejismo entre los tibetanos.

¿Acaso todo comienza y termina en la memoria? ¿Es inevitable que estas concepciones impongan el sentido más trascendente y singular de nuestros principios de vivencia y convivencia? El punto es que la memoria ha llegado a yuxtaponerse sobre todos los elementos que la condicionan y no hay modo de saber cómo se define sino es a partir de sus metáforas más radicales. Como lo señala Heidegger en «¿Qué significa pensar?»: «La memoria es la coligación del pensar. ¿En vistas a qué? A aquello que nos tiene en la esencia en tanto que, al mismo tiempo, cabe nosotros, es tomado en consideración. ¿Hasta qué punto lo que nos tiene debe ser tomado en consideración? En la medida en que desde el origen es lo-que-hay-que-tomar-en-consideración. Si es tomado en consideración, entonces se le dispensa conmemoración. Salimos a su encuentro llevándole la conmemoración, porque, como exhortación de nuestra esencia, nos gusta.»

El Ser de la memoria es también memoria del ser. Una ontología identitaria signa el fenómeno y supone coexistencia en el tiempo. Sólo la memoria nos devuelve al devenir del tiempo del mundo. En La persistencia de la memoria de Salvador Dalí, por ejemplo, la

representación de tres relojes blandos que marcan las seis, bien de la tarde o de la mañana, en un paisaje yermo de Cadaqués, es un indicio de que la memoria es la voz del tiempo. El interés en este óleo de 1931 que hoy se encuentra en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, no es fortuito, porque como ha escrito Ludovico Dolce: «Si tenemos alguna familiaridad con el arte de los pintores, tendremos más habilidad para formar nuestras imágenes de la memoria». En efecto, Dalí ha creado una atmósfera que podría compararse, si tal cosa fuera posible, a la fotografía digital de un sueño, en el cual los relojes que subsisten se apoyan sobre objetos que abordan el tema de la duración: la rama seca, el rostro desvanecido y casi ya una máscara, y, por supuesto, la madera que sostiene también un reloj duro que está siendo recorrido por las hormigas, acaso un símbolo terrible de la putrefacción de todo. Al fondo del cuadro, bajo el signo de un drástico cambio en la iluminación, aparece una cala con acantilados rocosos. Hay una piedra que misteriosamente proyecta su sombra sobre la arena de la playa desierta. Es curioso, pero el mar y el cielo no se distinguen, y de este modo el paisaje ambiguo retrata una realidad intensa y letal que reproduce las condiciones parciales de la reminiscencia como perduración. No todo lo que perdura es memoria; es memoria lo que se convoca en la presencia total de lo existente.

En la pregunta por la memoria, subyace además una confrontación con el olvido. La memoria, aparece, por una parte, vinculada a la inmortalidad y, por otra, al paraíso perdido. El olvido, en cambio, es el eslabón de la muerte y, sobre todo, del presente. Donde hay memoria, hay vida. Donde hay olvido, hay disolución. En un texto como el *Dîghanikaya* (I, 19-22) se asegura que los mismos Dioses pueden caer del Cielo si «les falla la memoria y su memoria se confunde», mientras que los Dioses que no olvidan suelen ser inmutables. Entre los miembros de la tribu de los yaruro, en Venezuela, el recuerdo es la vida. La

palabra para recuerdo es «horenta» y su significado esencial es "estar en casa".

Los griegos, en particular, desarrollaron toda una mitología transversal de la memoria. Según Pausanias, las primeras Musas del Helicón fueron tres: Meleté, Mneme y Aoidé. Dado que las musas serían las gestoras simbólicas del arte, el caso de Mneme, que representaría la memoria, sería fundamental porque no hay arte sin memoria. Según otra versión, acaso más popular, fue Mnemósine la diosa de la memoria y no era considerada una musa sino la madre de las musas. Sería la hija de Gea y Urano, hermana de Cronos y Oceanos, y, durante nueve noches consecutivas se habría unido en la Pieria a un Zeus disfrazado de pastor para concebir después de un año a las musas, que son las representantes de todas las artes, maestras de la profecía y la inspiración poética. Mnemósine posee el conocimiento de los orígenes y de las raíces, poder que traspasa los límites escatológicos.

En Lebadea, ciudad de Beocia, existía una fuente con su nombre, de donde tenían que beber los asistentes al oráculo de Trofonio para tener acceso a la revelación. En las regiones infernales, en el oscuro reino de Hades, existía también una fuente de Mnemósine, a la que se le oponía la de Lete, el río del olvido, del que bebían los difuntos para olvidar su vida terrena. Para los griegos, los muertos eran los que habían perdido la memoria.

Es curioso, y con esto concluyo, pero la concepción de la verdad entre los griegos tiene mucha relación con la memoria. La hermosa palabra que tenían para verdad era “alétheia”, traducida por cualquier diccionario como “descubrimiento”. Procedía del adjetivo “alethés”, y éste, a la vez, derivaba de “léthos” o “láthos”, cuyo significado era “olvido”, “oculto”, “escondido”. De ahí que la partícula privativa “a” al principio de la palabra nos diga que la traducción literal de “alétheia” era “sin olvido”, “no oculto”, “no

escondido”. Así, la verdad es lo que se hace manifiesto y que no debe caer en el olvido.

La verdad es la memoria del ser. La memoria es la verdad del ser.

ALBERTO MANGUEL, LECTOR

La historia la ha contado el propio Alberto Manguel. Conoció, en 1965, a Borges, ya ciego, porque el poeta visitaba, con su madre, la librería Pigmalión, donde él trabajaba. Un buen día, y sin aviso, Borges le preguntó a Manguel, con voz cautelosa, si tenía las noches libres para leerle textos y él aceptó, sin que su énfasis fuese suficiente o discreto o disuasorio. De esa manera, se inició una amistad nocturna donde las lecturas obedecían, por supuesto, a los exigentes gustos de Borges: textos de Schopenhauer, Chesterton, Stevenson, Kipling, la Enciclopedia Brockhaus y Dante. El ritual era invariable: una vez sentados, y hecha la intimidante sugerencia se procedía a una lectura, que provocaba, en todos los

casos, decenas de comentarios de Borges, crueles, eruditos y divertidos. Juntos abordaron sin éxito *La Batalla de Maldon* en su lengua original. Al parecer, la última lectura fue *The Holly Corner* de Henry James.

Esta relación, a mi juicio, y vista en perspectiva, perseveró en Manguel, y siento que la parte más feliz de su obra no ha sido sino una justificación y exaltación de este hermoso aprendizaje como lector. Los libros, no obstante, siempre estuvieron presentes en su vida. Nacido en 1948 en Buenos Aires, Manguel vivió su infancia en Israel, donde su padre era el Embajador y pudo aprender, con una aya checa, el alemán, y con su madre el inglés. De sus primeros recuerdos, ha confesado que casi todos se relacionan con lecturas de los Grimm o Lewis Carroll. A los seis años aprendió el español. Entre otros, leyó a Julio Verne, a Daniel Defoe, a Conan Doyle y a Collodio. Estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde conoció a Isaías Lerner, un profesor que le enseñaría a amar a clásicos españoles como Garcilaso, Fernando de Rojas, Gonzalo de Berceo, Arcipreste de Hita.

Como sucede cuando alguien ha tenido éxito, se suele olvidar lo difícil que resultó para él su consagración literaria. Al principio, vivió de las traducciones y las reseñas de libros. Colaboró con la revista *Siete Días*, para la cual entrevistó a Julio Cortázar y a García Márquez. Fue asesor de la memorable editorial Galerna, donde trabajó junto a Guillermo Schavelzon y Jorge Rodríguez, y dirigió una colección de libros llamada “Variaciones”. En Radio Municipal, junto a Jimmy Scálise, mantuvo los programas *Experiencias* y *Música y Humor*. Abandonó Argentina en 1968 y sobrevivió como lector de Gallimard, Les lettres Nouvelles y Denoël, Calder & Boyars. Junto a Severo Sarduy elaboró programas de radio para la Radio y Televisión Francesa.

Considerado un antólogo sensible, ha editado al menos diez compilaciones de

relatos o ensayos. Las tengo casi todas en mi pequeña biblioteca de Venezuela, que aún, imagino, permanece intacta. He tenido predilección por *Black Water: The Book of Fantastic Literature* (1984), por *Other Fires: Short Fiction by Latin American Women* (1992) y por el *The Oxford Book of Canadian Ghost Stories* (1990). También ha sido Manguel un traductor excelente, ora al castellano, ora al inglés, ora al francés. A saber, ha preparado versiones de Arnold Wesker, Katherine Mansfield, Mark Twain, Amin Maalouf, Margarite Yourcenar, Philippe Sollers, Margarite Duras y Federico Andahazi. Y esta lista no está completa.

Desde 1988, se le otorgó la ciudadanía canadiense, pero antes pasó temporadas en Italia, Londres y Tahití. Hoy vive en Francia. Dueño de una intuición envidiable, y dotado de una capacidad de encanto a prueba de toda plaga académica, su obra ha abarcado diferentes géneros: ha escrito una novela titulada *News from a Foreign Country Came* en 1991, tiene un diccionario borgiano: *The Dictionary of Imaginary Places: The Newly Updated and Expanded Classic* en 1999, una biografía sobre Kipling del 2001, un largo texto sobre arte que se titula *Reading Pictures* de 2002. Casi como una reliquia he adquirido con avaricia su *Borges y Stevenson bajo las palmeras* del año 2003 y su *Diario de Lecturas* del 2005.

De sus libros, me reconozco al menos en dos, que ya forman parte de mis relecturas habituales. El primero es *Into the Looking-Glass Wood: Essays on Books, Reading, and the World* (1998), un conjunto de veintidós ensayos donde aparece esta confesión: “Creo que existe una ética de la lectura, una responsabilidad en cómo leemos, un compromiso a la vez político y privado en el acto de volver las páginas y seguir las líneas”. El segundo es *A history of reading* (1996), traducido como *Una historia de la lectura* y escrito a lo largo de

siete años. Es difícil imaginar que sobre un tema histórico haya podido escribirse un texto tan ameno, pero Manguel lo ha logrado y, no sólo eso, también ha propiciado la gestación de una visión lúdica de la lectura, donde la experiencia personal es más importante que cualquier abstracción. En mi caso, que he dedicado toda mi vida a entender el problema de la destrucción de libros, ningún pasaje me ha impresionado tanto como el que encontré sobre una fotografía del ataque a Holland House:

“Una fotografía hecha en 1940, durante los bombardeos sobre Londres de la Segunda Guerra Mundial, muestra los restos de una biblioteca medio derruida. A través del tejado hundido se ven fuera edificios fantasmales y en el centro del local hay un montón de vigas y muebles rotos. Pero las estanterías colocadas sobre las paredes se han mantenido, y los libros alineados en ellas parecen intactos. Tres hombres están de pie entre los escombros: uno, como dudoso sobre qué libro escoger, lee, se diría, los títulos de los lomos; otro, con gafas, se dispone a sacar un volumen; el tercero está leyendo, con un libro abierto en las manos. No están volviendo la espalda a la guerra, ni haciendo caso omiso de la destrucción. No prefieren los libros a la vida en el exterior. Tratan de seguir adelante pese a encontrar obstáculos bien evidentes; están afirmando el derecho de todos a preguntar; están una vez más—entre las ruinas, en medio de esa maravillada percepción de las cosas que la lectura concede a veces—tratando de entender[...].”

Hoy en día Manguel ha obtenido el Premio Periodístico sobre Lectura, ha sido distinguido como Caballero de la Orden de las Artes y las Letras (Francia, 1996), el McKitterick First Novel (Reino Unido, 1992) y por la Asociación de Escritores Canadienses. Todo esto no es nada en comparación con el hecho de haber logrado ensamblar una biblioteca de 50.000 libros cuya sola historia puede dar origen a una extensa

crónica. Sólo ahora, justo ahora, cuando vive en Francia, y es uno de los ensayistas más cosmopolitas de los últimos tiempos (un argentino de origen judío que escribe en inglés desde París), ha podido reunir esos libros tras años de exilios y viajes. George Steiner lo ha llamado el “Don Juan de Bibliotecas”.

En cierta oportunidad, Borges escribió: “Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer”. Acaso Manguel ha sido uno de los evangelistas de esa fe. No sé por qué razón, pero me resulta imposible imaginarlo, en este instante, de otra manera que no sea sentado, sonriente o absorto, con los lentes en la mano derecha, o en la izquierda (este detalle es lo de menos), en la centésima relectura de una edición poco conocida de Lewis Carroll, pero aquí no termina esa imagen. Estoy seguro que luego abandona el volumen, no sin reproche, sólo para demorar, con manifiesta habilidad o esperanza, esa felicidad sin escepticismo que proporciona siempre la lectura de un buen texto.

LAS CARTAS Y EL FUEGO

Diodoro (5.28.6) comentaba que los galos se comunicaban con los muertos de la siguiente forma: les escribían cartas y luego las arrojaban en hogueras para que sus parientes pudieran leerlas sin dificultad.

CONSEJOS A UN JOVEN ESCRITOR

A lo largo de cinco años de conferencias y seminarios, ferias de libros y congresos, he compilado decenas de preguntas relacionadas con inquietudes literarias y creo que las respuestas pueden resumirse de esta manera provisional:

1) No debería existir un consejo que fuera el primero o el último.

2) Tal vez lo original consista en volver al origen, a la superficie lateral de los mitos.

3) Hay que escribir sólo cuando se desea hacerlo, cuando uno se puede enfermar mortalmente si no lo hace. Hablar del escritor profesional es como hablar del abogado profesional. Se es o no se es escritor.

4) Mientras uno no lea a Camilo José Cela o a Harold Bloom y no crea que los escritores son personas tan dogmáticas y aburridas como ellos, todo está bien. Al menos hay una oportunidad, por pequeña que sea.

5) Si uno ha leído la Biblia, o ha leído a Homero, Las Mil y Una Noches, a Dante, a Shakespeare, a Montaigne, a Cervantes, a Poe, a Kawabata, a Borges, a Kerouac, a García Márquez, a Sábato, todo puede estar más claro. Y se arrepentirá con creces quien no lea a Henry James, a George Orwell, a Stanley Ellin, a Dashiell Hammett, a Raymond Chandler, a Juan Rulfo, a Augusto Monterroso, a J.D. Salinger, a Italo Calvino, a Paul Auster, a

Roberto Bolaño.

6) Nada de servilismos ni a muertos ni a vivos. La palabra clave en la labor literaria es “responsabilidad”.

7) “El código Da Vinci” es un libro extraordinario, aunque los intelectuales lo desprecien: ha probado que las novelas, a las que se creía muertas, provocan todavía polémicas mundiales.

8) Entre Homero y Scherezade, lo que siempre interesará es que la literatura impida que la muerte tenga la última palabra.

9) Un poco de desorientación contribuye a fortalecer la tolerancia.

10) Es una tontería querer ser escritor sin haber leído los Diarios de Kafka. Son como un mapa detallado de las dudas y quejas propias de tan intenso oficio.

11) Palabras que han de estar en el diccionario cotidiano del escritor: paciencia, constancia, modestia, dignidad, resistencia, escepticismo, solidaridad, buen gusto, coraje, humor y distancia ante el poder. Palabras que no deberían estar en ese diccionario: odio, adulación, fanatismo, banalidad, mezquindad, envidia, plagio, fascismo, racismo, clasismo, autoritarismo, cretinismo y mediocridad.

12) Hay que leer el primer punto.

UNA LECTURA DE PAUL AUSTER

Todo empezó por eso que el propio Paul Auster ha llamado “las extrañas conjunciones del azar”. Baste decir, si se me permite comenzar de esta manera, que en mayo de 2003 yo viajaba a Bagdad como parte de una comisión para estudiar la destrucción de bibliotecas en Iraq. No sabía qué me esperaba, pero asumí mi rol con todo el escepticismo del caso. A 50 grados centígrados todo parece inexplicable. No obstante, una mañana, creo que fue el 12, mientras revisaba la sala saqueada de libros extranjeros de la Biblioteca Nacional de Bagdad (Dar al-Kutub wa al-Watha’iq) encontré, entre los volúmenes arrojados en el piso, una edición de "El palacio de la luna" de Paul Auster, fechada en 1989. No sé por qué, pero el libro me cautivó desde la primera línea y pensé que sería magnífico leerlo en los ratos libres que no tenía.

En Viena, pero ya en junio, aproveché para buscar ese volumen. Estaba obsesionado y no fue difícil, por cierto, encontrarlo en una librería anglo-alemana, incluso en la misma edición. El encargado de la tienda, amablemente, insistió en que mi elección era estupenda y fue gracias a él que vine a saber detalles singulares de Auster que hubiera ignorado de otro modo. Me refiero a su nacimiento en Newark, Nueva Jersey, el 3 de febrero de 1947. A sus primeras lecturas, en la casa de su tío Allen Mandelbaum, un traductor de Virgilio, en 1957. A sus diversos empleos: camarero en una colonia de vacaciones, empleado en una tienda de electrodomésticos, jardinero en un hotel de Catskills, cocinero y limpiador de baños en un barco petrolero de la Esso, traductor, profesor de inglés, recepcionista telefónico en la sede parisina del New York Times. A sus cigarros Schimmelpennic... en fin.

El encargado, un hombre alto, flaco, de piel clara, huesos prominentes y edad inexacta, desfigurado por un tic persistente, no quería que olvidara nunca que Auster había

pasado temporadas enteras sin apoyo ni un céntimo, un poco como Henry Miller. “Tuvo que inventar un juego de baraja sobre el béisbol, que es su pasión. Pero también tiene un Master en la Columbia”, insistió. Me contó sobre el matrimonio de Auster con Lydia Davis en 1974, sobre su hijo, su divorcio en 1979, su nuevo matrimonio con Siri Hustvedt o sobre su hija Sophie. Observé que la pasión del hombre por el escritor era genuina. Juraba tener todos sus artículos y libros. Supe que Auster había trabajado en Ex-libris, lugar donde conoció a John Lennon y cosas así.

Cuando salí de la tienda comprendí que estaba ante un autor de culto y conservé el libro en mi maletín de mano para leerlo durante mi vuelo de retorno a Venezuela. Ya en la noche, cuando regresé, ocurrió lo predecible: había dejado el maletín olvidado en la mesa de conferencias. Corrí a buscarlo, en vano. Alguien se llevó mi maletín, con fotos, papeles extremadamente confidenciales y perdí el libro. Al otro día me sentía desencantado y extrañado. Mi deseo de leer a Auster estaba siendo frustrado sin explicación y, supersticioso como soy, pensé que lo mejor era olvidar el tema. Así lo hice.

No obstante, nada sale nunca como se planifica. Por mera casualidad, durante un viaje a Brasil, conocí a unos jóvenes uruguayos que tenían un club dedicado a la obra de Auster. Ninguno había comprado, curiosamente, salvo por equivocación, un libro suyo; se habían limitado a descargarlos en una página pirata de Internet que les suministraba todas. Uno de ellos me obsequió su ejemplar de "El palacio de la luna" porque no comprendía el inglés y prefería sus textos en castellano con los errores naturales de una digitalización improvisada. Les advertí que la piratería era severamente castigada y se rieron. Aún deben hacerlo cuando hablan de mí.

Gracias a estos muchachos supe detalles que luego juzgaría imprescindibles: me

advirtieron que Auster era un excelente traductor del francés, y que había elaborado versiones de Mallarmé, Francis Ponge, Joubert, Sartre, Simenon, Du Buchet, Dupin y otros. Me leyeron algunos poemas de Auster y formalizaron las reglas que todo lector suyo debe anotar:

1) Hay que leer, de forma ininterrumpida, *Ciudad de Cristal*, *Fantasma y La habitación cerrada*. Esta es la *Trilogía de Nueva York*, una especie de epopeya urbana posmoderna. Al mismo tiempo conviene repetir aquí que nada menos que diecisiete editores rechazaron la primera novela de esta saga antes de su publicación.

2) *El país de las últimas cosas* es el credo de la última generación.

3) No se conoce a Auster si no se ha leído "El palacio de la luna", protagonizada por Marco Stanley Fogg, quien mezcla su compleja historia personal con la de Estados Unidos, desde un punto de vista crítico.

4) Con "La música del azar", todo lo que ha escrito después es una mera compilación de notas a pie de página. Esto quiere decir que eso es lo que es su breve cuento "Cuento de navidad de Auggie Wren", publicado en The New York Times. Lo mismo cabe decir de "Leviatán", "Sr. Vertigo", "Tombuctú".

5) Su novela "El libro de las ilusiones" es un intento por escribir una *Ilíada* donde la incertidumbre es Aquiles.

6) Es obligatorio ver la película "Lulu on the Bridge", donde Auster fue guionista y director.

7) Leer a Auster es recuperar el sabor de esa concepción según la cual hay que ver el mundo en un grano de arena.

Lo cierto fue que con este singular canon literario en mi cabeza, abordé la lectura de

Auster por vez primera en una remota aldea de Brasilia, una madrugada cálida e inolvidable. Recuerdo que pensé en infinitas cosas, y reconocí que el modo en que pude llegar a leerlo se parecía demasiado a su propia forma de plantear sus relatos, lo cual me agradó. Y desde ese día hasta hoy no hay momento en que no quiera releer algo suyo, y lo mejor de todo ha sido que no he encontrado una línea que me defraude. Incluso es posible que después de escribir esta línea retome cualquier pasaje y vuelva a sentir esa fascinante magia intacta que sólo puede ofrecer el azar.

BORGES Y LA FILOSOFIA

Borges, nacido ochomesino en Buenos Aires el 24 de agosto de 1899 y muerto en Ginebra el 14 de junio de 1986, es el escritor más filosófico del siglo XX. Me explico: es, por supuesto, un escritor, pero es también un pensador. Lo que lo distinguió del filósofo profesional como tal es, quizás, el hecho de que estimaba las doctrinas en función de

intereses estéticos: su epistemología fue, para decir lo que después voy a razonar, transversal, oblicua. Ante cualquier malinterpretación de esto, Borges se encargó de advertir: “No soy filósofo ni metafísico; lo que he hecho es explotar, o explorar -es una palabra más noble-, las posibilidades literarias de la filosofía” (en María Esther Vásquez, *Borges: imágenes, memorias, diálogos*, 1977, p. 107). En otra admonición señaló: “Yo no tengo ninguna teoría del mundo. En general, como yo he usado los diversos sistemas metafísicos y teológicos para fines literarios, los lectores han creído que yo profesaba esos sistemas, cuando realmente lo único que he hecho ha sido aprovecharlos para esos fines, nada más. Además, si yo tuviera que definirme, me definiría como un agnóstico, es decir, una persona que no cree que el conocimiento sea posible” (Ibídem, p. 107). Dijo, para concluir lo que le parecía un exceso: “no soy un pensador” (en *Conversaciones de J.L. Borges con Osvaldo Ferrari*, Tiempo Argentino, 1984). En este sentido, Borges estaba en lo correcto porque para él, un filósofo era alguien consagrado al pensamiento, alguien como Schopenhauer, como Kant, como Berkeley.

Hoy vuelve a discutirse si Borges era filósofo o un narrador y poeta interesado por la filosofía. Antes de una toma de posición caprichosa, sugiero que leamos su discurso sobre Macedonio Fernández de 1952. En su alocución, manifestó que “Filósofo es, entre nosotros, el hombre versado en la historia de la filosofía, en la cronología de los debates y en las bifurcaciones de las escuelas...”. Pero su definición más valiosa es la que ofreció al decir que Macedonio “fue filósofo, porque anhelaba saber quiénes somos (si es que alguien somos) y qué o quién es el universo...”. En lo personal, creo que es mejor insistir en que Borges fue un escritor filosófico, un hombre que desarrolla ideas filosóficas desde una dimensión literaria que relaciona contextos diferentes y valora lo fantástico de una creencia

antes que su verdad ontológica. En *Magias Parciales del Quijote* (incluido en *Otras inquisiciones*, 1952), escribió: “Las invenciones de la filosofía no son menos fantásticas que las del arte...”. En la reseña de un libro sobre la muerte, publicada en *Sur* en 1943 y colocada en las reediciones de *Discusión*, admitió que la antología de la literatura fantástica que había compilado estaba incompleta por no haber incluido las creaciones de la filosofía: “¿Qué son los prodigios de Wells o de Edgar Allan Poe --una flor que nos llega del porvenir, un muerto sometido a la hipnosis--confrontados con la invención de Dios, con la teoría laboriosa de un ser que de algún modo es tres y que solitariamente perdura fuera del tiempo? ¿Qué es la piedra bezoar ante la armonía preestablecida, quién es el Unicornio ante la Trinidad, quién es Plinio Apuleyo ante los multiplicadores de Buddhas del Gran Vehículo, qué son todas las noches de Sharazad junto a un argumento de Berkeley?...”. La originalidad de Borges como escritor consistió en que logró percibir la relación fructífera entre el pensamiento y las letras como ningún escritor había podido hacerlo antes. Al justificarse por su afición a temas metafísicos, expresó que “lo que suele ser un lugar común en filosofía puede ser una novedad en lo narrativo” (Antonio Carrizo, *Borges el memorioso*, México, 1982).

Pero que no haya sido un filósofo en el sentido profesional o tradicional del término, no nos impide que estudiemos sus aportes a la filosofía, que los hizo y en gran número. Borges estaba animado por el deseo de presentar metáforas de contenido filosófico. Buscaba sugerir misterios; no explicarlos. Dunraven, personaje de *Abenjacán el Bojarí*, muerto en su laberinto (incluido en *El Aleph*), dice en alguna parte que “la solución al misterio es inferior al misterio”. Borges, con esta frase, ha dado a entender lo que lo separaba del filósofo que se obstina en cerrar un argumento. Por una parte, su propósito fue

el de introducir al lector en los temas que han hecho la gran filosofía: el tiempo, el azar, la muerte, la identidad. Su principal logro, en este particular, tal vez haya sido animar a miles de lectores a adquirir consciencia de problemas de la filosofía que de otro modo les hubieran sido ajenos. Por otra parte, su actitud ante los problemas filosóficos es un legado memorable: no deja, ciertamente, un sistema nuevo. No inventó ni cambió las leyes de la lógica. No dejó una teoría del Ser o del Ente. No modificó las líneas epigonales de la filosofía. Pero en un panorama filosófico que caracterizado por el agotamiento de los modelos epistemológicos, por la liquidación del historicismo, la confusión del subjetivismo y la proliferación de filosofías de acción y valoración ética, Borges ha logrado recordar a los pensadores de oficio que el estilo de pensamiento es el resultado de una convicción. Al restar valor a la filosofía como dogma que permite entender el universo por completo, ha constituido un nuevo camino que impone la reconsideración de viejos problemas olvidados.

El amor por la filosofía le vino a Borges de su padre. Muy pequeño, mucho antes de leer los fragmentos de Zenón de Elea, autor de argumentos como el de Aquiles y la Tortuga, fue invitado por su padre, Jorge Guillermo Borges, a comprender las paradojas en un tablero de ajedrez. Asimismo, escuchaba hablar de Platón y de razonamientos analizados con enorme sencillez. Durante su permanencia en Europa, Borges aprendió por sus propios medios alemán, lengua que dominó en lo escrito y poco en lo oral, según el testimonio de quienes lo conocieron. Influidado por Thomas Carlyle, cuyo *Sartor Resartus* había convertido en un fetiche, quiso comenzar con la *Crítica de la Razón Pura* de Kant, obra que, obviamente, lo derrotó de inmediato. Los períodos largos y la dificultad de lectura de ese tratado le hicieron pensar que sería mejor intentar con filósofos dotado de mayor poder de escritura. Leyó entonces a Friedrich Nietzsche, que supuso el acceso a la doctrina del

Eterno retorno, y a Arthur Schopenhauer, cuyo libro central, *El Mundo como voluntad y representación*, citó cientos de veces en sus escritos toda su vida. En un ensayo largo que publiqué hace ya tiempo me atreví a probar que la mayor parte de sus conocimientos filosóficos procedía del *Diccionario de Filosofía* de Fritz Mauthner. Me apoyé en el prólogo de *Artificios*, fechado en 1944, donde Borges comparó, como uno de sus autores predilectos, a Mauthner con De Quincey, Stevenson, Chesterton, Shaw y León Bloy. La influencia de Mauthner hizo que Borges sintiera continuamente la presencia de temas estudiados por el alemán en sus principales libros. Podemos encontrar, por ejemplo, la interpretación temporal del lenguaje en un relato como *Pierre Menard, autor del Quijote*; en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* estaría presente la Sprachkritik, por la discrepancia entre lenguaje y realidad; en *Emma Zunz* se expondría la Wortaberglaube o superstición de la palabra, creencia que respaldaría la existencia de una palabra por la existencia de un objeto; en *Tema del traidor y del héroe* se impondría el mismo aspecto; en *Tigres azules* estaría la tesis mauthneriana de la insuficiencia lógica del lenguaje; en *El otro*, se vindicaría la naturaleza metafórica de todo lenguaje; en *El inmortal* se defendería el poder arquetipal sobre los procesos mentales individuales y en *El Congreso*, el relato más ambicioso de Borges, se probaría la arbitrariedad de los sistemas de clasificación lingüística.

Otros pensadores le interesaron: Platón, Aristóteles, Plotino. Alguna vez debió estudiar griego para leerlos, pero no pasó de las declinaciones, cuya música debió maravillarle. En latín, aunque con la ayuda de versiones en inglés y español, leyó a Séneca. Sabemos que no pudo comprender a Hegel y que detestaba a Heidegger, al que atribuyó la invención de un dialecto del alemán y al que despreció por nazi. En cambio, reivindicó los olvidados nombres de George Berkeley, David Hume y Francis Bradley, cuyos libros

encontró en la biblioteca de su padre en inglés. Sintió enorme atracción por Bertrand Russell y por Alfred North Whitehead. Su pasión por Spinoza lo llevó a querer escribir un largo ensayo sobre este filósofo, pero lo detuvo la sospecha de que no “podría explicar a otros lo que yo mismo no puedo explicarme”. En los dos poemas que le dedicó (insertos en *El otro, el mismo*, 1964, y en *La moneda de Hierro*, 1976), insistió en su condición de judío obsesionado por labrar “a Dios con geometría delicada”. En lengua española, leyó mucho a Miguel de Unamuno en su juventud, aunque terminó por aborrecerlo por apoyar la tesis de la inmortalidad de los hombres, que siempre le pareció una idea aterradora. A José Ortega Y Gasset lo adversó con el secreto odio que suele tener la gente por los conventos y por los libros que enseñan algo. Me he preguntado muchas veces por qué lo odió tanto y por qué dijo que Ortega debió alquilar un escritor para que le redactara los libros porque no sabía cómo hacerlos. Para la fecha de hoy, sólo puedo suponer que le irritaba la petulancia del español y que estaba prejuiciado por su amistad con Rafael Cansinos Asséns, enemigo mortal de Ortega.

Hay mucho en Borges de la filosofía oriental y judía. Del Budismo le atrajo la idea del infinito. Kant dijo, al describir las antinomias, en la *Crítica de la Razón Pura*, que la mente humana concibe equívocamente un tiempo sin principio ni fin. El, por el contrario, admiraba esa posibilidad de lo interminable, que hacía de las fechas algo menor. De los judíos, tomó la cábala, palabra que etimológicamente es “tradición” y que puede resumirse como un intento de adivinar por medio de la escritura sagrada de la Biblia los secretos del universo, la fuente original del ser.

Se han hecho intentos por determinar qué tendencia profesó Borges como escritor filosófico. Jaime Rest ha escrito que Borges era un autor nominalista; Juan Nuño ha

preferido convertirlo en un seguidor del platonismo; Ana María Barrenechea lo consideró siempre un panteísta nihilista, en tanto Jaime Alazraki lo creyó un panteísta spinoziano. En lo personal, prefiero, como lector, creer que Borges no fue adepto de ninguna de estas vías; su camino me parece tan particular, que dudo que tuviera el descaro de admitirse dentro de una concepción del universo sesgada. Su camino fue otro: si hemos de clasificarlo, es oportuno no desconocer que a él le gustaba, como a Lewis Carroll y a Chesterton, razonar paradojas, crear situaciones intelectuales de desconcierto, vindicar lo extraño. A partir de esto, escribía. Lo que le fascinaba de una doctrina eran sus posibilidades literarias, como lo he comentado ya. Cualquier pensamiento que le despertara una sensación de felicidad lo hacía suyo. Además de esto, recordemos que Borges no es filósofo porque haya querido construir un sistema real de explicaciones. En *Avatares de la tortuga* (incluido en *Discusión*) escribió: “Es aventurado pensar que una coordinación de palabras (otra cosa no son las filosofías) pueda parecerse mucho al universo”. Creía que el filósofo, para adaptar los hechos a su sistema, debía hacer trampas con las palabras. Eligió, por esa misma razón, resistir la tentación de declararse partidario y, con contradicciones o sin ellas, veneró el poder creativo de la filosofía. Sin embargo, es obvio que de todas las posibilidades de la filosofía, la que le produjo el mayor desconcierto y agrado fue el idealismo. En esto, siguió fiel a sus primeras lecturas, que fueron las últimas, recomendadas por su padre y por el amigo de éste, que luego fue su mentor, Macedonio Fernández. Borges comenzó plagiándolo; lo hizo suyo, lo devoró y lo convirtió en un personaje borgiano, como hizo con todo lo que tocó.

Para entender cómo lo afectó el idealismo, quiero examinar atentamente uno de sus mejores cuentos, el que suelo releer con mayor frecuencia. Me refiero a *Tlön, Uqbar, Orbis*

Tertius, y está en *El jardín de senderos que se bifurcan*. Borges en ese texto simula que después de una conversación con su amigo Bioy Casares, en la que éste le ha dicho que los heresiarcas de Uqbark condenan los espejos y la cópula porque multiplican el número de los hombres, se entrega a la búsqueda desesperada de la enciclopedia que contiene esa información. La obra en cuestión es la Angloamerican Cyclopaedia, pero para vergüenza de Bioy, el tema de Uqbar no aparece en el libro que ambos consultan. El examen minucioso de la enciclopedia y la visión de un Atlas hacen creer a Borges que Bioy lo ha inventado todo, pero un día después recibe una llamada de su amigo para confirmarle que sí existe esa noticia histórica. Se trata de la misma enciclopedia, pero con páginas misteriosamente añadidas. Pasa el tiempo y Borges nos dice que encontró un volumen titulado *A First Encyclopaedia of Tlon*. Vol. XI, sin indicación que precisara la fecha y el lugar de edición. Inmediatamente percibe que todo no es otra cosa que una vasta conspiración de una sociedad secreta que intenta traer a este mundo, la pesadilla de otro mundo, en forma progresiva, de tal modo que en el futuro todos estén preparados para aceptar las condiciones del nuevo universo, llamado Tlon. Borges, emocionado por esa perspectiva, describe la filosofía idealista y el alfabeto de Tlön. En su lengua, no hay sustantivos sino verbos impersonales porque la filosofía de ese mundo niega una realidad estable y formula un mundo sin sustancias. Nadie puede decir: “Luna”, sino algo así como “luneció”. La literatura de Tlön, nos dice, es consecuente con esos principios: “Hay poemas famosos compuestos de una sola enorme palabra”. Se admite que el sujeto del conocimiento es uno solo y eterno, por lo que no tiene sentido hablar de autores. Nadie firma los libros. Un libro de argumentos trae necesariamente su contraargumento. Los tlonianos no buscan la verdad de las cosas sino el asombro. “Juzgan, nos comenta Borges, que la metafísica es una rama

de la literatura fantástica”. Al presentarnos el horror de este mundo, Borges reivindica incompletas las tesis de George Berkeley, según las cuales lo que existe, existe porque lo percibimos. De ahí que nos asegure que hay umbrales que sólo existieron mientras un mendigo los visitó y que unos pájaros han salvado de la nada las ruinas de un antiguo anfiteatro. El futuro, debido al poder irresistible de estas concepciones, será absolutamente tloniano: “Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español”.

En este cuento, el protagonista obvio es el pensamiento mismo confrontado en sus posibilidades dialécticas. El narrador es apenas un testigo de la presencia de algo externo que lo desborda. Explora decenas de temas, pero el más interesante es el de la realidad sometida por el libro como arquetipo. Borges ha imaginado un libro que borra el pasado y crea el futuro. Recupera, igualmente, la utopía fantástica de tono irónico. En todo momento, el relato está el orden de los textos de Jonathan Swift, cuyos Viajes de Gulliver siempre fueron gratos a Borges. Asimismo en los de Voltaire.

Guillermo Sucre (*Borges el poeta*, Caracas, 1967) ha escrito que Borges es, como Mallarmé y Valery, un poeta de poetas, alguien sagrado que indaga en los arquetipos, en las formas esenciales del mundo. Borges, ciertamente, al igual que en sus relatos y ensayos, compuso una poesía filosófica que valora mitos intactos de la cultura humana y restituye su fascinación mágica. He observado que Borges rechazó la escritura de poemas basados en el esquema de Edgar Allan Poe, es decir, poemas predeterminados intelectualmente. Pero sus poemas no nacieron de una sensibilidad incentivada sino de un círculo feroz de lecturas o de motivos que universalizan, que hace intemporales los orígenes singulares del texto. Toda realidad se vuelve texto en Borges: lo repentino, lo descomunal, lo incongruente, toma en sus manos un sentido selectivo y simétrico. El verso de Borges rescata el enigma, la

conjetura metafísica, diluye la realidad por medio de un enlazamiento de imágenes y metáforas prodigiosas que celebran e insisten en desacralizar la condición materialista de las cosas. Neruda y Francis Ponge pudieron versificar el poder natural de las cosas; Borges, la irrealidad de las cosas, la posibilidad de que las cosas sean apenas un alfabeto extraño de un libro mayor, el Universo:

“Todas las cosas son palabras del
idioma en que Alguien o Algo, noche y día,
escribe esa infinita algarabía
que es la historia del mundo”.

La poesía de Borges es una poesía sin mayores novedades formales; es, en cambio, una poesía de hallazgos literarios, que asocia y mixtifica, que relaciona lo exotérico y lo esotérico, que reivindica ámbitos contingenciales del ser y de la existencia y que incorpora lo exótico (lo nórdico) y lo criollo para imponer un ars poética sugerente. Borges hizo literatura al filosofar y filosofó al hacer literatura. Lo suyo es la hipóstasis de la literatura. Sus temas, al igual que en sus cuentos, fueron la muerte, el Tiempo, la ética, la identidad personal. Al hablar de la ceguera, por ejemplo, apunta hacia perspectivas gnómicas.

En el *Poema de los dones* y *Otro poema de los dones* está, a mi juicio, el mejor Borges poeta. Los dones que agradece en mayoría son los libros. Dice en el primer poema: “Yo, que me figuraba el Paraíso / Bajo la especie de una Biblioteca”. En el segundo da gracias: “...por la razón, que no cesará de soñar / con un plano del laberinto...Por Schopenhauer, / que acaso descifró el universo...Por el último día de Sócrates...Por Verlaine, inocente como los pájaros...Por Séneca y Lucano, de Córdoba, / que antes del español escribieron / toda la literatura española...Por la tortuga de Zenón y el mapa de

Royce...por el lenguaje, que puede simular la sabiduría...por Whitman y Francisco de Asís, que ya escribieron el poema...por el sueño y la muerte, / esos dos tesoros ocultos, / por los íntimos dones que no enumero, / por la música, misteriosa forma del Tiempo...”. En el buen poema, cada palabra mira de frente al lector. En estos y otros poemas de Borges, se siente no que se nos da algo nuevo sino que se participa en el recuerdo de algo memorable que hemos ignorado. Como en el caso de las grandes ideas filosóficas, que suelen ser preguntas y no respuestas que descubrimos como una parte de nosotros olvidada. Borges escribió en el prólogo de *La rosa profunda* (1975) que: “La misión del poeta sería restituir a la palabra, siquiera de un modo parcial, su primitiva y ahora oculta virtud. Dos deberes tendría todo verso: comunicar un hecho preciso y tocarnos físicamente, como la cercanía del mar”. En su propia poesía, hay que decirlo, consiguió que pensamientos antiguos y extraños se transformaran tocando a los lectores físicamente.

De todos los poetas que he leído en mi vida, Borges es el único que ha logrado crearme convicciones de liberación por medio de la magia de ciertos versos. Su máxima realización es, sin duda, haber entendido que la verdad emocional es un fin y no un medio en el poema.

Quiero terminar con una modesta observación de lector. Siempre he creído que las Obras Completas de Borges, que, por paradoja, son año tras año más incompletas debido a las compilaciones de inéditos que aparecen, suponen una lectura sinuosa y más que una compilación son un manual de enigmas que revelan diversos aspectos del mundo en la misma medida que nos confunden por suponer una crítica de la razón súbita. Borges, obsesionado con los laberintos y los espejos, preparó sus Obras Completas como si se tratara de una galería laberíntica proclive a los reflejos infinitos: se repiten las metáforas,

los temas, líneas enteras en un ensayo o relato, se tergiversan datos, se crean autores y libros imaginarios, en fin. La imagen final que produce este libro es la de que el universo está en sus páginas y que acaso *La Biblioteca de Babel*, uno de los cuentos incluidos, es apenas la biografía secreta del lector que intenta aproximarse a sus líneas, a la búsqueda de claves que todo lo justifican o explican.

QUEMA DE LIBROS EN LA CHINA ANTIGUA

La historia de la China antigua está marcada por cientos de episodios de censura y biblioclastia. Llama la atención, por decir, que el año 206 a.C., sobrevino una guerra civil para derrocar a los débiles herederos de Shi Huandi y toda la Biblioteca Imperial, que preservaba los textos que no se habían quemado, pereció en las llamas.

Sólo en el año 191 a.C., durante la dinastía Han, pudo restituirse la memoria de la nación, pues numerosos eruditos habían conservado en la memoria obras enteras. La etapa de los Han, que abarcaría desde el año 207 a.C., fue un período cultural de gran prosperidad. Liu Pang, primer Emperador Han Kaotzu (Supremo Antepasado Han), recuperó a los letrados de tendencia confuciana y estableció que los puestos más importantes estarían reservados a los literatos. Se cuenta que un día le preguntó al sabio Liu Kia por qué él, que había conquistado el poder por la fuerza, debía estudiar a los clásicos, y

recibió como respuesta que los clásicos eran los únicos que podrían darle forma a esa fuerza. Kaotzu hizo de Chang'an una capital célebre por sus reuniones literarias.

En el reinado de Wu ti, se organizaron los primeros exámenes a los funcionarios de la Corte, hacia el año 130 a.C., con preguntas y respuestas cuya complejidad resulta sorprendente. Durante su apogeo, se sabe que hubo propuestas para copiar los libros y los escribas se ocuparon de esta labor hasta «*amasar montañas de libros.*» En el 124 a.C, se creó la *Poh Shih Kuan*, una institución de educación imperial cuyos departamentos estaban dedicados, cada uno, a un libro en particular: el *I Ching* (Libro de Cambios), el *Shu Ching* (Libro de Documentos), el *Shih Ching* (Libros de Odas), el *Ch'un Ch'iu* (Anales de la primavera y Otoño), el *Li Chi* (Libro de Ritos), el *Chou Li* (Libro de Uso Ceremonial), y el *I Li* (Libro de Ceremonias). Para este tiempo, los libros eran de seda.

Hacia el año 99 a.C., el cronista Sima Qian, llamado el «Herodoto oriental» por sinólogos europeos, no describió correctamente la magnificencia, el poder y la legitimidad del Emperador al referirse a las luchas contra los invasores *hsiung-un* y esta falta de delicadeza de su parte, acaso la timidez de ciertos adjetivos, le costó un juicio que concluyó con su castración y la quema del material. Hoy se lee su texto *Shiji* de un modo incompleto.

El año 26 a.C., Liu Xiang (79-8 a.C.) recibió del Emperador la orden de catalogar y editar los libros de la Biblioteca Imperial. Presentó tiempo después una curiosa innovación, pues ofreció un informe llamado *Bielu* con datos de su autor y un recuento histórico con todos los detalles de cada obra. Al estudiar, por ejemplo, los escritos de Xunzi, conocido como Hsün-tzu, encontró nada menos que 322 manuscritos que redujo a 32 libros, que hizo transcribir en bambú. Su hijo Liu Xin prosiguió esta labor y clasificó los libros de la siguiente forma: *liuyilve* ó Clásicos, *zhuzilve* ó Pensadores, *shifulve* ó Poesía, *bingshulve* ó

Arte de la Guerra, *shushulve* ó Numerología, adivinación, ocultismo, alquimia, etc. y *fangjilve* ó Medicina. Este material fue revisado por el Emperador Ai Di el año 6 a.C. Hacia el año 1 el catálogo de la biblioteca imperial constaba de 677 obras, que se redujeron a las 152 que todavía existen. El erudito Ban Gu (32-92) retomó años más tarde esta bibliografía en su *Hanshu* o Historia de la Dinastía Han, que ha sobrevivido hasta nuestros tiempos.

Para el año 23, la degeneración de los Han y la ruina de los campesinos produjo una conspiración. El usurpador Wang Mang atacó a los poderosos terratenientes, y quiso convertirse en un protector de los sabios. Hizo que todos los que habían leído los clásicos vinieran hasta su corte y congregó a casi mil de estos eruditos. No obstante, le fue imposible sostenerse en el poder y murió durante el ataque contra la villa Chang'an, con la mala fortuna que su extraordinaria colección personal desapareció.

Liu Hūan restauró la dinastía Han, que duraría hasta el año 220, pero su declive definitivo provocó la dispersión de la Biblioteca Imperial, que tendría que ser rehecha por Cao Cao, un hombre que llegó a ser Rey de Wei. En el 205, Cai Lun, jefe de los eunucos, logró usar materiales más económicos que la seda y mezclarlos hasta producir un invento que vino a ser el papel, que contribuiría a facilitar el incremento en el número de reproducciones de los libros.

Entre el 220 y el 581, numerosas colecciones perecieron. Chang Hua (232-300), en su curiosa *Lang Huan Chi* comentó la pérdida de una gigantesca biblioteca. Durante su apogeo, Loyang se convirtió en un centro intelectual. En el 311, su saqueo por parte de los hunos arruinó todas las bibliotecas. En el 316, el pillaje se repitió cuando cayó el último de los Ch'in. Entre el 495 y el 510, varios decretos obligaron a los mensajeros a ir por todo el

país en busca de manuscritos para recuperar la Biblioteca Imperial. Durante la dinastía Liang, la prestigiosa biblioteca que lograron constituir con 140.000 libros, fue quemada por Yuandi en el año 554 cuando sus enemigos tomaron Jiangling. El poeta Yan Zhitui (531-591), autor de una obra sobre los fantasmas, escribió uno de sus textos más tristes para recordar la época en que Yuandi lo protegió:

A la edad de quince años, me gustaba leer antiguos libros, y a los quince años, tenía un pequeño cuarto de oficina. El rey de Chu [Yuandi] me hizo este favor, y así fue que pude entrar libremente al palacio de Zhanghua.

Mis elegías fueron mejores que las de Qu Yuan, y leyendo libros sobrepasé al Viejo Escriba.

Muchas veces, participé en banquetes nocturnos, y mi servicio al Emperador era como un sacrificio en el templo de Chaoyun.

Las montañas subían, las flores violetas caían, flotando en los ríos, recogí el verde de los ángeles.

Pero repentinamente, antes de que la época de la danza concluyera, una tormenta arenosa surgió y oscureció el cielo. Los ejércitos de Wu destruyeron la bandera de nueve dragones, los soldados de Qin avanzaron miles de millas.

Ahora, los conejos habitan el templo de los antepasados de Chu, escarcha y helada cubren la corte y el mercado. Fue como en los viejos tiempos, cuando entraron en la ciudad de Handan con el anillo de jade roto, como cuando la espada voló en el río de la ciudad de Xiangcheng (y lastimó al regente).

No puedo ser enterrado con mis antepasados, para pasar una vida sola soy lo

bastante bueno como sentirme avergonzado. Afligido, pienso en la vieja capital, tristemente vistiendo de luto a mi viejo señor. El espejo refleja mi primer cabello blanco, dejándome lastimado para mis últimos días.

Se sabe que Niu Hung, en el año 600, se atrevió a redactar un informe donde sugirió que era importante multiplicar las copias para vencer al enemigo. De esta manera, el palacio Chia-Tse llegó a tener 370.000 libros. La dinastía Tang, que rigió China hasta el año 907, ordenó traer toda la biblioteca de la dinastía anterior, la Sui, a la capital, en el año 621, pero un accidente eliminó el noventa por ciento de los libros. Entre el año 907 y 960, la destrucción de bibliotecas fue una práctica frecuente en medio de la severa crisis divisionista de China. En el año 975, Li Houzhu (936-978), mejor conocido como Li Yu, en el tiempo de los Tang, pidió que se quemaran sus libros para no entregárselos a sus adversarios, miembros de los Song. En el año 1000, las guerras intestinas que asolaron durante el período de Hsuan Tsung, eliminaron miles de libros. En Kaifeng fue establecida una biblioteca con 6.705 obras en 73.877 libros, que fueron quemadas.

El número de textos perdidos en China aún se desconoce. Lo único que nos permite pensar que la cifra es elevada son los catálogos ó *Yiwen zhi* de la Biblioteca Imperial proporcionados en obras que siguieron las normas establecidas en el *Hanshu* de la Dinastía Han, tales como la *Suishu* ó Historia de la Dinastía Sui, la *Jiu Tangshu* ó Historia antigua de la dinastía Tang, la *Xin Tangshu* ó Nueva Historia de la Dinastía Tang, la *Songshi* ó Historia de la Dinastía Song, la *Mingshi* ó Historia de la Dinastía Ming y la *Qingshi gao* ó Historia de la Dinastía Qing. Estas crónicas contenían *Yiwenzhi* o índices bibliográficos exhaustivos que han permitido conocer con precisión cuáles textos han llegado hasta nosotros y cuáles

no.

CUANDO LOS ESCRITORES SE INSULTAN

De eso se trata: del insulto, a secas. De la injuria. Del escarnio. Entre las antologías que he concebido y dejado en el camino hay una cuyo primer borrador se permite seleccionar cientos de frases hirientes y poderosas usadas comúnmente entre escritores de distintas épocas. El proyecto reposa en las gavetas de mi escritorio y de vez en vez lo retomo, como hoy, por simple diversión. Me agrada saber que Oscar Wilde demolió a George Meredith con esta frase: “Como escritor, es un maestro en todo, salvo en el idioma; como novelista, puede contarlo todo, menos una historia; como artista lo posee todo, excepto la armonía”.

Releyendo esa joya que son las *Vidas de los más ilustres filósofos griegos* de Diógenes Laercio, encuentro que los griegos no tuvieron miramientos con ningún rival. Heráclito pidió una paliza para Homero por considerarlo un mentiroso. Jenófanes llamó a Homero y a Hesíodo “panegiristas del fraude, del robo y el adulterio”. Apolodoro de Atenas

atacó la prolífica escritura de Crisipo (autor de 705 libros) sin escrúpulos: “Si le quitamos a los libros de Crisipo las cosas ajenas que contienen, las hojas quedarían en blanco”. Interrogado sobre el por qué todos los alumnos de su secta y de otras se iban con Epicuro y, por el contrario, nunca abandonaban a éste, Arcesilao de Pitana respondió: “Porque de los hombres se hacen eunucos, pero de los eunucos no se hacen hombres”.

La lista, por supuesto, no termina aquí. Hay insultos verdaderamente proverbiales que no desestimaría en la citada antología. Contra Góngora desató Francisco de Quevedo todo su ingenio, llamándolo unas veces “docto en putas, cual mozo de caminos”, otras “mucho tahúr, no clérigo, sí arpía”, otras “alguacil del Parnaso...lengua maldita...” y también “hombre en quien la limpieza fue tan poca, que nunca, que yo sepa, se le cayó la mierda de la boca...”. Lope de Vega odió profundamente a Cervantes como lo prueban unas líneas de 1607: “ningún poeta hay tan malo como Cervantes ni tan necio...”. Tolstoi, al dar su juicio sobre Shakespeare fue implacable: ““Es un escritor insignificante, inartístico y no sólo amoral, sino abiertamente inmoral...”. Nietzsche aborrecía los diálogos de Platón: “Para hallar encanto en un diálogo de Platón, forma dialéctica horriblemente presumida e infantil, es menester no haber leído nunca a los buenos escritores franceses...Platón es aburrido...”.

Es imposible no recordar aquí la definición que dio Coleridge del Fausto de Goethe: “un juego de imágenes en un cuarto oscuro, con lenguaje vulgar y argumento viciado”. Víctor Hugo, en una ocasión, oyó un elogio de Goethe y exclamó: “Lo único que puede leerse de Alemania es Los Bandidos”. Alguien tuvo la ocurrencia de comentar que Los Bandidos no era de Goethe sino de Schiller, y Hugo, sin arredrarse, prosiguió su argumento implacable: “Lo ve usted. Ni siquiera ha escrito eso”. Antoine Albalat, autor de uno de esos

manuales estilísticos tan respetados hace doscientos años, combatió lo que llamó “el mito Stendhal”. Para desenmascararlo, probó “científicamente” que las repeticiones, cacofonías y desmanes verbales lo convertían en un charlatán ilegible. Y, en consecuencia, La cartuja de Parma y Rojo y Negro no serían dos grandes novelas sino dos oportunidades para aprender cómo no se debe escribir.

Blake, después de hablar con los ángeles y demonios, denostaba a los críticos de su tiempo. Malhumorado, solía recordar que no era un héroe homérico: su generosidad estaba reservada a sus pocos amigos. A un tal Hayley le dedicó estos versos: “Del nacimiento de H. esto ha sido lo bueno: / su madre lo engendró en su padre”. Y, con toda la modestia que se permitía, escribió: “Mi derecho a ser llamado genio queda aquí probado: / no me elogió Hayley ni me quiso Flaxman”. Schopenhauer, centro su ingenio mercurial en el ataque implacable contra Hegel, su enemigo académico y filosófico. Lo consideraba “una caricatura” y dijo que “en Hegel y sus secuaces ha llegado al superlativo la impertinencia de escribir tonterías, y el reclamo sin conciencia, y la intención manifiesta de estos sordos manejos, de modo que se puso al fin de manifiesto para todos esta charlatanería”.

George Russell definió --con prodigiosa precisión-- la literatura de Swinburne aduciendo que Dios le había dado una familia interminablemente numerosa de palabras que criar y un ingreso insuficiente de ideas con qué sostenerlas. George Moore afirmó que el método de Tolstoi era invariable: comenzaba por hacer la descripción de doce hombres de un jurado tan minuciosamente que al terminar había olvidado por completo de qué trataba la novela. Chesterton se vengó de Moore en su libro Herejes: “Mr. George Moore comenzó su carrera literaria escribiendo sus confesiones personales: nada tiene esto de particular si no las hubiera continuado toda la vida...”. Faulkner despreciaba los escritos de Freud:

“Nunca lo he leído. Tampoco Shakespeare lo leyó. Dudo que Melville lo leyera alguna vez...”. Rufino Blanco Fombona, exilado y en duelo permanente contra todo, perdonó a muy pocos. De Baroja escribió: “Le sobran talento y habilidad para imitar servilmente. Con los rusos ha hecho novelas; Nietzsche, Stirner y algunos más le han dado su ideología...”. Virginia Woolf dijo que el *Ulises* de Joyce era “la obra de un analfabeto, carente por completo de desarrollo”.

Aún está por escribirse el gran ensayo sobre las invectivas de Borges, acompañado por las que sufrió en vida. Yo sugiero comenzar con esta definición de su talento: “elear a Borges a la categoría de gran escritor es una circunstancia aún improbadada. Una gran erudición inculta y pedante, un abarrotamiento de lecturas raras, un estilo de arcaísmos y metáforas retorcidas en una sintaxis aprendida de Mallarmé, unos cuentos inspirados en lecturas más o menos armonizadas de apuro, no garantizan que Borges sea un gran literato”. Estas palabras, de Blas Matamoro, aparecen en *Jorge Luis Borges o el juego trascendente* (1971), y son rematadas calificándolo de “impostor, traidor, reaccionario, farsante, mentiroso, mitómano, hipócrita” y, por si acaso no fuese suficiente, “indignamente estéril”. Mucho antes, un tal Pablo Rojas Paz, había escrito un epitafio a Inquisiciones a propósito de un error cometido en el libro: “Don Jorge Luis Yace aquí. /Era un varón de los buenos, / Lo mató la Inquisición. / por una coma de menos”. Con *El tamaño de mi esperanza* se hicieron bromas pesadas con relación a la posible dimensión del miembro viril de Borges, a tenor de lo declarado en título tan extraño. Pero Borges se vengó no pocas veces. De Américo Castro dijo que era “más versátil en el error”. Su admiración por Cervantes no resistió una terrible frase: “Fíjese usted que Cervantes es muy mal escritor. Fíjese que a la hora de describir cómo un hombre monta en un caballo tarda mucho más

que el tiempo que destina un hombre a montarse en un caballo. ¿Es bastante torpe, no?”. Sobre Leopoldo Lugones, tan exaltado años después, escribió: “se ha pasado los libros entregado a ejercicios de ventriloquia y puede afirmarse que ninguna tarea intelectual le es extraña, salvo la de inventar...”. De *Finnegans Wake* dijo: “es una concatenación de retruécanos cometidos en un inglés onírico y que es difícil no calificar de frustrados e incompetentes”. De Marinetti, fundador del movimiento futurista, sentenció: “Él es quizás el ejemplo más célebre de esa categoría de escritores que viven de ocurrencias y a quienes rara vez se les ocurre algo”. De García Lorca comentó: “cuando yo lo conocí era un andaluz profesional”. No he visto en mi vida nada tan terrible como lo que dijo de Ortega Y Gasset: “Él hubiera debido alquilar un escritor para que escribiera por él; porque no sabía hacerlo...”. Por Hemingway manifestó una total animadversión: “Terminó matándose porque se dio cuenta que no era un gran escritor...”. De Heidegger dijo: “ha inventado un dialecto del alemán, pero nada más...”.

Bertolt Brecht le comentó a Walter Benjamin (éste lo relata en *Versuche über Brecht*) que Kafka era un novelista mediocre, un fracaso total: “sus novelas son malas porque nunca llegan a ser transparentes”. En *Fly and the Fly Bottle* (1961) de Ved Mehta aparece una de las polémicas más condimentadas de la intelectualidad inglesa. H.R. Trevor-Roper, reconocido profesor inglés de historia, escribió que los 10 volúmenes de “Estudios de la Historia” de Toynbee eran tan “exitosos como el whiskey”, pero no tan “importantes como éste”, distinguiendo en la obra la más errónea de las posiciones históricas, “presumida, gigantesca en el mal sentido de la palabra, asquerosa, carente de humor y perspectiva”. En *Hemingway en Cuba* de Norberto Fuentes hay una cita devastadora donde Hemingway malpone a Faulkner como nadie, hasta ese momento, lo había hecho: “...es una

m...dile que durante años lo alabé por toda Europa como el mejor escritor norteamericano, ya que sus borracheras me daban pena y tenía la esperanza de que llegara a un lugar donde pudiera vivir sin tener que putear en Hollywood. Dile que es una p...y un c... triste y miserable, con una voz dulce y con todo el talento intacto y vulgar del cobarde sureño...”. Faulkner, al parecer, no se comportó como el caballero esperado, pues en más de una entrevista subrayó que “el sr. Hemingway es un gran escritor. Lástima que todavía no haya escrito grandes libros...”. Edmund Wilson rechazó el “mito Lovecraft” con furia: “...Lovecraft no era un buen escritor. El hecho de que su estilo difuso e indistinto haya sido comparado con el de Poe es sólo uno de los múltiples y lamentables signos de que nadie presta ya verdadera atención a la literatura...”. Wilson detestaba también a Kafka: “...no comprendo cómo puede ser posible que alguien lo tome por un gran artista o un guía moral...”. H. G. Wells llegó a decir que el estilo de Henry James le recordaba a un hipopótamo recogiendo un garbanzo con la boca.

Por lo que a mí concierne, es suficiente. Me sorprende que la invectiva, por fortuna, rescate la vulnerabilidad con el pretexto de lo permanente y se inscriba en los dominios intactos que nos recuerdan que hubo y hay en la intranquilidad y el desánimo un espíritu de vigor en nada ajeno a lo trascendente en la literatura. El insulto o la crítica despiadada desarticulan, y es bueno decirlo de una vez, la condición solemne postulada por la legitimación social o histórica. Al exponer la reputación de un autor inflado, lo deshacen; al atacar una obra poderosa, se deshacen sin dejar rastro. O promueve una convicción fulminante o una superstición resentida. Y, si a ver vamos, ambas importan: por lo que dicen y por lo que niegan.

LOS LIBROS IMAGINARIOS DESTRUIDOS

Hace unos años publiqué la *Historia universal de la destrucción de libros* (Destino, 2004). Casi nadie lo sabe, pero uno de los capítulos que faltó en esa obra fue el de los libros imaginarios destruidos, esto es, la eliminación de volúmenes en obras de ficción.

Acaso la más célebre, inolvidable y antigua quema de libros hecha en una novela que inicia, dicho sea de paso, la novela europea moderna, es la presentada por Miguel de Cervantes en el capítulo VI de la primera parte de *Don Quijote*. Nadie puede no recordar al cura y al barbero (la Iglesia y la censura) cuando entran en la biblioteca de Alonso Quijano, dormido entonces, y consiguen un centenar de los textos de este hombre que estaba enloqueciendo por sus lecturas, en su mayoría novelas de caballerías. De inmediato

proceden a revisar y seleccionar libro por libro para su destrucción, aunque la sobrina y el ama piden una hoguera expedita antes de que despierte su señor. Finalmente, arden Las sergas de Espladián y todos los epígonos junto con Don Olivante de Laura, Florismarte de Hircania, El caballero Platir, El caballero de la cruz, Palmerín de Oliva, Don Belianís y otros.

Este estupendo registro no ha sido el único. Christopher Marlowe, en *Doctor Fausto*, pieza publicada once años después de la muerte de su autor, introdujo unas palabras que no dejan de provocar nuestra sorpresa: «No te abras, infierno horrible. ¡Lucifer, no vengas! ¡Yo quemaré mis libros! O Mefistófeles!» William Shakespeare, en su última obra, titulada *La tempestad*, escenificada en homenaje a Elizabeth, la hija del rey, hizo que su personaje Próspero, que interpretó él mismo, expresara: «Y en los abismos más insonsables, sumergiré mi libro». Fausto, en la pieza de Marlowe, prefirió quemar sus libros; Próspero, en cambio, escogió el agua. Tal vez hay en todo esto un sentido apenas vislumbrado. Tal vez Fausto quería una salvación rápida y Próspero una expiación lenta .

Francisco de Quevedo condenó, en *El Sueño del infierno* (también llamado La Zahúrda de Plutón), a decenas de hechiceros a arder con sus libros. Algunos de los herejes atormentados en este infierno son Cornelio Agrippa, Juan Tritemo, Julio César Escalígero, Artefio, en fin. Baltasar Gracián, en su lenta y prodigiosa novela *El Criticón*, mencionó una quema de libros. Al referirse a la Razón de Estado de Juan Botero dijo en la Crisi Cuarta de la Segunda parte: «[...]trató de comprar todos los ejemplares y dijo cuanto le pidieron por ellos; y cuando todos creían nacía de estimación, para presentársela a su príncipe, fue tan al revés, que porque no llegase a sus manos, mandó hacer un gran fuego y quemar los ejemplares, esparciendo al aire sus cenizas[...]».

II

El conde Jan Potocki, uno de los escritores más sorprendentes y excéntricos de la historia de la literatura, en su novela *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, publicada por partes entre 1804 y 1814, incluyó el episodio “Historia del terrible peregrino Hervás y de su padre, el omnisciente impío”, donde ofreció la crónica de un erudito llamado Hervás, quien escribió una enciclopedia sobre todas las cosas del mundo. Tras un viaje a Asturias, Hervás retornó a su biblioteca, y, para su desgracia, la labor de toda su vida estaba arruinada: «[...] sus cien volúmenes se hallaban destrozados, rota la encuadernación y todas sus hojas esparcidas y revueltas por el suelo[...]La causa del desastre había sido la siguiente. Hervás no comía jamás en su casa, y las ratas, tan numerosas en todas las casas madrileñas, se guardaban mucho de frecuentar la suya, donde no hubiesen encontrado para roer más que unas plumas. Pero la cosa varió cuando aquellos cien volúmenes, ricos en cola fresca, fueron instalados en su cuarto, y éste fue abandonado ese mismo día por su dueño. Atraídas por el olor de la cola y animadas por la ausencia de Hervás, las ratas acudieron en masa, tiraron al suelo los volúmenes, royeron, devoraron[...]».

Edgar Allan Poe, en *El entierro prematuro* escribió: [...]Hice ejercicio vigoroso. Respiré el aire libre a placer. Me dediqué a pensar en otros temas diferentes al de la Muerte. Deseché mis libros de medicina. Quemé el Buchan. No volví a leer Pensamientos

Nocturnos[...]. Heinrich Heine se refirió a una quema histórica de libros en *Almanson* (1821), donde recogió un diálogo inimitable entre Almanson y Hassan sobre la quema del Corán en Granada. Hassan llegó a decir: «Allí donde queman libros, acaban quemando hombres».

Nathaniel Hawthorne, en *El Holocausto del mundo* presentó una idea recurrente en los hombres: la de la necesidad de hacer tabula rasa para iniciar un mundo nuevo. En esta ocasión, la humanidad decide encender en las praderas del Oeste, hastiada del excesivo cúmulo de conocimientos y cosas, una gigantesca hoguera donde arrojan periódicos, revistas, signos heráldicos, condecoraciones, licores, armamentos, todo lo hecho y deshecho por la tecnología o la mecánica o el ingenio, incluyendo todos los libros.

En 1857 apareció *Ekkehard*, una novela histórica de Josef Viktor von Scheffel (1826-1886) que en un pasaje describe el diálogo de dos hunos, Ellak y Hornebog, ante un monasterio cuya biblioteca fue completamente destruida. Hornebog, aburrido, fatigado, sorprendido, optó por atravesar con su espada uno de los libros y comienza una conversación inolvidable:

«--Hermano: ¿Qué utilidad tienen esos garabatos y esas patas de gallo?

Ellak tomó el libro, lo hojeó distraídamente; sabía algo de latín, y después de un largo rato respondió:

--Sabiduría occidental, querido hermano. Alguien que se llamaba Boecio llenó estas hojas; creo que hay en ellas bellas cosas sobre la consolación por la filosofía.

Hornbog pensó un rato; pareció comprender. Pero finalmente volvió a preguntar:

--¿Filo-sofía? ¿Y qué tiene que ver esto con la consolación?

--No se trata, en versos --dijo Ellak-- de una mujer bella. Tampoco es un aguardiente. Es difícil describirlo en la lengua de los hunos. Mira...cuando alguien no sabe por qué está en el mundo y se le mete en la cabeza saberlo, he aquí lo que en Occidente llaman filosofía. He oído decir que el que escribió estas páginas gimió prisionero en una torre de Pavía hasta que lo mataron a bastonazos.

--Lo tuvo bien merecido--dijo Hornebog-- El que tiene una espada en la mano y un caballo entre sus piernas, ése sí sabe para qué está en el mundo. Y si nosotros no lo hubiésemos sabido mejor que el que trazó esos garabatos sobre una piel de asno, no estaríamos aquí, sino huyendo por las riberas del Danubio.

Hizo silencio, pero una idea rondó por su cabeza. Se dirigió otra vez a su compañero y sin vacilar le dijo:

--Es una suerte que se haya inventado todo eso.

--¿Por qué?--preguntó Hornebog.

--Porque la mano que ha tomado el cálamo, jamás sabrá empuñar una espada que penetre en la carne, y la locura que ha invadido esa cabeza, una vez puesta en un libro, será capaz de incendiar otros cien cerebros. Y cien almas más, son cien soldados menos contra los que peharemos. »

Robert Louis Stevenson, en sus *Fábulas*, desarrolló el tema de la quema de un libro. En “El Lector” hay una conversación extraña que concluye de esta manera: «¿Quién es impío ahora?-preguntó el libro. Y el lector arrojó el libro al fuego».

Henry James, en *Los papeles de Aspern* (1888) asumió un argumento devastador: supuso a un editor obsesionado con los manuscritos de un misterioso genio llamado Jeffrey

Aspern, quien no pierde ocasión de recurrir a todos los engaños para apoderarse de esos valiosos textos. Como último recurso intentó proponer matrimonio a una mujer de belleza oblicua, pero, por desgracia, ya han sido destruidos los escritos: «...--He destruido los papeles... --¿Destruído?-y aguardé. --Sí, ¿para qué los quería? Los quemé anoche en la cocina, uno seguido de otro. --!Uno seguido de otro!-repetí con frialdad. --Me llevó mucho tiempo. !Eran tantos!...».

H.G. Wells imaginó un futuro atroz en *La máquina del tiempo* (1895). En el capítulo 11, titulado “El palacio de porcelana verde”, el viajero del tiempo entra en las ruinas de un museo donde reconoce «en los harapos oscuros y carbonizados que pendían a los lados reconocí muy pronto los decadentes vestigios de libros. Hacía tiempo desde que se habían caído a pedazos, y cada apariencia de impresión había desaparecido[...]». Esos vestigios de libros son todo cuanto queda para leer en una civilización de eloi o seres imbéciles y morlocks o seres monstruosos. No es extraño que el viajero escoja traer del futuro una flor en vez de una muestra de un libro quemado.

III

H. P. Lovecraft, criado en una biblioteca con más de dos mil obras, imaginó la existencia de un libro perverso, el Necronomicón, originalmente titulado en árabe Al Azif (nombre debido al rumor nocturno producido por los insectos en la noche y atribuido a los

demonios), escrito por un autor del siglo VIII, Abdul al-Hazred. La primera destrucción de este texto imaginario ocurrió en el año 1050, cuando fue «quemado por el Patriarca Miguel». No obstante, Olaus Wormius lo tradujo del griego al latín en 1228. Gregorio IX, en 1232, prohibió la circulación de este escrito maldito. Una edición en letra gótica fue hecha en Alemania en 1440; entre 1500 y 1550, la versión en griego fue conocida por los eruditos italianos. John Dee tradujo la obra al inglés, o en el 1560 o en el 1608, como lo revela Lovecraft en *El horror de Dunwich*. En español hubo una traducción directa del latín en el 1600. El ejemplar supérstite en una biblioteca de San Francisco se quemó a raíz del incendio de la ciudad en 1906.

Lovecraft habló también de libros destruidos en *Los sueños de la casa de la bruja*, donde refiere que tras un examen de los escombros de una casa maldita «se hallaron trozos de libros y papeles, y un polvo amarillento consecuencia de la total desintegración de volúmenes y documentos». En *El caso de Charles Dexter Ward*, describió a un grupo de hombres, ansiosos por borrar la memoria de un brujo, que queman toda su biblioteca.

Clark Ashton Smith, quien ha pasado a la posteridad por su relación amistosa con Lovecraft, fue autor de un relato titulado *El fin de la historia*, en el cual menciona libros destruidos. Un tal Cristophe Morand ha dejado un manuscrito donde habla de su encuentro con el monje benedictino Hilaire, poseedor de una fabulosa biblioteca cuyos anaqueles, de algún modo, son un compendio de todas las épocas del mundo: «Aquí [...] tenemos tres odas de Catulo que no encontrarás en ninguna de las ediciones de sus obras. Un manuscrito original de Safo, copia completa de un poema del que sólo se conservan breves fragmentos; dos de las perdidas fábulas milesias, una carta de Pericles a Aspasia, un diálogo inédito de Platón y una antigua obra árabe de astronomía, de autor desconocido, que se adelanta a las

teorías de Copérnico. Y finalmente también tenemos la *Histoire d'Amour*, de Bernard de Vaillantcoeur, obra de cierta manera escandalosa, que fue destruida nada más publicarse, y de la que sólo se sabe que exista otro ejemplar[...]

J.R.R. Tolkien (1892-1973), sudafricano, profesor de anglosajón y literatura inglesa en Oxford, es uno de esos autores que uno, al saber de sus textos, siempre lamenta no haber leído en la juventud, pero aún en cualquier época es un clásico que supo gestar la saga mitológica más entretenida del siglo XX. La razón de su mención en esta sección se debe a que en el capítulo sobre los “Archivos de la comarca” del tomo I de su fabulosa narración *El señor de los anillos*, precisamente en la parte que se titula “La comunidad del anillo”, Tolkien habló de diversos escritos perdidos sobre la historia de unos seres a los que él llamaba hobbits: «[...]El Libro Rojo original no se conserva, pero se hicieron muchas copias, sobre todo del primer volumen, para uso de los descendientes de los hijos del señor Samsagaz[...]»

IV

Stephen Vincent Benét, Premio Pulitzer, heredó de su padre el fervor militar. No es extraño, por tanto, que lo que hoy recordemos de su obra, que fue compilada a su muerte en más de 27 tomos con textos en prosa y verso, sean sus poemas dedicados a la guerra, a la

muerte y a la exaltación del coraje como instrumento de transformación de las pasiones humanas. En 1942, quiso participar en las demostraciones públicas de repudio en el aniversario de las quemaduras de libros por parte de los nazis el 10 de mayo de 1933, y redactó un guión para la radio que todavía se conserva. Lleva el título de *Ellos quemaron los libros* e incluye pasajes donde distintos personajes históricos aparecen para defender el libro. En cierto momento, el narrador trata de restar importancia a las quemaduras de libros:

«Un libro es sólo un libro. Es papel, tinta e impresión.

Si Ud. lo acuchilla, no sangra.

Si Ud. lo golpea, no sufre magulladuras.

Si Ud. lo quema, no grita.

[Ruido de llamas]

Quemar un libro, quemar cien, quemar un millón.

¿Qué es lo que hace la diferencia? »

Cuando la obra se estrenó, algunos de los actores eran actores alemanes que habían tenido que huir debido a las intensas persecuciones.

En 1953, el escritor norteamericano Ray Bradbury publicó *Fahrenheit 451*, título que revela la temperatura necesaria para la incineración del papel. El cineasta François Truffaut, en 1967, convirtió la obra en una memorable película. Lo que importa en esa novela angustiosa y nostálgica, en la línea de *1984* de George Orwell y *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, es que hay un futuro en el cual los libros están prohibidos y un cuerpo de bomberos se encarga de chamuscarlos sin demora ante los peligros de que, leídos, perturben la

enajenación y ortodoxia vital del sistema imperante.

En un prólogo que le escribió a esta obra en la reedición de 1993, Bradbury reconoció los antecedentes: «era inevitable que acabara oyendo o leyendo sobre los tres incendios de la biblioteca de Alejandría; dos accidentales, y el otro intencionado. Tenía nueve años cuando me enteré y me eché a llorar. Porque, como niño extraño, yo ya era habitante de los altos áticos y los sótanos encantados de la biblioteca Carnegie de Waukegan, Illinois[...]».

El protagonista de la obra es Montag, quien al concluir la persecución desatada en su contra, se une a los disidentes, unos vagos en cuya memoria llevan un libro completo o el capítulo de un libro y esperan reunirse con otros como ellos para así intentar reescribir a los grandes clásicos desaparecidos por los decretos oficiales. En Roma hubo un hombre rico llamado Itelio, quien tenía en su casa a cien esclavos que recitaban, cada uno, un libro de memoria: Homero, Virgilio, Horacio...En la obra de Bradbury la memoria es un recurso para sobrevivir en un futuro hostil.

Antes de *Fahrenheit*, pocos saben que Bradbury escribió, hacia 1950, un relato breve titulado *Hoguera*, donde el narrador pasaba lista a los odios del protagonista:

«[...]Lo que más molestaba a William Peterson era Shakespeare y Platón y Aristóteles y Jonathan Swift y William. Faulkner, y los poemas de, bueno, Robert Frost, quizá, y John Donne y Robert Herrick. Todos arrojados a la Hoguera. Después imaginó las cenizas (porque en eso se convertirían)[...] »

En 1963, preparó *Bright Phoenix*, que incluye a un personaje radical que quema los

libros de la biblioteca, pero descubre que todos en el pueblo son bastante extraños. Unos llevan por nombre Keats, el otro Platón, Einstein, Lincoln. Lo que comprende el incendiario es que todos en el pueblo guardan un secreto, y es que han memorizado todos los libros de la biblioteca para salvarlos. En su cuento *The Exiles*, incluido en el volumen *The Illustrated Man* [1951], todos los personajes de ficción huyen a Marte porque las obras han sido quemadas en la tierra. Como venganza, Usher II (1950), inserto en la segunda edición, de 1952 de *The Illustrated Man*, presenta a un vengador que decide llevar a Marte a todos los quemadores de libros del mundo para ahogarlos en una laguna. En *S is for Space* (1966), incluyó un relato sobre una distopía. El cuento, titulado “Pilar de fuego”, presenta a un hombre que, tras muchos años de muerto, regresa y encuentra que la gente odia los cementerios y todos los cadáveres son cremados en un gran incinerador. Al ir a una biblioteca, tras haber asesinado a alguien sólo para contar con un compañero, descubre que las obras de Edgard Allan Poe, Lovecraft, Machen, Derleth y Ambrose Bierce ya no existen porque fueron destruidas en el Gran Incendio de 2265.

En el género de la ciencia-ficción, el nombre de Walter M. Miller es infaltable. En su obra *Cántico por Leibowitz* (1959) hay una orden religiosa dedicada a copiar fragmentos y textos de los grandes libros para salvar la memoria de la humanidad. Un pasaje refiere una sorprendente destrucción de libros masiva:

«[...]De hecho, se sabía muy poco del beato Leibowitz; su historia se perdía entre las brumas del pasado, y la leyenda acababa de confundirla. Se afirmaba únicamente que Dios, para probar a los hombres, ordenó a los antiguos sabios --entre los que se contaba el bienaventurado Leibowitz-- que perfeccionaran ciertas armas diabólicas, por medios de las

cuales el Hombre, en apenas unas pocas semanas, logró destruir lo esencial de la civilización, suprimiendo al mismo tiempo a un gran número de sus semejantes. Así se produjo el Diluvio de las Llamas, al que siguieron epidemias y plagas diversas y, por último, la ola de locura colectiva que debió llevar a la Edad de la Simplificación. En el transcurso de esta última época, los últimos representantes de la Humanidad, presos de vengativo furor, despedazaron a todos los políticos, técnicos y científicos; además, quemaron todas las obras y documentos de los archivos que hubiese permitido al género humano lanzarse de nuevo por las rutas de la destrucción científica. En aquel tiempo, todos los escritores, todos los hombres instruidos, fueron perseguidos con un odio sin precedentes [...] hasta el punto de que la palabra «bobo» llegó a ser sinónima de ciudadano honesto, íntegro y virtuoso.

Para librarse de las justificadas iras de los bobos supervivientes, muchos sabios y eruditos buscaron refugio bajo el manto de la Santa Madre Iglesia. Esta los acogió en efecto, los vistió con hábitos monacales y se esforzó por salvarlos de la persecución del populacho. No obstante, este procedimiento no siempre fue exitoso, pues algunos monasterios fueron asaltados, arrojados al fuego sus archivos y textos sagrados, y ahorcados los que buscaron refugio allí. En lo que concierne a Leibowitz, buscó asilo entre los cistercienses. Pronunció sus votos, se hizo sacerdote y, al cabo de doce años, obtuvo autorización para fundar una nueva orden monástica, la de los Albertinos, llamada así en memoria de Alberto el Magno, profesor del gran Santo Tomás de Aquino y patrón de los hombres de ciencia. La congregación recién creada debía consagrarse a la conservación de la cultura[...]»

V

Jorge Luis Borges, como Homero, fundó una tradición literaria con sus libros. Fue, sin duda, uno de los escritores del siglo XX más interesados en la exploración del mito de la Obra Sagrada y no pocas veces dedicó sus cuentos, ensayos y poemas a reproducir el horror de la eliminación de ciertos textos. En “La biblioteca de Babel” (inserto en *Ficciones*, 1944) habló de una secta dedicada a eliminar los libros inútiles: «[...]Invadían los hexágonos, exhibían credenciales no siempre falsas, hojeaban con fastidio un volumen y condenaban anaqueles enteros: a su furor higiénico, ascético, se debe la insensata perdición de millones de libros[...]

En “Los teólogos” (de *Ficciones*, 1944), el relato comenzó como sigue: «Arrasado el jardín, profanados los cálices y las aras, entraron a caballo los hunos en la biblioteca monástica y rompieron los libros incomprensibles y los vituperaron y los quemaron, acaso temerosos de que las letras encubrieran blasfemias contra su dios, que era una cimitarra de hierro. Ardieron palimpsestos y códices [...]

En “Tres versiones de Judas” (inserto en *Ficciones*), Borges habló de la obra de Nils Runeberg y advirtió que de haber sido escrita en la época de Basílides, «perduraría en el apócrifo Liber adversus omnes haereses o habría perecido cuando el incendio de una

biblioteca monástica devoró el último ejemplar del Syntagma[...]. En “El Congreso”, relato incluido en *El libro de arena* (1975), rescató una idea de Hawthorne. Un periodista llamado Alejandro Ferri decide unirse al Congreso, un grupo dirigido por Alejandro Glencoe. Apolíticos, universalistas, los congresales creen que representan el mundo y deciden incorporar a representantes de todas las tendencias y géneros. El fracaso de la empresa termina con una gran hoguera donde son quemados todos los libros recopilados (enciclopedias, atlas, la *Historia Naturalis* de Plinio, obras de diversa procedencia). Fernández Irala, uno de los miembros, comenta: «Cada tantos siglos hay que quemar la biblioteca de Alejandría[...].»

En “There are more things”, también inserto en *El Libro de arena*, el narrador informó que «tiraron a un vaciadero, no lejos del camino de las Tropas, todos los muebles, todos los libros y todos los enseres de la casa (Recordé con tristeza los diagramas de los volúmenes de Hinton[...])». Otro relato de *El libro de arena* es “Utopía de un hombre que está cansado” y habla de un mundo futuro donde no existen los libros ni las bibliotecas. El relato que da título a *El libro de arena* presentó una obra infinita que llegó a provocar el miedo de su último poseedor, quien admitió: «[...]Pensé en el fuego, pero temí que la combustión de un libro infinito fuera parejamente infinita y sofocara de humo al planeta[...].»

Borges, permanentemente fascinado por el tema de la quema de la biblioteca de Alejandría, en el “Poema de los dones” (inserto en *El hacedor*, 1960) se refirió a su ceguera como un impedimento para leer los libros que le entregaron para su custodia como director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y alude al antiguo centro griego al decir:

[...]En vano el día
Les prodiga sus libros infinitos
Arduos como los arduos manuscritos
Que perecieron en Alejandría[...]

Años más tarde, Borges recuperó el tema de las bibliotecas en “Alejandría, 641 A.D.”, poema incluido en *Historia de la noche* (1977). El texto, sugiero, debe leerse junto con “La muralla y los libros”, un feliz ensayo de *Otras inquisiciones* (1954), porque, de algún modo, resume la idea de que todas las destrucciones de libros son inútiles; el hombre volverá a escribir las mismas obras porque los temas están en su alma:

«Yo, aquel Omar que sojuzgó a los Persas
Y que impone el Islam sobre la tierra,
Ordeno a mis soldados que destruyan
Por el fuego la larga biblioteca,
Que no perecerá. Loados sean
Dios que no duerme y Muhammad, su Apóstol.»

VI

Robert Arlt (1900-1942), en “El escritor fracasado” (cuento inserto en *El jorobadito*, 1933) narra en primera persona cómo un escritor precozmente famoso se transforma en un cínico. Dentro del esquema, atormentado y terrible, el escritor en algún momento describe la destrucción de todos los libros.

Uno de los mejores cuentos de lengua castellana es del mexicano Juan José Arreola (n. en 1918) y está incluido en *Confabulario* (1952). Lleva por título “Nabónides”, y relata la vida de un amante de la escritura y del arte babilónico llamado Nabónides que pretendió salvar ochocientas mil tabletas de que constaba la biblioteca, y tomó a su servicio a cientos de escribas. Abandonó las actividades militares, y se consagró a simplificar el alfabeto, a leer y a escribir una historia de sus hipotéticas hazañas militares. Arreola inventa a un profesor, llamado Rasolom, como fuente principal, y una monografía titulada *Nabonidzylinder* (1912) de Adolf von Pinches, como fuente secundaria. Al final, como es de esperarse, las tabletas son destruidas y Nabónides, en una de sus posibles muertes, termina sus días en una isla donde sueña con todos los escritos que recuperó.

Nikos Kazantzaki escribió *El pobre de Asís* (1956), novela extraordinaria donde el personaje principal es Francisco de Asís, santo que veneró al fuego, al sol, a las plantas, a los animales, pero, cosa curiosa, no a los libros, según parece, porque en varias ocasiones Kazantzaki lo presenta destruyendo obras. En el Capítulo VIII, un novicio llama la atención del venerable místico y entablan un diálogo inolvidable:

«Amontonó los libros, los mapas y los viejos manuscritos en medio del patio. Yo había encontrado una tea encendida.

--!Dame nuestra hermana llama!-dijo Francisco.

Después se inclinó, encendió el montón y se persignó:

--!En nombre de Cristo, en nombre de la Santa Humildad y de la Santa Pobreza!

--¿Cuántos sois aquí?-preguntó.

--Siete.

--Sólo veo a seis. ¿Dónde está el séptimo?

--En su celda. Está enfermo.

--!Traedlo sobre vuestros hombros y partid con él!

Cuando todo se hizo según sus órdenes, cuando los seis hermanos se pusieron en marcha con el séptimo a cuestas, cuando no quedó en medio del patio sino un montón de cenizas, Francisco tomó un puñado de ellas y, mostrándomelas en sus manos abiertas, se dirigió a mí:

--Mira, hermano León, y lee: ¿Qué dice este libro?

-Que la ciencia no es sino ceniza[...]]»

Elías Canetti en *Auto de Fe* (1935), su única novela, presentó a Peter Kien (kien significa, en alemán, leña para teas), un profesor puntilloso y solitario, quien ante tanto fracaso decide apilar todos sus libros y se quema con ellos: «Va separando hoja por hoja, las arruga, apilonándolas, y las tira a los rincones. Instala la escalera en el centro de la pieza, donde antes estaba. Se sube al sexto peldaño, vigila el fuego y aguarda. Cuando por fin las llamas lo alcanzaron, se echó a reír a carcajadas como jamás en su vida había reído [...]]».

Manuel Vázquez Montalbán, uno de los mejores autores de novelas policiales, hizo que su detective Pepe Carvahlo convirtiese en un hábito la quema de libros en la chimenea

de su hogar. En *Asesinato en el Comité Central* (1981), el personaje indaga la muerte de un notable político y en un momento dado entra a una librería: «No había entrado en una librería desde que en Ámsterdam se viera obligado a hacerlo para vigilar a uno de los implicados en el caso del tatuaje. Derramó una mirada de escepticismo crítico sobre todas las novedades exhibidas en los aparadores de la librería del VIP de Princesa, aunque luego mordisqueó con los ojos algunos títulos. Más tarde o más temprano debería ponerse al día para comprar y quemar libros con conocimiento de causa[...]».

VII

Criticada por sus ventas masivas, *El nombre de la rosa* (1980) de Umberto Eco es una gran novela de misterio. Como se sabe, los asesinatos cometidos en ese proverbial relato obedecen a los celos extraños de un monje bibliófilo que custodia el único ejemplar existente del segundo libro de la Poética de Aristóteles cuyo tema era, según los testimonios existentes (uno de ellos, auténtico, es el *Tractatus Coislinianus*), un estudio y apología de la comedia. La biblioteca laberíntica del monasterio, al final de la obra, arde y deja como único rastro una colección de fragmentos. Adso de Melk, protagonista y narrador señala: «La lámpara fue a parar justo al montón de libros que habían caído de la mesa y yacían unos encima de otros con las páginas abiertas. Se derramó el aceite, y enseguida el fuego prendió en un pergamino muy frágil que ardió como un haz de hornija reseca. Todo sucedió en pocos instantes: una llamarada se elevó desde los libros, como si aquellas páginas

milenarias llevasen siglos esperando quemarse y gozaran al satisfacer de golpe una sed inmemorial de epirosis [...]».

En *El Club Dumas* (1993), la exitosa novela del español Arturo Pérez-Reverte (n. 1951), el personaje Lucas Corso, mercenario de la bibliofilia, emprende una investigación fascinante sobre un capítulo inserto de modo extraño en una edición de un libro de Dumas y, también, sobre un libro titulado *De umbrarum regni novem portis* (Las nueve puertas del reino de las sombras) de 1666, editado por un tal Aristide Torchia (1620-1667). Al parecer la impresión de esta obra fue destruida, pero quedaron tres ejemplares (uno, propiedad de Víctor Fargas, otro propiedad de la Baronesa Unguern, especialista en demonología, y finalmente el del famoso coleccionista Varo Borja). En ese libro hay nueve grabados (auténticos unos, falsos otros), copiados o tomados del *Delomelanicon* (dictado por Lucifer), los cuales proporcionan el acceso a un poder ilimitado sobre todas las cosas.

De un modo casi borgiano, Pérez-Reverte, alude a una Enciclopedia de impresores y libros raros y curiosos de un tal Crozet, donde se alude a la destrucción de los libros de Torchia: «La impresión de este último (*Las Nueve Puertas del Reino de las Sombras*) le costó caer en manos de la Inquisición. Su taller fue destruido con todo el material impreso o por imprimir que había en él. Torchia siguió la misma suerte que su obra. Condenado por magia y brujería, murió en la hoguera el 17 de febrero de 1667[...]».

Desde hace una década, el tema de los libros destruidos se ha apoderado de la imaginación de los escritores. Una buena muestra podría ser la de Jan van Aken, holandés, autodidacta, quien ha escrito una serie de novelas históricas cuyo tema incorpora siempre destrucciones de libros. Entre otros, es autor de *Het oog van de Basilisk* (El ojo del basilisco, 2000), sobre la última invasión de los hunos y el encuentro entre León el Grande

y Atila. Su segundo libro fue *De Valse Dageraad* (2000), donde el tema exalta la pérdida de numerosas bibliotecas en la época más oscura de Europa, y los personajes son Otón III y el Papa Silvestre II.

EL ENIGMA DEL RELATO POLICIAL

No son pocas las dudas sobre qué es el relato policial. Es más fácil ponerse de acuerdo en torno a quién es el mejor representante del género que sobre qué cosa sea éste. Para algunos, la *Biblia* sigue siendo el punto de referencia clave que origina toda la tradición en sí (la transgresión y el castigo ante todo); otros, entre los que me cuento, admiten como antecedentes *Caleb Williams* de William Goodwin, las *Memorias* de Eugene François Vidoqc y *El doble asesinato de la calle Morgue* de Edgar Allan Poe. Este último, aparecido en 1841, sería el decisivo por iniciar el mito del detective infalible e impulsar una emulación progresiva que tendrá continuación en la novela enigma y posteriormente en la novela negra. Lo que importa aquí, difícil de definir de buenas a primeras, es que en el relato policial lo fundamental es la pesquisa, mediante métodos variables, de un individuo o grupo que ha violado la ley: puede(n) ser homicida(s) o no, pero el caso es que su acción contra la justicia exige una respuesta contundente que no es otra que su sanción, moral o

penal, a modo de restitución de un determinado orden cósmico.

Según Régis Messac, el policial “...es un relato consagrado al descubrimiento metódico y gradual --por medio de instrumentos racionales y de circunstancias exactas-- de un acontecimiento misterioso”. Para Julian Symons (“Historia del relato policial”), lo que lo marca es la presentación de un problema y su posterior solución a través de un detective aficionado o profesional cuyo ingenio está en su capacidad deductiva. Se llame Sherlock Holmes, Padre Brown, Sam Spade o Philip Marlowe, el rasgo a resaltar es la inteligencia, la intuición y el coraje. Más radicalmente, Howard Haycraft, en *Murder for Pleasure* (1941), atribuía a toda buena historia detectivesca la condición de exponer el asesinato como una excusa para poner en evidencia ante el lector los más portentosos procedimientos de averiguación. No se trataría de hacer, como en *Crimen y Castigo* de Dostoievsky, una reflexión o cuestionamiento sobre el destino, la vida y la muerte de unos personajes, sino de explorar la causalidad en sus extremos intelectuales básicos (a una causa, un efecto) y partir de la hipótesis de que lo que espera el lector es la resolución de un caso y no su afirmación problemática. El crimen, desde esta visión, es el mejor motivo para el desarrollo de una historia completa por sus consecuencias trágicas y en parte podría atribuirse a Thomas De Quincey (Del asesinato considerado como una de las bellas artes) el origen de esta fascinación irónica que eleva al crimen al rango de hecho artístico.

A partir de una lectura de *La piedra lunar* de Wilkie Collins, T.S. Eliot prescribió cinco reglas esenciales para la escritura de un buen texto policial: 1) Verosimilitud. 2) Normalidad. 3) Eliminación de soluciones rebuscadas o excesivamente técnicas. 4) Procedimientos sencillos y 5) Concepción de un detective sobresaliente. A estas reglas de juego se agregaría una clasificación que bifurca el relato policial de acuerdo al

cumplimiento de sus esquemas: en primer lugar, encontraríamos la novela enigma (en su forma breve o larga, con Conan Doyle a la cabeza, seguido de Chesterton, Agatha Christie, Dickson Carr, Anthony Berkeley), una suerte de milagrosa partida de ajedrez, para usar palabras de Borges; en segundo lugar estaría la novela negra, dura, caótica, crítica, escéptica (con Dashiell Hammett al frente, y autores de la talla de Chandler, Thomson, Chase, Mickey Spillane). Los partidarios de ambas reclaman, por supuesto, la superioridad de una sobre otra o lo que es idéntico, la lucha entre la inteligencia y el instinto. Se ha llegado a discutir la anterioridad y la actualidad. De cualquier manera, sólo el gusto del lector puede decidir sobre esta materia. En medio de estas versiones que utilizan a un detective como centro, hallaríamos la novela de crímenes, donde se abunda en la psicología de los personajes y el detective, a menudo, desaparece tanto como el descubrimiento del criminal. Patricia Highsmith, con *Extraños en el tren* (1949), inauguró el estudio del asesino como posibilidad dramática, y ciertamente el argumento presentado en su libro no deja de tener un atractivo enorme: dos hombres se conocen en un tren y a lo largo de la conversación uno de ellos propone que cada uno asesine a la persona que le molesta al otro y de esta forma queden cubiertos los motivos de sus actos. Como curiosidad, se me ocurre citar a un maestro del relato corto que también escribió novelas, llamado Stanley Ellin, capaz de embaucar al lector como un prestidigitador a su público. Alfred Hitchcock llevó algunos de sus cuentos a la pantalla y es inexplicable el olvido en que ha caído.

Edmund Wilson, en uno de sus clásicos arranques, dijo que la novela policial no era tal cosa sino un mero artefacto literario para entretener a un público de mediana inteligencia. Pero su concepto, tan ingenioso, sufre de lo que denuncia: entretiene sin convencer. Neruda, Onetti, Faulkner, Borges, Freud, Boris Vian, por nombrar a unos pocos

devotos, han sido fanáticos verdaderos de los relatos policiales y no creo que tenga ningún sentido hablar de medianía al referirse a sus preferencias. Al menos Faulkner, Borges y Vian escribieron sendos textos policiales. André Gide, en una de sus anotaciones de diario correspondiente a 1942, coincidió en señalar a Hammett como un verdadero maestro.

Y DE NUEVO EL FUEGO

Las referencias extrañas al fuego podrían iniciarse con Antígono de Caristo, quien señaló: “Y la salamandra tiene el poder de apagar el fuego” (91). En otra pasaje escribió: “[...]en el Monte de Quimera se halla el llamado fuego inmortal; y éste, si se le arroja agua encima, arde mejor...” (166). Otro manuscrito interesante es el *Paradoxógrafo Vaticano*, donde apareció este comentario: “Los persas castigan con la muerte a quienes causan daño al fuego” (40).

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE HEIDEGGER

Bien mirado, el escándalo que rodeó la vida de Martin Heidegger no puede hacernos desconocer que fue el hijo de unos campesinos muy pobres (su padre era tonelero y sacristán), un hombre sencillo, de hábitos rutinarios. En los últimos años de su vida, esto es, hacia la década del setenta del siglo XX, vivía modestamente en las afueras de la ciudad de Friburgo, en una casa situada en la calle Rötebuckweg 47, de cerca de madera, baja, con un jardín de flores coloridas y fachada tradicional. No era una casa pequeña. En el dintel de la puerta, estaban unas palabras de Martin Lutero: “Aleja de tu corazón toda preocupación porque de allí brota la vida”. Las había hecho grabar su esposa Elfride Petri, luterana, con quien vivía. Se casó con ella en marzo de 1917, contra la voluntad de los padres de ambos, y ella, con el tiempo, se convirtió en una mujer celosa y culta y feroz, una antisemita que soportó, no sin odio, la relación clandestina de éste en su madurez con una estudiante judía llamada Hannah Arendt. Elfride tenía, no obstante, un enorme poder sobre él, y se impuso, por ejemplo, para que no fuera al entierro de su admirado maestro Edmund Husserl o para que rompiera relaciones con algunos colegas suyos. Como madre, fue, por lo demás, protectora y cariñosa y el paso de los años la hizo diestra en las elusiones. Como cocinera y encargada de la casa, cumplió un papel modesto.

Heidegger, a saber, no fue un alemán alto, rubio y de ojos azules, sino más bien enjuto, vigoroso, de ojos oscuros, nariz aguileña, de rostro seco, frente despejada, bigote cuidado, gestos rápidos, manos suaves y discurso tosco. Ya anciano, la cara se le veía regordeta, y la calvicie se distraía con los espacios ya perdidos en la cabeza. A pesar de todo, le atraía a ciertas jovencitas, y, por lo que conocemos, no dejó de aprovechar esa inusual y magnífica circunstancia. El clima de la región de la Selva Negra, y también las costumbres, le llevaron a usar suéteres bávaros. Sus pantalones eran a la mitad, sostenidos por unos tirantes o por correas delgadas; sus zapatos eran de gamuza o cuero y, al salir de paseo, nunca olvidaba su boina al estilo vasco. En su juventud, y sólo en los veranos, se le veía vestido con un traje de paño tirolés y pantalones abrochados en las rodillas. Era raro verlo en traje oscuro, pero si lo llevaba, era sin planchar y una talla mayor.

Dentro de la casa, las visitas más importantes, que no podían llegar en horas de la mañana sino pasadas las cinco de la tarde, según lo anunciaba un letrero colocado junto al timbre, no eran recibidas en la planta inferior; debían pasar al estudio del pensador, al que se podía ingresar por una escalera deteriorada. Junto a la puerta del estudio, había un armario. El estudio estaba profusamente lleno de libros y papeles, que en algunos casos estaban subrayados copiosamente. Le indisponían los periódicos. En un lugar especial, se hallaban los volúmenes de Homero, Píndaro, Goethe y Friedrich Hölderlin, su poeta preferido. Estaban los poemarios de George Trakl, Stefan George y Rainer Maria Rilke. No faltaban las recién adquiridas poesías de René Char, su amigo y activo participante de los seminarios en Thor, y el extraño Paul Celan. En su Introducción a la filosofía, texto que recogió un seminario dado en Friburgo en 1935, ya había señalado: “En el mismo rango que la filosofía y su pensamiento, únicamente está la poesía”. En otros estantes, estaban los

textos de Platón y Aristóteles, una edición con los fragmentos de los Presocráticos, en la edición de Diels y Kranz, Kant, Schelling, Hegel, Kierkegaard, Schopenhauer, Cassirer. Nietzsche lo enfadaba y solía comentar a su familia que este autor lo había destruido. Asimismo, abundaban diversos diccionarios y manuales de lógica. Poseía un opúsculo escrito por Georges Braque, uno de sus pintores modernos favoritos. A través de la ventana, podían verse las ruinas de Zähringen, cubiertas de hierbas. Frente al escritorio, había un sillón de cuero. El lugar no era muy claro; por el contrario, los estantes estorbaban el paso de la luz y creaban la atmósfera de un cubículo universitario.

No hace falta decir que cuando escribía era inflexible: no permitía interrupciones, aunque ya viejo solía ser amable con los visitantes de tierras lejanas. Su método de trabajo consistía en aprovechar las mañanas y las tardes, con una breve siesta por medio. Escribía pausadamente, con una caligrafía impecable. Podía pasar más de media hora en una frase, que revisaba hasta alcanzar el sentido que quería darle. Al leer, resaltaba pasajes, palabras o frases con su pluma (confesaba temer la máquina de escribir), y bien en griego, latín, alemán o francés, leía tan fluidamente como si se tratara de su alemán nativo. Creía que él en realidad hablaba, o tenía un diálogo directo, con Heráclito o con Parménides. Afirmaba que sabía de tres frases que habían servido para fundar el pensamiento en la Grecia antigua. La primera era de Parménides (“el ser es el ser”); la segunda era de Heráclito (“el ser es movimiento”) y la tercera de Anaximandro (“todo de acuerdo al orden del tiempo”).

A algunos estudiantes o amigos les dedicaba un largo tiempo y marchaba con ellos por las elevadas calles desde las cuales podía contemplarse el atardecer de la Selva Negra. Le fascinaba el ocaso. Solía caminar hasta la Jägerhäusle (Casa de los cazadores), donde se sentaba en silencio y se mostraba preocupado cuando sabía de la muerte de alguien

conocido, hábito que mantuvo desde su juventud. En 1933, por ejemplo, cuando despreció una cátedra en Berlín y prefirió quedarse en la provincia, aseguró:

[...]El hombre de la ciudad piensa que “se mezcla con el pueblo” tan pronto condesciende a entablar una larga conversación con un campesino. Por las tardes, cuando durante la pausa del trabajo me siento con los campesinos en torno de la estufa o en la mesa junto del rincón donde está la imagen del Señor, casi nunca hablamos. En silencio fumamos nuestras pipas. Entretanto quizá cruza una palabra. Que el trabajo se termina en el bosque, que en la noche anterior se metió una marta en el gallinero, que posiblemente mañana una vaca parirá, que el campesino Oehmi ha tenido un ataque, que el tiempo pronto “se muda”. La íntima pertenencia del propio trabajo a la Selva Negra y sus moradores viene de un centenario arraigo suabo-alemán a la tierra que nada puede reemplazar (Schöpferische Landschaft: Warum bleiben wir in der Provinz?, fechado en 1933: Paisaje creador: Por qué permanecemos en la provincia?)

Al despedirse de un amigo, Heidegger era, sin embargo, excesivamente cordial, afectuoso. Como buen hombre del interior de Alemania, confundía la cortesía con la distracción y su genialidad, como lo denunciaron sus amigos, le eximía del coraje. Durante el nazismo de la década de los treinta y cuarenta del siglo XX, es obvio que se arrepintió de apoyar al partido nazi, pero asoció su nombre a este grupo con tal desidia que nunca pudo escapar de ese estigma. La timidez solía gestar en los extraños la imagen de alguien con desasosiego. Además, y lo que es peor, era orgulloso, imprudente y más escrupuloso que un prestamista. No recibía periodistas y era impaciente con los curiosos y sarcástico con los

enemigos. De Theodor Adorno, su adversario, prefería evitar cualquier comentario y no vaciló en desprestigiarlo señalando que su verdadero apellido no era Adorno sino Wiesengrund, evidentemente judío. A Oswald Spengler lo consideraba un mero reportero. Despreciaba la filosofía inglesa y juzgaba, erróneamente, que sólo se podía hacer filosofía en lengua alemana, heredera de la tradición griega. Era su forma más amable de ignorar lo que le debía uno de sus precursores, Immanuel Kant, a David Hume, Isaac Newton o J.J. Rousseau.

Desde joven, pasaba largas temporadas en una cabaña (Die Hütte) localizada en el pueblo montañoso de Todtnauberg, a unos pocos kilómetros de Friburgo, en plena Selva Negra. Elfride, que tenía más bienes que su propio marido, la compró en 1922 y, por supuesto, se la obsequió. Era una cabaña húmeda, de cuatro habitaciones, construida sobre un declive, junto a un árbol frondoso y rodeada por la vista hermosa de un pequeño valle. Junto a la fuente, podía verse una estrella que intentaba disimular su origen: inicialmente fue una svástica. Heidegger escribió en ese lugar *Ser y Tiempo*, y buena parte de sus mejores libros. De hecho, la dedicatoria a Edmund Husserl lo recuerda: “Edmund Husserl. in Verehrung und Freundschaft zugeeignet Todtnauberg i. Bad. Schwarzwald zum 8. April 1926” (a Edmund Husserl, con admiración y amistad, en Todtnauberg, en Baden. Selva Negra, hacia el 8 de abril de 1926).

El Jueves Santo de 1970, Heidegger llegó a la cabaña con Paul Celan, con Elfride y un profesor de literatura. En realidad, el poeta ya había estado allí el verano de 1967, al finalizar un recital en Friburgo. En esa ocasión, Celan escribió algo en el libro de visitas de la Hütte y más tarde escribió un poema titulado *Todtnauberg* que intentó revelar los pormenores de su encuentro:

Árnica, remedio ocular, el
trago de la fuente con el
cubo de la estrella encima,
en la
cabaña,
en el libro

—¿de quién antes de mí
el nombre acogió?—,
en ese libro
la escrita línea de
la esperanza, hoy,
en la palabra
venida
de quien piensa,
en el corazón,
claros del bosque, sin hollar,
orquídea y orquídea, solitarias,
lo crudo, después, en viaje,
límpido,
quien nos lleva, el hombre,
el que escucha,

las sendas de
troncos casi no trillados
en el alta fangal,
lo húmedo,
demasiado”)

En el borrador del poema, la “palabra venidera” era “rezagada palabra venidera”, y a saber, algunos piensan que esa palabra esperada era “Perdón”. En lo que fue la última visita (pues Celan se suicidó en París no mucho después), Heidegger intentó ser cordial y escuchó pacientemente al poeta recitar sus textos. Le encantaba que los escritores le leyeran sus obras, y esta vez no fue la excepción. Él era también poeta, y escribía versos bastante buenos. Basta con escuchar las grabaciones donde Heidegger recitaba a Hölderlin para darse cuenta de cómo cambiaba su tono profesoral por otro más agudo. No obstante, algo pasó. Celan discutió con él y lo acusó de no haber escuchado nada. Heidegger se defendió y, aunque no fue dicho, había un resentimiento oscuro entre ambos. Finalmente, el poeta y el filósofo no se despidieron con alegría. Gerhart Baumann, el profesor que también estuvo presente, contó que Heidegger quedó decepcionado y le dijo que Celan estaba obviamente enfermo.

Cada año visitaba a su popular hermano Fritz en Messkirch, su pueblo natal. Fritz, que trabaja en el Banco de Crédito, tenía un carácter alegre y solía hacer chistes e imitaciones que divertían a su hermano. Como era tartamudo, cuenta que no podía decir la palabra Dasein y la pronunciaba Da-da-dasein, que vendría a ser algo así como ahí, ahí, ahí-ser, que provocaba las risas de todos. A Fritz le dedicó sus *Conferencias y Artículos*,

llamándolo “único hermano”, tal vez para agradecerle la transcripción que hizo éste de más de 30.000 cuartillas en la época de la guerra o algunos préstamos que le hizo en secreto. Fritz conocía a su hermano mejor que nadie.

Una de las más desconocidas aficiones de Heidegger era la de ver fútbol por televisión. En su juventud había sido jugador, un pésimo delantero izquierdo temido por sus contrincantes, y para sorpresa de sus admiradores, era un verdadero fanático de los equipos alemanes. Estaba pendiente de los campeonatos locales y mundiales. Durante la Copa de Europa, cuando Hamburgo jugó contra Barcelona, se exaltó, gritó cada gol y, en un arranque violento, se levantó de su asiento y arrojó su taza de té al piso. En esos momentos, detestaba que alguien hablara de temas intelectuales. Lo que le importaba era la eficacia, la destreza, la rapidez del delantero Franz Beckenbauer, a quien idolatraba.

Súbitamente, el 4 de diciembre de 1975, cuando murió su amiga y amante Hannah Arendt, Heidegger se tranquilizó. Acaso recordó todo y a la vez nada. Sabía, sin haber leído a Vinicius de Moraes, que el amor es eterno mientras dura. Hannah había sido su amante y musa, una relación prohibida en un momento terrible de Alemania. Ella fue, sin duda, una de sus más ardientes defensoras, desde su condición de gran pensadora. Él, por su lado, le dijo a ella que sin su presencia no hubiera escrito nunca Ser y Tiempo. Es imposible imaginar un elogio mayor para lo que fue la relación clandestina más conocida de la historia del siglo XX. La muerte de Hannah, además, lo exponía ya a una situación incómoda, puesto que él mismo sufría del corazón. Cuando era joven, tuvo que abandonar el servicio sacerdotal por dolores serios en su pecho; no tuvo un servicio militar completo debido a esas dolencias. Ahora, intentaba evitar disgustos o discusiones.

A los ochenta años, todo se vuelve memoria. El fin se hace principio. Heidegger

respondió una misiva de su amigo Karl Fisher, diciéndole: [...]pienso con frecuencia en nuestros tiempos de juventud [...] A Heinrich Petzet, confidente y leal compañero, lo despidió con una nostalgia inefable: Sí, Petzet, ahora el camino se acerca a su fin [...] Y no estaba equivocado.

Entre septiembre y octubre de 1973, desestimó las aulas universitarias de Friburgo y dio un Seminario privado en Zähringen. Habló sobre el origen del pensar. Inevitablemente, regresó a su dilecto Parménides. Recordó que para este filósofo griego pensar y ser eran lo mismo. Fue un seminario breve, seco, casi una nota a pie de página a su obra mayor, acaso una reafirmación. En la última década de su vida, casi de modo ininterrumpido, apareció una serie suya de escritos heterogéneos de naturaleza ontológica, fieles a sus nuevas concepciones. Su escritura era en este período más lenta, enrevesada y poética, menos sistemática que impulsiva, afectuosa y propensa a la divinización dinámica de ciertos verbos. Una de sus nuevas ideas era que son los sentimientos (*stimmungen*) y no la inteligencia lo que proporciona las voces (*stimmen*) del Ser.

Destacaba lo distinto entre fundado y fundamento, el Ser previo y ausente. Ya para entonces había saldado cuentas con la tradición metafísica occidental y era un hecho que había definido su pertenencia a otra época, en la cual invirtió la perspectiva planteada en su libro *Ser y Tiempo*, para rescatar la verdad como desvelamiento (*Entbergung*) sin la abierta dependencia anterior al sentido del ser-ahí. Este “viraje” implicó una orientación epistemológica distinta. Por una parte, dado que la verdad es revelación del Ser, lo único que cabe al hombre aperturar esa revelación con modestia. De algún modo, reconoció que la poesía verdadera revela el Ser y la belleza es también verdad. Décadas atrás, había advertido:

[...]Se conoce mucho acerca de la relación entre filosofía y poesía. Pero no sabemos nada del diálogo entre el poeta y el pensador[...] (Was ist Metaphysik? Nachwort, 1949, pág. 46: ¿Qué es metafísica? Epílogo) .

Su más extraña sugerencia fue la de sostener que el Ser se oculta, que su fundamento representa un abismo (abgrund) y que realmente el Ser es inefable.

El 14 de enero de 1976, se reunió, no sin impaciencia de su parte, con el teólogo Bernhard Welte. Al principio, fue parco, elusivo, tenaz en su inseguridad. Le pidió que hiciera todos los arreglos para ser enterrado en su pueblo natal, en Messkirch, y que dijera unas palabras sobre su tumba. Estaba visiblemente feliz. Entre las pocas cuestiones personales que discutió con Welte, en esa charla, estuvo la edición de sus Gesamtausgabe (Obras Completas). No deseaba erratas. Casi con una especie de minuciosidad obscena, estableció los criterios de lo que sería la colección con todos sus escritos, cuya edición, en mayoría han estado a cargo del filólogo F.W. Von Hermann. Ya en 1975, salió el primer volumen.

Durante esta charla, también se habló del pensador medieval Meister Eckhart y su concepto de soledad. Heidegger sabía que, según Eckhart, Dios es igual a la nada. Él había desdeñado en su juventud su carrera teológica por la filosófica, pero es indudable que la presencia de Dios lo agobiaba. Durante años, negó que el Ser fuese Dios, pero aproximó demasiado los dos términos. Aún en su negación, lo afirmaba con una fuerza que nos parece estremecedora. No es imposible, y digo esto como una conjetura, que al final de su vida volviese a esos días felices cuando podía escribir, como de hecho lo hizo en 1919 a

Engelbert Krebs, lo siguiente:

[...]Creo tener vocación interna para la filosofía y, por su cumplimiento en la investigación y la enseñanza, me siento llamado a realizar lo que esté en mis manos por el destino eterno del hombre interior, y sólo por esto, de modo que justifique mi existencia y acción misma ante Dios[...]

En realidad, esta exploración hacia lo divino fue planteada en unos escritos recónditos, preparados como un crucigrama alrededor de los años 1936 y 1938. Recientemente publicados, y, por fortuna, todavía no traducidos, llevaban y llevan por título *Contribuciones a la filosofía*. El tema era un dios último, un dios sin doctrina, que no se explica, que no se describe. No es último porque sea el posterior, sino porque conforma el fin de los dioses. Lo que es lo último es la finitud del ser. Casi como una revelación, Heidegger dijo: “El ser es el estremecimiento de lo que diviniza” (Op. Cit., p. 239).

Días antes de morir, Heidegger iba a las iglesias y capillas, y se santificaba con agua bendita. Rezaba y se excusaba ante todos argumentando que actuaba históricamente, a pesar de que esta frase complicaba más el desconcierto de admiradores suyos como Max Müller, quien nunca olvidó este detalle. ¿Tenía remordimientos pendientes? Cuando iba a su aldea natal, solía sentarse en el banco del monaguillo, cargo que cumplió en la iglesia de Saint-Martin cuando era apenas un niño.

El 24 de mayo, Heidegger le escribió una carta de felicitación a Welte por haber sido designado ciudadano honorario de su región. Usó una expresión simbólica que le era grata: aseguró que sólo en el terruño el Cielo y la Tierra, los Mortales y los Inmortales,

podían encontrar armonía. Asimismo le mencionó el nombre del que llegó a ser el arzobispo de Friburgo, Conrad Gröber, un amigo de su padre, familiar lejano, nativo de Messkirch, quien le regaló el libro que cambió su vida. En efecto, éste le obsequió la obra *Sobre el significado múltiple del ente según Aristóteles* de Franz Brentano. Para entender la influencia de este libro en su pensamiento, corresponde señalar que Brentano fue el maestro de Edmund Husserl, propulsor de la fenomenología, cuyos escritos, en particular las *Investigaciones Lógicas*, se convirtieron en referencias ineludibles para Heidegger. Además de esta deuda, a Gröber le debía algo más importante: la lealtad. Fue uno de los pocos que intentó, aunque sin éxito, reincorporarlo a su cátedra universitaria, la cual había perdido tras la caída del régimen nazi y la persecución que sufrió.

A su amado hijo Hermann, el segundo (Jörg fue el primero), nacido en 1920, Heidegger le encomendó leer ante su tumba unos versos de Hölderlin que ambos seleccionaron con cuidado. Preocupado por su corazón, el 26 de mayo, Heidegger se levantó temprano, acaso con cierta pesadez en los hombros y una somnolencia inexplicable. Al rato, comprendió que necesitaba dormir de nuevo. Y así lo hizo, pero para siempre. Había nacido el 26 de septiembre de 1889. Murió, tranquilamente, a los 87 años.

Welte, como estaba dispuesto, leyó unas breves palabras el día del entierro, realizado el 28 de mayo. Estaba conmovido, decepcionado, roto, pero entero y no titubeó al afirmar: “Lo que ninguna palabra dice y ninguna imagen refleja es el misterio. Heidegger siempre lo buscó. Lo buscó en su camino y sobre todo lo buscó en el misterioso destino de la muerte. ¿Qué es? ¿La nada? ¿El ser? ¿Lo sereno y salvífico?” Esas preguntas quedaron ese día, y aún siguen. La tumba de Heidegger, lejos de cualquier respuesta, en el verde cementerio de Messkirch, llevaría después una inscripción cristiana y las inevitables y

adversas fechas.

UN TEXTO ZEN

Uno de los textos que releo sin cesar y sin darme explicaciones de por qué o cuándo pertenece a la tradición Zen. Escrito por Sian Ien, patriarca, no tiene título y puede resumirse en muy breves líneas, aunque sus aspectos esenciales contienen diálogos inagotables y consecuencias paradójicas. Lo que sucede es esto: un hombre, manco de ambos brazos, cuelga de la rama de un árbol al borde un abismo. Inexplicablemente, se sujeta con los dientes y sabe que no hay nada ni nadie que pueda ayudarlo. Ni una piedra ni una mano amiga. El hombre cuelga desde hace años y sólo la fuerza de su voluntad lo mantiene vivo. Ni el tiempo ni el cansancio lo perturban. Tal vez ya conoce el color del silencio. Pero en algún momento otro hombre que lo observa desde lo alto del precipicio le pregunta: «¿Qué significa la llegada del Bodhidharma?». El problema es serio: si responde y salva el espíritu de ese hombre que necesita orientación, cae al abismo. Si no responde, es posible que el otro hombre, ante su indiferencia, sienta el vacío, se arroje y con este acto lo condene para siempre haciendo inútil su sacrificio. ¿Qué puede hacer? Siglos enteros han alargado o acortado esta historia. Ha sido tomada como “koan”, un documento

problemático que intenta ridiculizar el razonamiento y también como ejercicio para confundir y llevar a alguien hasta el estado neutro de conciencia que transforma. Lo natural, entonces, es que quien medita bajo tal estado de tensión sepa que ha habido un cese total y liberador.

HOMENAJE A ALFONSO REYES

Contaba Octavio Paz que una vez Adolfo Bioy Casares le dijo que Borges y él, cuando querían saber si un texto estaba bien escrito, lo leían imitando la voz de Alfonso Reyes. Borges le dijo a un periodista que le preguntó sobre qué escritor le hubiera gustado ser de no ser él mismo: “Me gustaría haber sido Alfonso Reyes”.

SUMARIO

CUANDO LOS INTELLECTUALES QUEMAN LIBROS

BIBLIOTECAS EN LLAMAS

INVENTARIO DE AUSENCIAS

UN LIBRO DESTRUIDO DE GARCÍA LORCA

UN FILOSOFO MUERE EN CALCIS

EL MISTERIOSO DEMETRIO DE FALERO

LECTORES COMPULSIVOS

LOS LIBROS QUE NO VAMOS A LEER

LEER O NO LEER

FLANN O'BRIEN

PAPIROTERAPIA

MIGUEL DE UNAMUNO

RAYMOND CHANDLER

SOBRE ÉTICA

LOS ENSAYOS DE STEVENSON

HEMINGWAY, ENFERMO

LAS PRIMERAS ESCRITURAS

HISTORIA DE LA VERDAD

CONFUSION

VERDAD Y MEMORIA

ALBERTO MANGUEL

LAS CARTAS Y EL FUEGO

CONSEJOS A UN JOVEN ESCRITOR

UNA LECTURA DE PAUL AUSTER

BORGES Y LA FILOSOFIA

CUANDO LOS ESCRITORES SE INSULTAN

LOS LIBROS IMAGINARIOS DESTRUIDOS

EL ENIGMA DEL RELATO POLICIAL

DE VUELTA CON EL FUEGO

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE HEIDEGGER

UN TEXTO ZEN

HOMENAJE A ALFONSO REYES